

EL GUARDIÁN DE LAS FLORES

ROBER H.L. CAGIAO



Círculo Rojo
EDITORIAL

El Guardián de las Flores

ROBER H.L. CAGIAO



Primera edición: octubre 2019

ISBN: 978-84-1338-755-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Rober H.L. Cagiao (@roberheavy)

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía: Cheché Cagiao.

© Imagen de cubierta: Cheché Cagiao

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Para Xoel, siempre...

I. LIGUR

El teléfono la sobresaltó boca abajo, soñando, intentando encontrar su lugar en el mundo. Era materialmente imposible. A tientas, consiguió que sus dedos contactaran con aquel horrible aparato. No era el despertador, si no, al primer golpe se hubiera callado. Incorporó media cabeza y abrió el ojo izquierdo. ¡Dios! ¿De qué valía en aquella maldita profesión acostarse temprano? En cuanto sus ojos se acostumbraron a la claridad, vio que el que molestaba no era otro que su Comisario Jefe. «¡Mierda!», pensó.

—Señor Comisario, qué grata sorpresa —su voz no dejaba lugar a dudas de la ironía.

Paola, buenas noches, ya sé que no son horas, tendrá que disculparme, pero el deber apremia.

—Le escucho Comisario —ya se había levantado y puesto la bata por encima de aquel desfasado camión de franela.

—Esta noche, exactamente hace una hora y treinta y siete minutos, ha aparecido un cadáver en la iglesia de Iria Flavia —miró el reloj, era la una y treinta y siete minutos de la mañana.

—¿En dónde? —sabía que aquel lugar le sonaba vagamente, pero por un momento no recordaba de qué.

—A ver, Paola, centrémonos, Iria Flavia, Padrón, Galicia. ¿Así sí?

—Comisario, así no tengo dudas. ¿Y qué pinto yo con un cadáver en una iglesia de dónde sea?

—No solo es eso, ha desaparecido una chica. El cadáver es el de su padre, y necesito que revise la escena del crimen. Le envió una foto y va usted pensando y despertando. Tienen un avión a las siete que sale de la T4. Los billetes debería tenerlos usted en la bandeja de entrada. Los suyos y los de Costoya.

—¿Costoya? ¿En serio? ¿Otra vez?

—Paola, usted es lista pero joven, él es viejo pero experto. No me fallen, el domingo es el Xacobeo y esto no puede salpicarlo ni lo más mínimo, ¿me ha comprendido?

—Alto y claro Comisario —ahora lo entendía mejor. Un cadáver, una desaparición, hechos graves sin duda, pero unidos a la política, se convertían en algo totalmente prioritario. Imprimió los pasajes, esperó que esta vez Costoya no se olvidara el carné en casa o algo peor.

Le llegó otro correo, eran unas fotos. Las observó detenidamente. El cadáver estaba boca arriba, con la mano derecha extendida en ángulo de casi cuarenta y cinco grados con el cuerpo. La mano izquierda estaba extrañamente enroscada como si hiciera el saludo de la Guardia Civil. Fue lo primero que le llamó la atención. Alrededor del cuerpo contó un total de trece flores, que creía que eran camelias. También pudo ver dos hojas, que parecían de un libro, sobre sus orejas. Tendría que verlo *in situ* para sacar el resto de conclusiones. Se preparó un café, esa iba a ser una noche especial. Volvía a Galicia, la tierra de Luis, de cuyo nombre no pudo sino acordarse.

II. LA CUENTA ATRÁS

Aún no eran las nueve y ya estaban en aquella colegiata de Iria Flavia. Costoya encendió un pitillo justo antes de entrar, y Paola lo miró con cara de asesina.

—Entra, Paola, yo prefiero echar un ojo por aquí, enseguida te veo —Costoya era un ser especial, parecía salido de otro mundo, de otra época, siempre con aquella chaqueta deshilachada, su barba de cientos de días y la cara de no haber dormido en siglos. Pero hacía muy bien su trabajo, era un animal de campo. Le dio una vuelta a toda la iglesia y se acercó hasta el cementerio Adina, atraído por todo lo que se contaba de aquel mágico lugar. La soledad y la tranquilidad eran la clave para dar con los pequeños detalles.

—Soy la Inspectora Gómez, Paola Gómez.—Uno de los chicos se dio la vuelta rápido y se presentó.

—Buenos días Inspectora, la estábamos esperando, mi nombre es Modesto y este es mi compañero, Portela —dijo señalando a otro hombre más maduro situado a su derecha.

—¿Ha venido sola?

—No, el Inspector Costoya... En fin... está fuera, ahora lo conocerán.

—Acérquese por aquí, no hemos tocado nada, el juez está a la espera de las valoraciones para proceder al levantamiento del cadáver. — Entraron en lo que parecía la estancia en la que párroco y los monaguillos se cambiaban.

Tal y como había visto en las fotos el cadáver de aquel hombre seguía allí, pero esta vez pudo fijarse en varios detalles que le parecieron muy importantes.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El señor párroco, alertado por los vecinos que escucharon ruidos y vieron luces y lo llamaron. Cuando llegó se encontró el pastel —la Inspectora lo miró subiendo mucho una ceja.— Quiero decir, el muerto.

—Modesto, necesito que saquen fotos de todo otra vez, que graben un video desde todos los puntos de vista. Una pregunta, el reloj, el del cadáver ¿estaba así cuando lo encontraron?

—Sí, nosotros no hemos tocado nada, señora Gómez —volvió a mirarlo, estaba en cuenta atrás y marcaba 38:47:54 segundos. Si sus matemáticas no le fallaban, el final de aquel recorrido temporal coincidía con las doce de la noche del sábado para el domingo, es decir, la fiesta del Apóstol. Desde luego, no parecía casualidad. Tenía que hablar todo aquello con Costoya. Urgentemente.

III. FLAVIA

Se lo encontró hablando consigo mismo en una de las paredes exteriores del templo. Se quedó mirándolo unos segundos, pensando si lo quería por como era o porque se hacía querer. De repente, él se dio cuenta de su presencia.

—Estaba usted ahí, verás, es muy curioso, ¿ve esta inscripción en la pared? —vio una especie de cruz que le pareció de los templarios.

—Parecen cruces, pero seguro que me sorprende —Costoya tomó aire, se irguió sobre los zapatos como hacía en sus épocas docentes y comenzó su explicación. Nada le gustaba más que un posible descubrimiento.

—Son cruces celtas o templarias, efectivamente, pero no es qué son sino cuántas son. Me dijo que eran trece las flores que había junto al cadáver...—Lo interrumpió.

—...Camelias, trece camelias.

—Bien, pues en todo el templo, interior y exterior, hay un total de trece cruces. Las he contado, pero aparte le he preguntado a aquel mozo —dijo señalando a un chico espigado de no más de catorce años— que dice ser el monaguillo, y me lo ha confirmado. Y bien, dicho esto, usted qué ha descubierto.

—Pues aparte de las camelias y el reloj con una extraña cuenta atrás que conduce a las 00:00 horas del domingo...

—...La fiesta del Apóstol.

—Sí, exactamente, aparte de eso y la extraña postura del cadáver, están las dos hojas que tenía en las orejas. No fue difícil identificarlas, se trata de la primera y la última página de una de las obras cumbre de un ciudadano ilustre de Iria Flavia: Camilo José Cela y *La Colmena*.— Aquello dejó tocado a Costoya, que no le encontraba sentido.

—Enorme galimatías. ¿Y nada más? ¿Ninguna pista de la niña?

—Realmente no hay constancia ni del secuestro. Ahora hay que dejar trabajar a los de la científica y a ver si sacamos algo en claro.

De repente vieron como una chica de unos cincuenta y pocos años se les acercaba junto a Modesto y Portela. Se la presentaron; era Flavia, la mujer del muerto y madre de la desaparecida.

—Su marido y su hija, ¿a qué hora dice que salieron de casa y por qué está tan segura de que estaban juntos?

—Ellos siempre estaban juntos. Fue a recogerla, como todos los días, a la joyería. Después venían siempre a casa, menos ayer.

—¿Cuántos años tiene su hija?

—La niña tiene diecinueve, a los dieciocho se empeñó en trabajar y su padre se lo pasaba todo y al final mire...—Se echó a llorar.

—Disculpe Flavia —el Inspector Costoya intentó decir aquello con el mayor respeto posible, aunque se imaginaba la respuesta—. ¿Cómo se llamaba su hija?

—*Miña filla chamábase Iria* —no era capaz de dejar de sollozar.

—No me diga que su marido se llama Padrón, que entonces...—Paola le dio una patada en la pierna que aún conservaba buena e hizo recular a Costoya.

—Santiago... Santiago Martín Rivera —Paola la abrazó, sabía lo que era perder a alguien que quieres. Aquello se complicaba por momentos.

—No se preocupe, si le parece bien, en cuanto esté un poco más tranquila iremos a verla e intentaremos entender qué es lo que ha pasado con su marido y lo más importante, dónde está su hija Iria.

IV. IRIA

Tendría que compartir habitación con Costoya. No le hacía mucha gracia, pero lo del Xacobeo hacía que la cosa estuviese difícil. Con la mediación de Modesto y Portela, que eran un pack para todo, consiguieron plaza en la pensión restaurante O Grilo. Al menos ya era un dos en uno, y estaba cerca de todo, al ladito del río Sar.

Comieron pronto para pasar a ver a Flavia a media tarde, había muchos cabos sueltos en todo aquello.

—Yo creo que la cuenta atrás es una advertencia —Costoya estaba dando buena cuenta de una enorme chuleta de cerdo y no parecía darle demasiada importancia a nada que no estuviera relacionado con aquel manjar. Con la boca llena contestó a la Inspectora.

—¿Advertencia de qué?

—Pues hombre, imagínese, una chica ha desaparecido, curiosamente la hija del muerto, que se llama Iria. Aquí hay algo raro, pero me temo que lo mejor sería encontrarla antes de que termine la cuenta atrás.

—No es la primera persona que me dice eso, el Comisario también me lo advirtió —por un momento Paola se quedó pensando en aquello.

—Intentan manchar el Xacobeo. Arruinar su puesta de largo...

—Bueno, ya han matado a una persona...

—Costoya estamos ante un jugador, si ganamos la salvamos, si perdemos ella muere, y posiblemente mucho más.

—Pues sí que me estás dando la comida, y todo eso lo sacas de un reloj.

—Es uno de los mensajes que nos dejó el asesino. Ese, las hojas del libro de Cela y las trece camelias.

—No es poco para empezar, si supiéramos qué relación tienen unas con las otras. —La Inspectora siguió dándole vueltas sin ser capaz de atar más cabos. Esperaba tener más éxito con la visita a la viuda.

Vivían muy cerca de la iglesia, era una casa de clase media, sin lujos. Los invitó al café y se sentaron. Flavia estaba un poco más tranquila, pero muy afectada por todo.

—Tengo que preguntárselo, ¿su marido tenía algún negocio extraño?

—Nada que yo supiera, trabajaba en el Concello de Padrón, un sueldo digno, un gran padre; tenía un corazón noble.

—Y su hija, ¿le comentó alguna cosa rara?, ¿alguna persona que le molestara?

—Lo normal en una chica de diecinueve años, pero nada grave. —Costoya tomó la palabra.

—¿De quién fue la idea de llamar a su hija Iria? —Otra patada voló a la pierna sana del Inspector, que esta vez casi lo deja fuera de combate.

—No pasa nada, lo entiendo, es raro. Fue mi marido, le pareció bonito. Somos de aquí, supongo que sabe la historia del apóstol, de la primera vez que predicó aquí y todo eso...

—No estoy muy puesto en religión. No sé, resulta llamativo, no quiero decir que eso tenga algo que ver con la muerte de su marido, pero hay que sopesarlo todo.

—¿Podría dejarnos ver la habitación de la chica? —Paola los interrumpió.

—Sí, vengan por aquí. —Costoya no podía disimular una mueca de dolor.

—Joder, Paola, vaya leña me diste. Aprende a controlar esa fuerza, madre mía.

—Esta es su habitación, no he tocado nada. Si me disculpan prefiero dejarlos solos.

—Por supuesto Flavia. —La Inspectora hizo un repaso visual. Todo muy ordenado. Tenía un portátil sobre la mesa. Lo cogió. Del resto lo único que le llamó la atención eran aquellas figuras de cerámica. Le recordaron a Luis. Volvieron al salón—. ¿Nos permitiría llevarnos el ordenador de Iria para ver si encontramos algo?

—Sí, no hay problema, si puede ayudarnos.

—No lo sé, pero lo averiguaremos. Muchas gracias y disculpe las molestias.

—Le acompaño en el sentimiento. —Costoya, aún quejándose del golpe, salió detrás de la Inspectora.

—Yo sé que me quieres, pero como sigas así vas a acabar con mi salud.

—Costoya, es que no tienes tacto ninguno.

—Mira, son muchos años, muchos «parece, pero no es, o no es, pero parecía». Y aquí pasa algo raro. No digo que la señora nos mienta, pero esta familia no me parece normal.

—Yo no pienso lo mismo Inspector, aquí hay un loco suelto que quiere que lo pillemos, pero se cree muy listo. Así que vamos a tener que exprimir bien estos cerebros. Y antes de nada recabar noticias de Modesto y Portela, que nos tienen en ascuas.

V. DON CAMILO

La tarde había sido infructuosa. Como suponía, no había ni una sola huella en las hojas del libro, ni en las camelias, ni en la escena del crimen. No había móvil ni mucho menos arma homicida. Nada extraño en el ordenador de Iria. Algo se le escapaba. La clave tenía que estar allí, aunque ella no la viera.

Decidió apuntar en un papel las palabras clave de aquellas dos páginas de *La Colmena*. Era muy tarde, pero tenía música de fondo: los ronquidos de Costoya, y le era difícil para concentrarse. Empezó a apuntar. La primera frase era una declaración de intenciones: «No perdamos la perspectiva». «Ojén», «Expreso de Andalucía», «Primo de Rivera», eso de la primera página. De la última: «Martín», «Bisutería», «Pendientes», «¡Aquí puede haber una pista!», «Los pueblos del cinturón».

Los puso en dos columnas, creyó que si había dejado dos páginas, sería por algo. Pero lo primero que le llamó la atención eran dos palabras de distintas columnas. «Rivera» y «Martín». Eran los apellidos de Santiago, el difunto. Podía ser una coincidencia. Negó con la cabeza. Nada era al azar.

Las trece camelias. Empezó a buscar en internet y encontró referencias a la ruta de la camelia, muy cerca de allí. No estaba de más investigarlo. Pensó en qué podía tener que ver eso con el resto de palabras. Descartó «Primo de Rivera», al conectarlo ya con «Martín». No había muchas opciones. Pero nada le cuadraba. Eran las 00:00 de la noche. Quedaban solo veinticuatro horas para la hora límite. Pensó que lo mejor era dormir un rato y compartir aquello por la mañana con sus compañeros. La vida de aquella chica estaba en juego.

VI. ARMADA

Sentados a la mesa estaban Costoya, Modesto, Portela y Paola, cuatro cafés humeantes, bollos, un folio dividido en dos y una foto de la escena del crimen. No sabía si era la mejor forma de inspirarse pero no les sobraba tiempo. Necesitaba ayuda.

—A ver chicos, esto es lo que tenemos. En la escena del crimen encontramos las dos páginas del libro *La Colmena*. He intentado destacar las palabras o frases más importantes y las he dividido en dos. He tachado ya las que corresponden a los apellidos de Santiago. Necesitamos una conexión entre todo esto, algo que nos diga dónde está esa niña. Lo primero será rastrear esa ruta de la camelia...

—¿Y por qué dos columnas, y no una? —Modesto no quitaba ojo del bollo que se estaba zampando.

—Porque eran dos páginas, así que entiendo que nos dejó dos pistas.

—¿Dos? ¡Pero si no somos capaces de descifrar ni una! —Portela, que estaba a régimen, era el único que estaba física y mentalmente allí con la Inspectora. De repente, Paola dio un golpe en la mesa. Los otros comensales del O Grilo la miraron extrañada. Era la autoridad, qué carácter.

—Vamos a ver señores, dentro de quince horas una chica va a morir, intento explicaros lo poco que hemos conseguido avanzar y vosotros estáis más pendientes de llenar la barriga que de otra cosa. —Estaba como una fiera. Costoya seguía a lo suyo.

—Disculpa Paola, el desayuno es la comida más importante del día, y yo me levanto con un hambre de perros. —Modesto estuvo a punto de echarse a reír, pero una mirada asesina de la Inspectora le hizo atragantarse y dejar la comida a un lado. De pronto, Portela empezó a hablar.

—Creo que tengo algo, las trece camelias podemos asociarlas a la ruta de la camelia. Ahora mire usted al difunto, ¿qué saludo está haciendo? —Todos afirmaron con la cabeza.

—El de la Guardia Civil —confirmó Paola.

—Exacto, ¿y cuál es el Guardia Civil más famoso que podemos encontrar en la ruta de la camelia y más, concretamente, en Vedra?

—Coño, Armada —a Modesto le salió del alma.— Eres un genio Portela, joder, claro.

—¿Y dónde podemos encontrar a ese Armada? —Paola estaba a punto de levantarse ya de la mesa.

—Lo va a flipar Inspectora. Lo va a flipar.

Salieron a toda velocidad camino de Santa Cruz de Rivadulla. Al llegar a la puerta del pazo, la cara de la Inspectora pasó de emoción a abatimiento. Si había que buscar algo allí, les llevaría días. Era inmenso. Aun así, intentó mantener la calma con sus compañeros.

—¿Estará el Señor Armada en casa? —le preguntó a Modesto.

—No sabe quién es, ¿verdad? Bueno, recuérdeme que luego le demos un repaso al tema del 23-F. El coronel Armada no atiende visitas, está en un estado de salud bastante delicado, pero su capataz Pepe estoy seguro de que no tendrá problema en ayudarnos.

Tuvieron que recorrer casi medio kilómetro hasta dar con la despensa y encontrar allí, organizando el cuidado de aquel paraíso natural, a Pepe. Lo pusieron al tanto y se encogió de hombros. Eran treinta hectáreas entre jardines, bosque, cultivos y un vivero de plantas ornamentales amén del pazo. Paola sopesó pedir una orden de registro, pero creyó que era perder el tiempo.

—¿Tiene algún plano del pazo, incluidos los jardines? —Paola necesitaba ver en papel aquel monstruo que tenía delante.

—Sí, por supuesto, si me da un momento se lo pediré a Don Alfonso, que estará encantado de colaborar con la policía. —Desapareció mientras Paola sacaba aquellas dos páginas junto a la fotografía y las colocaba sobre una mesa de piedra.

—Vale, hemos llegado aquí por las pistas del cadáver, el siguiente paso tiene que estar relacionado sí o sí con estas palabras del libro. Nos quedan «Andalucía», «Ojén», y esa frase, «no perdamos la perspectiva». Señores, necesito que se centren otra vez, la vida de esa chica se nos va. Quedan trece horas para el día del Apóstol.

Pepe volvió con aquel mapa antiguo en el que podían observar el trazado y la extensión del pazo. Era muy minucioso, así que Paola intentó encontrar algo que la conectara con aquellas palabras sueltas. De repente, cayó en un detalle importante.

—Estos árboles, ¿qué son? —se refería a una extensión inmensa y uniforme de árboles a los lados de todos los caminos de la finca.

—Olivares, señora, olivares —saltó como un resorte. Era eso.

—¡Olivares, claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Andalucía, olivares.

—Eso está muy bien Paola, pero hay millares de olivares, ¿qué buscamos? —Ella no dejaba de mirar el mapa. Costoya sabía que aquel era su punto fuerte.

—A ver chicos, esa frase, «no perdamos la perspectiva», está claro que está referida a la perspectiva del trazado. El trazado está hecho a base de olivares. Solo nos falta algo para dar con la clave. Pepe, diríjanos al camino central, desde donde parte todo el entramado, ¿me entiende?

—Por supuesto, síganme.

Modesto, Portela y Costoya seguían a Paola, aunque no sabían muy bien qué era lo que buscaba. Estaba como poseída. El Inspector sabía que aquello era una buena señal.

—Pepe, discúlpeme, ¿hay algo en esta lista o en esta fotografía que le llame la atención, que lo relacione con algo que podamos encontrar aquí? —Acababan de entrar en el camino principal de la finca y los olivares se apostaban a ambos lados, métricamente perfectos e infinitos, cubriéndoles del molesto sol. El capataz echó un vistazo y mantuvo sus ojos firmes en la foto.

—Las camelias, tenemos un vivero...—Costoya se dio cuenta de algo que no había vuelto a recordar.— Trece, inspectora, es el número, no solo nos trae a la ruta de las camelias, nos da una indicación, trece camelias, trece cruces celtas en la iglesia, ¿me sigue? —Ahora era Costoya el que estaba muy excitado.

—Le sigo Inspector, pero ¿qué medimos? Trece metros, trece pasos, no sé... —Entonces, el capataz se paró.

—Puede ser, igual es una tontería, pero los caminos, al igual que los olivares, están hechos en base a una métrica exacta. Los principales miden ocho metros de ancho y los secundarios cinco. —Costoya y Paola se miraron asombrados, trece metros, eran trece metros.

—«No perdamos la perspectiva», ¿recuerdan? Pepe, estamos en un camino principal, de ocho metros, ¿verdad? —afirmó con la cabeza—. ¿Cuál es el primer camino secundario que se cruza con este? —Echó la vista a unas decenas de metros y señaló un camino a la izquierda.

La Inspectora, seguida de sus tres compañeros, empezó a correr. Allí no podía estar la chica, pero tenía que haber algo, estaba segura. Se paró en la confluencia de los dos caminos. Pensó. Ocho y cinco, tenía que ser al otro lado del secundario. Lo cruzó. Ante ella, un olivar le saludaba, o al menos ella eso creyó, con una sonrisa grabada y sus brazos abiertos para ella. Aún podía verse la tierra removida en la base del árbol. La Inspectora empezó a excavar. No tardó mucho en dar con aquella pequeña caja. La sacó, todos estaban en silencio, esperando el momento. Podía ser cualquier cosa. Era una caja de Anís del Mono. La levantó, Modesto se acercó para ayudarle a abrirla. Los corazones latían a cien por hora. Millones de motas de polvo salpicaron el momento. Modesto, con la tapa en la mano, miraba el interior sin entender muy bien lo que estaba viendo. Pero Paola, que ya estaba entrando en la mente de aquel jugador de cartas, sabía que habían encontrado el camino. Eran unos pendientes de cerámica con una especie de barcas en la base. Una sonrisa alumbró por fin la mañana. Abrazó a Pepe, si conseguían salvar a la chica, mucho sería gracias a él. Empezó a correr rápido seguida de Modesto, Portela y mucho más lejos, cojeando, Costoya. No había tiempo que perder.

VII. LA JOYERÍA

Mientras Portela conducía el coche que les llevaba a la joyería donde trabajaba Iria, Modesto estaba intentado liberar tensiones contándole a la Inspectora el papel del Coronel Armada en el fallido golpe de Estado del 23-F. No es que le interesara demasiado, pero tenía que reconocer que aquel chico le caía bien, y conseguía entretenerlos pese a la tensión del momento. Aparcaron delante y salieron como centellas. Era la una, quedaban once horas para lo que nadie deseaba. El dueño los observó, curioso, y les contó la historia de aquellos pendientes de cerámica.

—Efectivamente, son nuestros, eran los que se llevó Iria. Un encargo. En estas ocasiones, si son clientes del pueblo o así lo requieren hacemos entregas a domicilio. Normalmente siempre iba acompañada de su padre. No sé, la verdad, ¿y dice que la chica no ha aparecido?

—Yo no he dicho nada —a la Inspectora no le gustaba nada aquel hombre—. Aquí las preguntas mejor las hacemos nosotros. ¿Recuerda a qué hora vino Santiago a buscarla?

—Sí, como siempre, sobre las nueve menos cinco, nueve. Cerramos a las ocho y media, recogemos, limpiamos...

—¿No notó nada raro en ella ese día?

—Absolutamente nada, fue un día como cualquier otro. Se fue con su padre, me dijo que había quedado en entregar los pendientes, tampoco le di mayor importancia.

—Muchas gracias por su tiempo. Si necesitamos alguna cosa más es posible que le llamemos para que haga una declaración en la comisaría. —Los cuatro fantásticos salieron del local sin nada nuevo que llevarse a la boca.

Modesto propuso ir a comer y darle una vuelta a todo lo que tenía, a las cuatro era el entierro y tendrían que hacer acto de presencia. Paola llevaba un buen rato callada, dándole vueltas a todo. Al llegar al O Grilo sacó de nuevo su folio, tachó lo que ya no les hacía falta y empezaron de cero.

—Inspectora, tiene que tachar «ojén» también —era Portela el que hablaba.

—¿Por qué? Sé que es un aguardiente, y que yo sepa no encontramos nada de eso.

—La caja, la caja de anís, el ojén se hacía con ramas de anís.

—Joder, Portela, es usted una caja de sorpresas, nunca mejor dicho. —Tachó aquella palabra y la primera lista quedó vacía. Ahora tenían que hacer frente a la segunda. «Bisutería», «Pendientes», «¡Aquí puede haber una pista!», «Los pueblos del cinturón». Los pendientes ya los tenían, la bisutería parecía señalar a la joyería. Intentó darle vueltas a aquella afirmación de «los pueblos del cinturón». Estaban espesos y cansados. Prefirieron descansar un rato después de la comida y antes del entierro.

VIII. SANTIAGO

Fumando, en el exterior de aquel templo, considerado el primero mariano del mundo, valoró todo lo que habían encontrado. Aquellos pendientes con esas barcas... Buscó el teléfono de cerámicas O Castro y llamó. Estaba seguro de que no sería difícil de seguirle la pista a aquellos pendientes. Una voz de chica joven, amable, pero con mucho trabajo, le respondió al otro lado.

—Disculpe señorita, soy el Inspector Costoya, de criminalística. Estamos investigando un homicidio y hemos encontrado una pieza de su catálogo en la investigación. ¿Podría comprobar cuándo salió de la fábrica y cuántas copias salieron? —La voz de la chica cambió al darse cuenta de que estaba hablando con un Inspector de policía. Le dio la descripción de los pendientes y ella le pidió un momento de espera.

—Sí, Inspector, fue un pedido específico de ese producto.

—¿Quiere decirme que es una pieza única? ¿Que la encargaron para la ocasión?

—Sí, desde la joyería nos hicieron este encargo y el pasado jueves hicimos entrega del pedido junto con el resto del material. Recuerdo que el cliente insistió mucho en la importancia de la entrega aquel día.

—Pues muchísimas gracias, ha sido usted de gran ayuda.

En su camino, Costoya había llegado junto a la tumba del Camilo José Cela. Pensó que todo estaba conectado y que nada era al azar. Lo que no entendía es qué escondía aquel joyero para no decirles toda la verdad. Le hizo un gesto a Portela y enviaron una patrulla a vigilar la joyería hasta, al menos, las doce de la noche. No quería sorpresas. Siguió observando a todos los que habían acudido al sepelio, uno por uno. Para él todos eran posibles asesinos. Al terminar le contó las novedades a Paola y Modesto. Se hizo un silencio tenso. Seguían sin saber hacia dónde tirar y lo peor era que solo les quedaban algo más de seis horas para el gran día del Apóstol.

Eran casi las nueve de la noche. En el centro de operaciones de O Grilo la tensión cortaba la respiración. Paola había desplegado un mapa con los pueblos del cinturón de Santiago por si aquello tenía algo que ver. Era buscar una aguja en un pajar. Pero las casualidades existen, y en uno de los incontables viajes del camarero a su mesa, este se fijó en los pendientes y les dijo.

—Eses pendientes son de O Castro, yo le regalé unos a mi mujer en las bodas de plata. —De repente Costoya abrió mucho los ojos. Lo había tenido delante de sus narices todo ese tiempo. Era una puta metáfora. Todo. Se levantó, nervioso, y empezó a hablar.

—Claro, joder, cerámicas de O Castro. A ver, Portela, tú lo sabes todo, ¿hay castros en este pueblo?

—¿Que si hay castros? Inspector, esta zona está plagada de castros. —Paola abrió mucho los ojos y empezó a preguntar en voz muy alta.

—¿Cuántos? Vamos Portela, ¿cuántos? —se le estaba saliendo el corazón del pecho.

- Y yo qué sé Inspectora, no me paré a contarlos.
—¿Quiere usted mirarlo por favor, antes de que me dé algo?
—Ah, sí, claro, no la entendía, espere un momento.

Hubo un instante en que la cara de Portela se puso blanca. Luego los miró y movió la pantalla del portátil para que todos pudieran verlo. Trece. Trece castros. Todos en el cinturón que rodeaba a la iglesia de Iria Flavia y alrededores. Trece camelias, trece cruces, trece castros.

IX. TRECE

Quedaban algo más de dos horas para el gran día del apóstol. Iban camino otra vez de la iglesia, intentando encontrar cuál de los castros era aquel donde encontrarían el premio. Habían seguido las pistas, los pasos, y ahora esperaban que aquel jugador homicida cumpliera su palabra. Portela seguía revisando en cada castro la búsqueda de algún dato cuando cayó en la cuenta de algo muy importante. Esbozó una sonrisa y empezó a hablar a voces.

—¡Los pendientes Inspector, los pendientes! —Paola abrió mucho los ojos y esperó que continuara hablando—. Pendientes de barco. El castro de O Barco. Tiene que ser ese. —Paola le dio un fuerte abrazo que azoró a Portela y provocó los celos de Modesto, al que le había tocado hacer las veces de chófer.

—¿Sabe dónde es? — Portela contestó afirmativamente—. Pues vamos, porque nos queda poco tiempo.

—Está muy cerca del Ulla y también de la autopista. Es bastante grande, la verdad.

Al llegar al acceso se dio cuenta de que aquello no iba a ser nada fácil. La luz empezaba a escasear. Propuso ir en parejas, ella iría con Modesto y Portela con Costoya. Cada uno revisaría una zona. El resto de patrullas estaban de camino, pero no podían esperar. Empezaron a andar. Las obras de la autopista habían dejado aquello bastante desastroso. Pensó en lo poco que le gusta al ser humano cuidar las cosas que nos dejaron en patrimonio y la facilidad con la que destruye todo. Llevaban varios minutos andando. Modesto le había dicho que eran un par de hectáreas, pero los caminos estaban demasiado difuminados. Dio gracias de ir con Modesto, que sabía lo que se hacía. De repente, a lo lejos, escucharon un disparo. Se asustaron. La Inspector sacó el arma y se tensó. No escucharon nada más. De repente, a unos metros de ellos, en la parte superior de la ladera, notaron cómo algo o alguien pasaba a gran velocidad. Modesto la agarró del brazo, la tranquilizó. Cogió la radio.

—Portela, ¿estáis bien? Corto.

—Sí, nada, el Inspector vio algo moverse rápido en el monte, podía ser un jabalí, un ciervo, cualquier cosa, y disparó. Nos asustamos.

—Nosotros también lo vimos, ladera arriba. Sería un animal, por aquí abundan. Corto y cierro.

Siguieron avanzando más despacio, los minutos corrían, eran casi las diez y media. La noche estaba a punto de adueñarse del mundo y el tiempo se agotaba. De repente, Paola vio cómo una masa negra se abalanzaba sobre ellos, y tuvo el tiempo justo a reaccionar y echarse a un lado. No así Modesto, al que cogió de lleno y tenía tumbado en el suelo. Era él. El jugador quería jugar su última baza y allí estaban frente a frente. Se miraron sin hablar durante unos segundos.

—Suelte el arma, no se lo repetiré, le juro que dispararé. No saldrá de aquí. —Intuyó cómo una sonrisa se dibujaba bajo aquel pasamontañas.

—Mi querida Inspectora, una última pregunta, ¿sabe usted cuál es el árbol más adecuado para una colmena?

Casi sin darse cuenta desapareció. Se quedó helada. Fue hacia Modesto.

—No es nada Inspectora, no se preocupe, continúe usted sin mí, tiene que encontrar a esa chica...

—No puedo dejarte aquí así. —Tenía un fuerte golpe en el cuello y no podía moverse.

—Me quedo con la radio, Inspectora, en seguida vendrán los compañeros, corra por favor, corra tras ese loco y encuéntrela. Los castaños, la respuesta son los castaños. Siga todo recto hacia el río, allí está el Souto... —Ella lo abrazó.

—Gracias, Modesto, no hubiera hecho nada sin vosotros. —Salió como alma que lleva el diablo, una mano en su linterna, otra mano en su arma, dispuesta a encontrar a aquella chica aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Era imposible identificar nada, pero bajó, sabía que si llegaba al río tendría que dar marcha atrás. No hizo falta, a pesar de la oscuridad, la frondosidad de aquellos árboles, el olor, todo lo hacía especial. Intentó ir más despacio. Podía estar escondido en cualquier lugar. De repente se dio cuenta de que había como una especie de baúles en el medio de aquel bosque. Tardó en caer que no eran otra cosa que colmenares. Empezó a correr. Al fondo empezó a escuchar un rumor, una queja. No podía ver nada con precisión. Apuntó con la luz al punto exacto.

Entonces la vio. Atada al último colmenar. Llorando de miedo. Temblando de frío. La miró sin verla, le habló despacio.

—Ya estoy aquí, tranquila bonita, ya acabó todo. —La abrazó fuerte, muy fuerte. Le secó las lágrimas con la mano.— Soy la Inspectora Paola Gómez, llevamos buscándote dos días, no sabes la alegría que me da encontrarte. —Volvió a abrazarla.

—El hombre, el hombre... —Paola notó cómo Iria miraba a un punto indeterminado del infinito. De repente, sintió cómo el aire pasaba a su lado más deprisa, como una brisa salvaje de verano, y apuntó con su arma. Todo fue rápido, demasiado. Por un momento, silencio. Detrás de ella vio dos luces acercarse; eran Costoya y Portela.

—¿Estáis bien? —Paola seguía mirando hacia algún punto del infinito, hacia el lugar por la que aquella brisa se había disipado.

—Sí, estamos bien. Ella está bien. —Miró para Iria y empezó a llorar. Eran casi las once de la noche. Habían llegado a tiempo.

—Y ese hombre, ¿conseguiste verlo?

—Sí, hablé con él. —Costoya la miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Y qué coño te dijo?

—Me dio la última pista. No estaba en las páginas del libro. Era el libro —y le señaló los colmenares. Costoya empezó a contar.

—¿Sabe cuántos hay, Inspectora?

—No me lo diga: trece- Este es el número trece. —Sonrieron.

—Portela, llama a la caballería, que lo registren todo, y una ambulancia para llevar a esta chica por favor. —Se levantó, estaba exhausta.

—No lo vamos a encontrar, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Costoya, creo que esa será otra historia. —Costoya encendió un pitillo y maldijo el día en que había escogido aquella maldita profesión. Así jamás dejaría de fumar.

TRECE MESES DESPUES...

X. CAMBIO DE PLANES

Corría entre aquella arboleda, a ciegas, con la escasa luz que le daba su linterna reglamentaria, sumida en una espesa bruma. No sabía lo que hacía. De repente, de entre las sombras, una masa negra se le abalanzó, la agarró de los hombros y la inmovilizó. Pudo ver aquellos ojos inyectados en sangre mirarla fijamente. Tres, Paola, tres. No dejaba de repetirlo una y otra vez. Tres, Paola, tres.

Se incorporó bañada en sudor, el corazón se le salía del sitio. El sol le daba de lleno. Empezó a recuperar la consciencia, solo había sido un sueño. El estruendo de su móvil la había sacado de aquel trance. Recuperó la respiración, abrió el bolso e intentó mirar, deslumbrada, la pantalla de su móvil. No podía ser él, otra vez. Contestó desganada.

—Paola, ¿qué tal esas vacaciones? —La voz del Comisario intentaba ser amable, estaba claro que quería algo.

—Hasta este mismo momento disfrutando, querido Comisario.

—Siempre con tu ironía, no vas a cambiar, ¿eh?

—Ni usted dejará de llamarme fuera de servicio o en horas intempestivas. Somos como somos.

—Y que lo diga, en fin, voy al grano, mañana la quiero a primera hora en mi despacho. No se ponga con nada, no hable con nadie, no piense, solo diríjase a mi despacho. ¿Me ha entendido?

—¿Me va a decir de qué se trata o me va a dejar en ascuas hasta mañana para que no sea capaz de dormir?

—Mañana se lo cuento, pero para que se haga una idea digamos que se trata de un pequeño cambio.

—¿Pequeño cambio? Nos conocemos, Comisario, no intente engañarme.

—No lo haré, mañana véngase usted preparada, que tenemos mucho que hablar. Le dejo, que tengo asuntos que atender.

—Comisario... ¿Comisario? ¡Será cabronazo!

El silencio en la línea la llenó de un vacío enorme. Ese vacío llamado incertidumbre. Como una autómatas se vistió, sacudió la toalla, cogió la bolsa de la playa y salió en dirección a su casa. Era casi media hora de camino. Lo cubrió de malos presagios y recuerdos de aquel último año.

El fantasma de Iria Flavia, o como la prensa lo había bautizado, el Guardián de las Flores. Ni una sola pista. No podía quitárselo de la cabeza. Muchas emociones juntas después de eso. Volver a ver a su expareja Luis, a Tiana, a su hermana Elena, Felipe, Marcial Romero. Todo aquello se acumulaba en su cabeza formando unas horribles migrañas.

Le dio vueltas a todo aquello hasta que consiguió dormirse. Soñó con Ruíz, con Germán, con Miriam, con su madre, con Portela, con Modesto, con Iria. El pasado cabrón, que siempre vuelve.

Eran las nueve de la mañana. Puntual como un reloj llegó a la comisaría dispuesta a descubrir a qué venía tanto secretismo. La estampa la dejó frita. En el despacho del Comisario estaban Costoya, el Comisario Jefe y ¡el Jefe Superior de la Policía! Allí se mascaba algo gordo. Miró a Costoya, con su cazadora eterna, sus ojos cansados y su cara de bueno, y le sonrió. En el fondo le había cogido cariño. Pero ¿qué coño hacía allí? Preguntas con pronta respuesta. El Comisario Jefe tomó la palabra.

—Inspectora Gómez, Inspector Costoya, buenos días. Ante todo, disculpen la premura, pero como siempre digo, el deber nos llama. Y sin más preámbulos le cedo la palabra al Jefe de Policía, el señor Rubio, que les informará detalladamente de lo que nos ocupa. —Miró a Paola sin saber qué pensar, si la echaría de menos o se quitaría un peso de encima. Era inteligente, introvertida, intuitiva, borde en ocasiones, pero sobre todo había tocado techo en aquella comisaría. Nada de lo que pudiera ofrecerle podía apasionarla. Era lo mejor.

—Señorita, caballero, ante todo quiero comunicarles el cambio en sus graduaciones: la Inspectora Gómez pasará a ser la Comisaria Gómez; y el Inspector Costoya pasará a ser el Inspector Jefe Costoya. Todo esto lo hablaré detenidamente con cada uno de ustedes y les explicaré las condiciones cuando terminemos esta reunión —hizo una breve pausa y prosiguió—. Lógicamente esto provoca que tengamos que ofrecerles a ambos un cambio de destino. Su pericia a la hora de resolver el crimen de Iria Flavia, el caso Niebla y el entramado de Marcial Romero no pasó inadvertido para nuestros superiores. Como sabrán, estamos ante un aumento de los homicidios, sobre todo de homicidios sin causas aparentes o de asesinos dementes. Una de las zonas más castigadas por esta epidemia es Galicia. —A Paola se le paró el corazón, no podía ser—. Entre muchos otros seguimos sin pistas de nuestro mediático asesino de las flores. Así que la dirección ha creído conveniente crear un grupo especial con epicentro en A Coruña y que operará por toda la región y algún caso concreto en los alrededores. Este equipo será liderado por usted, Paola, y su segundo de a bordo será el aquí presente señor Costoya. El resto de las personas, las instalaciones y todas sus funciones les serán reveladas en destino mañana mismo. —A Paola se le ocurrían mil cosas que decir, pero solo le salió una.

—¿A Galicia, en serio?

—Pensé que le gustaría, sé que conserva buenas amistades por allí.

—Sí, claro, me encanta Galicia. —El Comisario Jefe creyó notar cierta ironía archiconocida en las palabras de Paola e intervino sabiamente.

—Saldrán mañana a las ocho del aeropuerto de Málaga —de repente miró para Costoya—. ¿Se ha quedado usted mudo, señor Inspector Jefe? —recalcó mucho lo de «Jefe».

—Disculpe Comisario, aún me encuentro asumiendo lo que supondrá para mi ácido úrico volver a esa tierra prometida. Desde luego no contaba con ello, pero todo lo que sea agrandar el cuerpo usted ya sabe que puede contar conmigo.

—No tenía dudas, Costoya, y hágame un favor, con el sobresueldo cómprese usted una cazadora nueva, que esa ya tiene pelotillas —Costoya miró largamente hacia su objeto máspreciado.

—Señor Comisario, ¿es usted capaz de imaginarse a Fito sin su boina, y a Cobain sin su jersey a rayas y su chaqueta de lana? —hizo una pausa mirándolo fijamente—. Ah, que usted es más de clásicos, tipo Bertín Osborne y todo eso. —La cara del Comisario le hizo frenar—. En fin, pues lo mismo somos mi chaqueta y yo, inseparables. Y una cosa le digo, en Galicia hace bastante más pelete que aquí, y yo soy un hombre preparado.

Salieron de allí y esperaron su turno de entrevista personal mientras tomaban uno de esos, tan sabrosos, cafés de máquina de comisaría.

—Al menos no estaremos solos —el flamante Inspector jefe miró a Paola esperando el latigazo de la ya Comisaria.

—Costoya, no me jodas. Roncas, ¿sabes? Y fumas, y eres raro, y esa chaqueta... —La miró, en el fondo, con cara de ternura—. Pero hay pocos compañeros mejores para una aventura así. —Le puso una mano en el hombro—. No te prometo cambiar mi humor mañanero, ya lo sabes. Así que procura tenerme contenta, que ahora soy tu jefa —le guiñó un ojo y salió al encuentro del Jefe supremo, que ya la esperaba en su despacho. Empezaba una nueva era.

XI. EQUIPO

DÍA UNO

Eran casi las diez y media de la mañana. Estaban delante de la Jefatura Superior de Policía de Galicia, en pleno centro de A Coruña. Costoya estiró los brazos y miró al cielo. Exclamó.

—¡Hogar, dulce hogar!

—¿Desde cuándo es usted gallego, Costoya?

—Gallego de Malasaña, pero gastronómicamente cien por cien. El mar y yo somos uno —le guiñó un ojo.

Entraron en la comisaría. Se presentaron. Solo tardaron dos minutos. Ante ellos y la sorpresa absoluta de Paola y Costoya, estaba el Jefe de Policía Rubio.

—Pero... Pero... No puede ser. No deja de sorprenderme.

—¿Ha visto un fantasma, señor Costoya? ¿O es que le ha abducido el espíritu de Jim Morrison? —hizo una pausa—. Pues sí, no han sido los únicos trasladados. Están ante el nuevo Jefe de Policía de Galicia.

—Supongo que enhorabuena —Paola no sabía si era una buena o una mala coincidencia.

—Muchas gracias y acompáñenme, les presentaré al resto del equipo. Todos han llegado esta mañana.

Entraron en un lugar frío, enorme, con muchos despachos adjuntos. Cajas y algunos operarios en plena faena. En el centro de la sala, esperando, estaban dos chicas y tres chicos. Eran el resto del equipo. Dos rostros familiares se acercaron corriendo a abrazarlos. Eran Modesto y Portela. Aquella sorpresa había alegrado el día a la Inspectora, que no podía dejar de achucharlos. Costoya empezó a hacerle chascarrillos a Portela, que seguía tan pardillo como siempre. Eran casi trece meses sin verse.

—Hago las presentaciones: Comisaria Gómez e Inspector Jefe Costoya, a Modesto y Portela los conocen, formaran el equipo de campo. Milo, forense y todo tipo de informes *post mortem*. La señorita Fernández, analista de todo aquello que se pueda analizar; lo primero sería la chaqueta de Costoya, que seguro que de ella sale ADN de John Lennon —todos rieron—. Y por último, Alba que se encargará de la informática y la documentación.

Fueron saludándose uno a uno. Rubio dejó que terminaran para darles su imprescindible discurso. Aquello tenía muy buena pinta. Sería cuestión de encajar las piezas. De conocerse. Su objetivo era que aquella unidad funcionase y, sobre todo, resolviese los casos cuando fuese necesario.

—Comisaria Gómez, me encantaría quedarme a comer, pero me toca despedir a mi predecesor y esas cosas oficiales, así que les dejó con ellos y con todas esas carpetas que ve usted sobre la mesa.

—¿De qué se trata? —eran montones y montones de carpetas de colores apiladas sin descanso.

—Crímenes sin resolver. Y la en la carpeta de arriba tienen todo lo recabado hasta la fecha sobre el asesino de las flores. Sé que ha pasado tiempo, pero Modesto y Portela les pondrán al día con las novedades —Paola los miró con cara de sorpresa y también de preocupación. No contaba con aquello. No contaba con despertar a aquel fantasma. El que llenaba sus sueños de madrugada.

—Alto y claro, *her* comandante —Costoya hacía el saludo oficial de la Guardia Civil mientras Rubio salía meneando la cabeza de lado a lado.

Se miraron. Miraron aquella sala gigante. A los cinco que tenían delante. Tenían mucho por hacer. No había tiempo que perder.

XII. REMINISCENCIA

—Ayer por la mañana nos llegó esta carta a la comisaría —era Modesto el que hablaba—. En principio, lo único extraño era el remite —con letras recortadas de revistas se podía leer: «Coronel Aureliano Buendía».

Se puso los guantes y cogió aquella carta, con el corazón hostigado, los recuerdos latentes y una premonición que le sabía a hiel. «Cabrón», pensó, «un cabrón culto, pero cabrón».

—Supongo que ninguna huella válida. Me decepcionaría.

—Solo las desechables: la gente de correos, la recepción de nuestra oficina... Ninguna huella más —Costoya intervino, diciendo lo que todos estaban pensando—. Entiendo que creéis que es el mismo que el del crimen de Iria Flavia.

Los tres lo miraron con cara de obviedad. Nadie contestó. La Comisaria abrió el sobre. Con las mismas letras de colores podía leerse:

«Predicador soberbio de púrpuras telas, bajo el influjo del César caído con tus leyendas, trece morirán».

Volvió a mirar a Modesto y Portela, que se estaba encogiendo de hombros. Costoya se estaba irguiendo sobre sus zapatos, la Comisaria sabía que aquello solo podía ser bueno.

—Veamos señores, no me cabe mucha duda que con lo de «púrpuras telas» se está refiriendo a un obispo. ¿A cuál? Ni idea. —Portela lo interrumpió.

—Fue nuestra única conclusión inicial. Siento decirles que el obispo monseñor Rosendo de Alvar de la diócesis de Ferrol-Mondoñedo lleva desaparecido desde ayer.

—Joder, eso lo complica todo —Paola seguía mirando fijamente aquella carta—. Alba, busca todo lo que tengamos relacionado con el señor obispo. Fernández, necesito que te centres única y exclusivamente en el contenido de esta carta, no me importa lo descabellado que sea, todo lo que tengas quiero leerlo, ¿vale? —Ambas asintieron con la cabeza—. Milo, seguro que puedes darles un repaso a las huellas de la carta, algo que se les haya podido escapar a los compañeros, lo que sea.

—Por supuesto Comisaria, antes de que termine el día tendré los resultados.

—Y vosotros, lo primero ponedme al día sobre lo poco que tengamos de nuestro querido asesino de las flores. Supongo que en trece meses algo tendremos —Costoya los interrumpió.

—Yo no quiero ser pesado, pero ¿por qué suponemos que se trata del mismo loco? Por ahora no hay coincidencia en nada, me parece que nos estamos adelantando, y por desgracia hay mucho loco suelto. —No le faltaba razón, y a pesar de su pálpito, la Comisaria Gómez volvió a empezar de cero. No tenían nada. Nada de nada. Decidieron salir a comer e intentar cargar las pilas.

Pasaron todo el día dando palos de ciego. Perdidos y sin dirección. Algo se les estaba escapando en todo aquel entuerto. Costoya y Portela habían encontrado un piso cerca de la

comisaría. Lo de ser policías abre muchas puertas. De momento estarían los cuatro juntos. Era la mejor manera de hacer piña y la peor para no desconectar del trabajo. Eran casi las nueve, Paola esperó por los resultados de Milo, que resultaron ser infructuosos, y los mandó a todos para casa. «Mañana será un día muy duro», les dijo. Estaba destrozada. Acompañada por sus tres compañeros, llegó a su nuevo hogar coruñés, se dio una ducha y se metió en cama. No podía más. No tenía fuerzas ni para volver a analizar aquella frase. Los escuchó hablar en el salón hasta bien entrada la madrugada. Le hubiese gustado acompañarlos, pero aquellas pesadillas la estaban matando.

XIII. SAN JUAN DE CAAVEIRO

DÍA DOS

La llamada del Jefe los había sorprendido desayunando. Habían encontrado algo en el Monasterio de Caaveiro. Era todo lo que se sabía, y tenían que salir para allí pitando. Llamó a Fernández, que se ofreció a recogerlos. Diez años antes había estado muy cerca de aquel lugar, en las Fragas del Eume, junto a su ex. Prefirió no recordarlo. Se le apretó el corazón cuando pasaron por allí y vio las mesas de madera, el río y aquella sucesión de naturaleza inabarcable.

Llegaron al monasterio y los compañeros los estaban esperando.

—A sus órdenes comisario. El cuerpo está arriba, después del cenobio. Lo encontró el vigilante a primera hora, cuando volvía de hacer una de sus rutas.

—Muchas gracias, chicos. No os retiréis, igual necesito algo de vosotros.

—Aquí estaremos, Comisaria.

Los cuatro fantásticos: Paola, Costoya, Modesto y Portela, subían los veinte escalones que los separaban de una grotesca escena. Fernández los seguía a una distancia prudencial, intentando no perder ningún detalle del lugar. La cara desencajada del vigilante no presagiaba nada bueno. Cuando vieron el cadáver, tardaron en reaccionar. Menos la Comisaria, que comenzó a hacer fotos a todo lo que podía ser importante.

El cadáver del obispo se encontraba en posición de genuflexión. Con las manos juntas como si estuviera rezando y en uno de los dedos pulgares un gran anillo. Vestía ropas de gala y de su boca salía un enorme pez.

Rápidamente se lo mandó a Alba, que no tardó ni un minuto en confirmarle que era un reo, un pez muy parecido a la trucha.

No era capaz de saber los motivos exactos de la muerte. Tenía la cabeza pelada como si hubiese sido abrasada con algún material. Milo estaba a punto de llegar y saldrían de dudas. Entonces lo vio. En el bolsillo lateral del hábito coral sobresalía una vieja página de un libro. Era la página 313 de *Cien años de soledad*, aquel libro de Gabriel García Márquez que contaba la vida de Macondo y entre otros del Coronel Aureliano Buendía. No debería, pero sonrió para sus adentros. Empezaba el juego. Ya no estaba nerviosa, ni cansada; ahora estaba ansiosa, excitada. Se había escapado una vez, no quería fallar. Costoya la sacó de su ensoñación.

—¿Qué hay en ese agujero? —El Inspector se dirigía al vigilante y señalaba un hueco del suelo que estaba justo delante del obispo.

—Cuando reformaron el monasterio dejaron algunos de los antiguos cuartos arreglados para su visita. Otros solo se pueden ver por ese orificio o en la parte inferior. Era uno de los cuartos en los que se cuenta que encerraban a los presos, y les aplicaban la gota.

—¿La gota? —Costoya miró directamente para la Comisaria y la cabeza del señor obispo.

—Sí, se trataba de agua, otros dicen que aceite hirviendo que iba cayendo gota a gota encima de la cabeza del reo, era horrible.

—Inspector, cree que le han hecho lo mismo, ¿me equivoco?

—Ocularmente parece, pero seguro que Milo nos lo puede confirmar.

—¿Cómo encontró el cadáver? —Paola se dirigió al vigilante, que seguía muerto de miedo.

—Yo estaba dando una ronda y escuché unos ruidos en el bosque, mi turno acababa a las ocho y tampoco es nada raro escuchar ese tipo de cosas aquí, pero siempre lo revisamos. Cuando regresé ya prácticamente era de día y me pareció ver un monje rezando, tampoco era tan raro, aquí viene mucho loco. Le saludé y no me dijo nada, subí a mirar y esto fue lo que me encontré.

—¿No vio a nadie salir, ningún coche?

—No. Se lo aseguro. No se movían ni las hojas de los árboles. Parecía una película de miedo. No me moví de aquí hasta que llegó mi compañero, y ya les llamamos.

Paola se apartó junto a Fernández y Costoya. Modesto estaba tomando declaración al otro vigilante y Portela junto a los guardias de A Capela, comprobando todo el perímetro en busca de algo o alguien.

—Fernández, necesito que me dibujes los caminos exactos, sea a pie, bici, escalando, en coche o lo que sea, que hay para llegar hasta aquí. No podemos dejar escapar ningún detalle, y en eso eres la mejor. —Miró para Costoya.

—Es él.

—Ya me he dado cuenta Comisaria. Nos ha vuelto a dejar un regalo literario.

—Nada es al azar. ¿Recuerda?

—Cómo olvidarlo.

—Está jugando con nosotros otra vez. Pero lo atraparemos —Costoya la miró escéptico.

—Ojalá Comisaria, ojalá. Por el momento ya tenemos otro muerto, y no es cualquiera. Esto va a suponer un problema mediático.

Casi sin notarlo, el cielo se fue cubriendo. Una gota enorme le cayó a Costoya en el codo y encendió las alarmas. Se avecinaba tormenta. Aquello podía ser terrible para las pruebas y el cuerpo. Rápidamente empezó a gritar llamando a los compañeros. Como pudo, bajó los veinte escalones que lo separaban de la zona de la cantina y empezó a pedir a gritos una lona. En un minuto se sucedió todo. Empezó a diluviar, pero entre Milo, que acababa de llegar, Costoya, Paola y los dueños de la cantina consiguieron tapar como pudieron con un viejo toldo verde y unos pies la escena del crimen. «Por los pelos», pensó la Comisaria. Habían pasado del sol a la tormenta en menos de cinco minutos. Del cielo al infierno. Aquello era una premonición.

Costoya encendió un pitillo y recordó la última vez que había intentado dejarlo. Imposible, si no paraban de darle aquellos disgustos.

XIV. LEYENDAS

Volvían a la base, Paola, Costoya y Portela, muy apretaditos detrás. Mojados como pitos. Le sobresaltó el teléfono. Era Alba.

—Comisaria, ponga el manos libres y agárrese.

—La escuchamos Alba.

—San Rosendo fue uno de las personas que más hizo por San Juan de Caaveiro que, por cierto, durante siglos fue una colegiata, como Iria Flavia. Nunca llegó a ser abad, pero sí la visitaba durante largas épocas para descansar y relajarse. Era uno de sus preferidas. Durante una de sus estancias cuenta la leyenda que una tarde soleada salió a pasear por las Fragas, por la orilla del Eume. De repente, una serie de nubarrones descargaron sobre él una gran tormenta y provocaron su furia tras quedar totalmente encharcado. Enfadado porque no esperaba la tormenta e incómodo por la mojadura, se quejó amargamente a Dios. A los pocos segundos se dio cuenta de su error y se arrepintió por tener pensamientos tan egoístas, así que tiró su anillo episcopal y abacial al río Eume y le pidió a Dios que no se lo devolviese hasta que lo perdonara por su pecado de soberbia. Siete años después uno de los monjes de Caaveiro pescó unos reos en el río. Cuando el cocinero los estaba limpiando comprobó que uno de ellos tenía en el aparato digestivo el anillo que San Rosendo tirara al río.

De esta manera, sintiéndose perdonado, volvió a colocarse el anillo en el dedo para alegría de todos. Lo celebraron como un milagro divino, una revelación por la que Dios le pedía que fundase el gran Monasterio de Celanova.

El silencio duró unos segundos, solo profanado por alguna palabra malsonante.

—Esto es la escenificación de la leyenda. El obispo, el anillo, el reo. Lo tenemos todo, solo nos falta la página del libro. Seguimos sin saber el porqué, y mucho menos quién. De todos modos, Alba, te felicito porque el trabajo documental es excelente.

—Gracias jefa, es un placer, seguiré indagando si me permite.

—De tú, Alba, de tú.

—Perdón Comisaria, es que no me acostumbro —colgó.

—No sé cómo lo hace, pero consigue escenificar hasta los elementos naturales. Lo tiene todo calculado.

—Tiene que haber algo más —Costoya estaba pensativo. Contrariado—. Algo que nos esté queriendo decir. ¿Por qué solo mata personas en un ámbito religioso? ¿Por qué esa obsesión con los números? Señores, me da que tenemos mucho que pensar para sacar esto adelante.

—Pienso que deberíamos investigar el entorno de Rosendo de Alvar. Igual nos llevamos alguna sorpresa.

—Estoy de acuerdo, Portela, usted y Fernández pónganse con eso. Nosotros tres seguiremos intentando unir los puntos de esa carta con lo que hemos vivido hoy, tiene que haber un nexo de unión y lo tenemos que encontrar. Está claro que va a volver a matar, y esta vez no sabemos cuándo. Seguro que sabremos algo más cuando Milo acabe de recabar huellas y le haga la autopsia al cadáver.

—Se montará un buen revuelo Comisaria.— Modesto no era amigo de la prensa, precisamente.

—Lo sé, y por eso te nombro nuestro representante ante los medios, alguien tiene que dar la cara, y te tocó a ti.

—Eso no estaba en el guion —Costoya le echó un cabo a la Comisaria.

—Eres, sin duda, el más indicado: hablador, charlatán, vende humos... Mejor imposible —Modesto amagó con darle una colleja al Inspector jefe.

—Como alguien tenga que ir a la tele voy a ir yo y luego me llevaré la fama, allá vosotros —rieron, la Comisaria más por asociación. Ella no dejaba de mirar el número de aquella página del libro de García Márquez. Trescientos trece. 3 1 3. No era casualidad.

XV. AUTOPSIA BOREAL

De pie, junto al cadáver, esperando a que Milo dijera algo, les bastaba un suspiro, algo que les demostrase que era humano, estaban Costoya y Paola. A Modesto ya le había tocado hacer las primeras declaraciones, aunque por saber prácticamente no sabían nada. Pero aquel nuevo descubrimiento inscrito a fuego en el cuerpo de Rosendo de Alvar podía ser otro hilo por el que tirar.

«*No Introivit Sapientia In animam Malevoi*», o lo que es lo mismo: «No entrará sabiduría en el alma maleda».

—No lo puedo confirmar hasta que haga un análisis algo más detallado, pero parece que esas letras se han hecho con cera ardiendo.

—¿Quieres decir de una vela, un cirio?

—Más bien un cirio por el volumen, pero sí.

—Milo, supongo que es pronto, pero ¿alguna idea de la causa de la muerte?

—Comisaria, por ahora solo puedo decirle lo que no hay. Ni hay señales de violencia exterior, ni herida por ningún tipo de armas, ni asfixia. Si no estuviese en las condiciones en las que lo encontraron podríamos diagnosticar una muerte natural por un ataque al corazón o algo parecido. Pero asegurarlo me llevará un buen rato.

—¿En la escena del crimen o en las ropas hay algo interesante?

—Las huellas en seguida lo sabremos, y respecto al lugar puedo decir que estaba totalmente limpio.

—¿Y lo que le quemó la cabeza?

—Pues también lo están analizando en estos momentos, pero daría una mano a que era aceite hirviendo.

—Le dejamos trabajar Milo, estamos ahí al lado.

—En cuanto tengo algo se lo haré saber.

Paola apuntó aquella frase en su pequeña libreta roja y salió como un rayo hacia la mesa de Alba, que más que mesa parecía un campo de batalla.

—Toma, necesito que indagues sobre esta frase. Tiene que salir de algún libro, algún lugar, algo que nos dé una nueva pista sobre este hombre.

—De acuerdo Paola, me pongo con ello. Por cierto, os iba a llamar; mirad, creo que tengo algo con respecto a una parte de la frase de la carta del Coronel Buendía. En concreto a cuando dice lo de «bajo el influjo del César caído». Aquí dice que cuando el César murió, un cometa iluminó el cielo durante siete días. Es una leyenda, pero visto lo visto. —Los miró pensando que quizá solo eran imaginaciones suyas.

—Muy concordante. «Predicador soberbio de púrpuras telas», o sea, el obispo; «bajo el influjo del Cesar caído», o sea siete días; «con tus leyendas, trece morirán». Según esto tenemos siete días, o trece personas más morirán —Costoya le acababa de dar todo el sentido a aquella frase.

—Bingo Alba, enhorabuena.

—Y está lo de las leyendas, no lo olvidemos —Paola la miró, se les acumulaba el trabajo.

—Vale, deja lo de la frase y ponte con las leyendas, eso te va a llevar más tiempo. Busca todas las que encuentres sobre esta zona, absolutamente todas, y cuanto más rebuscadas mejor. En cuanto tengas unas cuantas nos las pasas.

—A sus órdenes jefa, me pongo con eso.

Modesto apareció con cara de agobio y desesperación; su nuevo papel de representante solo le daba disgustos.

—Mañana nombras a otro, son unos pesados, la misma pregunta una y otra vez, ya no sabía qué decirles, ni cómo ponerme. Menos mal que solo hacemos una comparecencia al día, si no me suicido.

—Así te aireas un poco. Venga, únete a nosotros, que necesitamos luces. Aquí Alba ya se ha ganado el jornal, a los dos tortolitos los tenemos de viajeros por ahí, a Milo con la autopsia, así que a nosotros tres nos toca saber de dónde coño puede salir esta frase. —La leyó, se quedó un rato pensativo y los miró fijamente.

—Yo creo, si me permitís, que se trata más de lo que es y no de lo que significa, es decir, aunque la afirmación pueda tener algo de valor tiene que tratarse de algún tipo de inscripción. Más al estar escrita en latín. En la Edad Media y Moderna los templos solían llevar inscripciones, y todas en latín. Y teniendo en cuenta que todo está en clave religiosa...

—Quieres decir que nos lleva a un lugar.

—Eso quiero decir Comisaria, ahora lo difícil será saber a dónde.

De repente notó cierta agitación en la sala contigua, donde Milo hacía la autopsia al cadáver del obispo. Al mirar vio cómo movía los brazos para llamar la atención. Les hacía señas. Se pusieron la ropa y entraron.

—Creo que tengo algo, Comisaria. Fíjese en su boca —Paola miró con aquella lupa gigante.

—Parece envenenamiento. ¿No?

—Y lo más importante, tenía estos restos aún entre los dientes —les enseñó una especie de restos de hojas machacadas.

—¿De qué se trata?

—La hoja de tejo.

—El famoso árbol de tejo. El consumo de sus hojas es mortal.

—El consumo de prácticamente todo el tejo es sinónimo de muerte, pero si te lo dan como papilla es una bomba. Provoca vómitos, mareos, el coma y después el paro cardíaco.

—Joder con el Floripondio. Se las sabe todas.

—Pero Milo, no es fácil acceder a las hojas de tejo, si no me equivoco.

—Efectivamente Comisaria, en Galicia no hay muchos. Ahora ya se lo dejo a ustedes.

Volvieron a salir de aquel cuarto. Paola tenía la cabeza embotada, necesitaba una pausa. Propuso a todos salir a tomar una caña e intentar darle otro enfoque a todo aquello, lo necesitaban.

—Salgamos por detrás —Modesto sabía las jaurías que los esperaban en la puerta. El aparato mediático estaba a pleno rendimiento. No iba a ser un caso fácil.

XVI. TOXIZA

Conducía muy bien. Solo hacía unas horas que conocía a Ana Fernández, pero podía decir que le gustaba. Era la típica mujer normal, sin estridencias, de las que siempre acaban dejándote sin habla. En aquel trabajo se llevaba muy mal lo de tener pareja, así que lo mejor era hacer amistades internas. Fantaseando estaba, en aquel K o vehículo de camuflaje, para el caso un Altea XL negro, cuando la inspectora-alumno de primer año Fernández empezó a hacerle el tercer grado.

—¿Cómo conociste a Paola y Costoya? —La miró serio, no porque le costara recordar aquello, sino porque por un momento se trasladó a aquel *souto* del Castro de O Barco.

—Ellos vinieron a investigar la desaparición de Iria y la muerte de su padre Santiago. Supongo que estás al tanto de esa investigación.

—Sí, la verdad que fue muy comentada.

—Pues hicimos buenas migas, para ser cuarenta y ocho horas; después hicieron el informe y se fueron. Eso sí, seguimos en contacto.

—Es especial, ella, digo.

—Pues hija, Costoya lo es más todavía, creo yo. Paola tiene mucho carácter, pero luego es una gran superior. Pide siempre opinión, te respeta, hoy en día encontrar jefes así es difícil. Y bueno, ¿tú cómo te metiste en esto?

—La verdad es que esto es lo que soñaba. Estudié criminología y luego hice la oposición por ejecutiva. Estuve en Mallorca, en Hospitalet, en Burgos y aquí. Espero salir ya como inspectora de segundo año.

—Bueno, yo ahora lo soy. Era poli raso en Padrón, con lo de Iria Flavia me ascendieron a Inspector.

—¿Eres gallego, de por aquí?

—Sí, de Lestedo, muy cerquita de Santiago. Para mí estar tan cerca de casa es un lujo, y más intentando atrapar locos como estos. —La miró; aunque otras personas no lo entendieran, les unía aquel nexo: a los dos les gustaba su trabajo, les gustaba introducirse en la mente de aquellos locos y adelantarse a ellos. No era fácil y no estaba exento de peligro, pero les gustaba.

—Yo soy de muy cerquita de Madrid, de Alcorcón.

—¿No echas de menos tú casa? —No le hizo falta pensar mucho.

—No, la verdad es que no dejo nada especialmente importante atrás, solo a mis padres, pero somos cinco hermanos, ya están acostumbrados. Me gusta la vida nómada, no tener que dar explicaciones, estar a mi aire.

—En este trabajo es difícil tener compromisos, la verdad. Hay ciertas cosas que son difíciles de explicar.

—Sí, primer día doce horas, segundo le digo yo que no bajamos de quince —se rieron, no era una queja, era su día a día, pero estaban orgullosos de ello—. ¿Cuál es el plan, has hablado con Paola?

—Sí, el plan es, lo primero, visitar al párroco de Mondoñedo, y luego visitar la residencia del obispo, que está en el Seminario Menor. Está todo por la plaza.

—Ya casi estamos. Portela, tú eres el mayor, así que te cedo la iniciativa, yo haré de poli figón.

—De acuerdo, inspectora-alumna de segundo año Fernández. —Aparcaron muy cerca de la catedral—. Vamos a por ellos.

Dicen que no hay nada mejor que una reunión de amigos. Podía decirse que ellos lo eran. A su manera. A Modesto le gustaba Paola, Costoya veía en Portela su *alter ego* particular, y Paola, simplemente era Paola. Invitadas a aquella reunión estaban Alba y Fernández, eso sí, esta última escuchando con el manos libres de Portela.

—A ver mi querido amigo, ¿quieres decir que el párroco de Mondoñedo te ha dicho que al obispo le tenían ganas? Así, con esas palabras...

—Efectivamente Comisaria, me ha dicho que se había ganado la animadversión de mucha gente durante los últimos meses.

—Es más —añadió Fernández— apuntilló bastante en lo de convertirse en un ser soberbio y demasiado terrenal alejado de las enseñanzas de San Rosendo.

—O sea, que la iglesia no esconde que estaba en el punto de mira, pero ¿por qué?

—No sé Comisaria —Portela también estaba algo desubicado—, aquí hay gato encerrado. Me esperaba una opacidad tremenda y en lugar de eso nos encontramos todo tipo de facilidades. —Costoya intervino.

—Es como si quisieran que esto se solucionara cuanto antes, ¿no os parece? Pienso que deberías profundizar algo más, quizás algún feligrés, los monaguillos, que suelen cantar bien...

—Mañana a primera hora visitaremos el Seminario Menor en donde tenía su casa el difunto. Espero poder ser de más ayuda. ¿Por ahí sabemos algo nuevo?

—Pues tres cosas importantes, la inscripción del cadáver que ya os envié, que parece que ha sido envenenado por hojas de tejo y que tenemos siete días para que la profecía de nuestro señor de las flores concluya, y con él la muerte de mucha gente.

—¿Árbol de tejo? ¿En serio? A principios de verano estuve yo haciendo una ruta por la zona de Valdeorras, que es donde se conserva la mayor reserva de Galicia de tejos.

—¿En Ourense? No sé qué relación podría tener, pero es un buen dato, Portela. Apuntamos. Alba, en cuanto acabes con las leyendas échales un ojo.

—¿Leyendas? —Portela agudizó el oído.

—Sí, creemos que todo se basa en leyendas, lo que no sabemos es en cuáles, claro.

—Será por leyendas en el Eume. Es una leyenda en sí mismo.

—En fin chicos, mantenednos informados, ¿habréis cogido una habitación doble no? —todos rieron, menos Fernández y Portela—. Lo digo por el gasto, que no estamos para caprichitos.

—Comisaria...

—Venga, anda, disfrutad lo que queda y descansad.

Colgó el teléfono. No sabía por qué, pero creía que podía ser buena aquella pista de los tejos de Valdeorras. Por un momento recordó que aún no había revisado a fondo la página del libro de García Márquez. Otra noche que no dormiría mucho. Pidieron otra ronda.

Fernández y Portela, entre cerveza y cerveza, siguieron dándole vueltas a todo hasta que el

sueño les ganó la batalla. Eran demasiadas cosas para un solo día: el cadáver del obispo, la leyenda de San Rosendo, la inscripción, las hojas de tejo... Convenía descansar y pensar que mañana quedarían solo seis días.

Dejó a Costoya, a Milo, que se había unido a última hora, y a los demás con la cuarta ronda de Estrella 1906; Paola prefirió retirarse llevando consigo el ejemplar de *Cien años de soledad*, era la hora de afrontar aquella prueba con la que su amigo le estaba desafiando. Prefería empezar antes de que sus compis de piso le obsequiasen con su nocturna sinfonía. Echaría de menos a Portela y sus chascarrillos. Cada día les tenía más aprecio, no sabía si aquello era demasiado bueno. Se hizo un café de máquina y se metió en la cama con el libro en una mano y su pequeña libreta roja en la otra. Allí fue apuntando: «El sobrino del obispo heredero de los secretos, los amigos son unos hijos de puta, el parto de un niño no deseado, pelea entre hermanos, el peso abrumador de tanto pasado».

Realmente aquella página era una oda al fracaso, para acabar contando el parto de un niño no deseado por Aureliano. Escuchó la puerta, dando bandazos venía la gran esperanza de la Policía Científica española, el dúo dinámico: Modesto y Costoya.

—¿Pero no habías dejado de beber? —Paola miraba a Costoya como una madre mira a su hijo después de su primera borrachera.

—Comisaria, estábamos celebrando nuestros ascensos y a estas edades, como comprenderás, ya no nos emborracha ni la cicuta.

—Dejaos de tonterías y a descansad, que mañana os necesito en plenas condiciones. —Modesto hizo un gesto con la cabeza y se despidió. Costoya se sentó en los pies de la cama y la miró sonriente.

—He estado pensando entre la cuarta y la quinta cerveza, que debe ser el momento de mayor ebullición de mi cerebro y parece bastante plausible, en la posibilidad de que la segunda leyenda se ejecute en el día tercero. No sé si ya lo tenías en cuenta.

—Parece que es lo que nos quiere decir. Día uno muerte del obispo, día tres segunda leyenda, y día siete el resto, que no sabemos cuántos son hasta un total de trece.

—Yo creo que escoger al obispo de Ferrol-Mondoñedo, que supongo que sabes que no es el titular de la zona del Eume ya que esta zona corresponde a Santiago, no puede ser circunstancial. Estoy seguro de que ese hombre es la clave de todo este entuerto.

—No tenía ese dato Costoya, es muy curioso, ¿y por qué matarlo aquí? ¿Arriesgarse a trasladarlo? Pudiendo hacerlo en Mondoñedo, que es donde residía.

—Eso es lo que tendremos que descubrir. Estoy seguro de que mañana Alba tendrá cientos de leyendas para contarnos, algunas ya nos las estuvo contando hoy y no veas lo que nos reímos.

—Descansa, Inspector. —Costoya miró el libro que tenía entre las manos.

—Y tú, Comisaria. Mañana con unos cafés y unos bollos arreglaremos el mundo, no tengas duda —se rieron—. Pero no te me enfades otra vez, ¿eh? —Se acercó y le dio un beso cariñoso en la mejilla.

—Buenas noches, Inspector Jefe.

Se tiró en la cama. Dejó el libro en la mesilla y apagó la luz. Estaba reventada. Puso la mente en blanco deseando no soñar con él esa noche. Un extraño olor a flores la sorprendió al despertar.

XVII. FÁRFARA

Se despezó e intentó abrir los ojos. Notó una presencia demasiado cerca. Era Modesto. Estaba haciendo algo sobre la cómoda que había en la habitación. Poco a poco, consiguió ir desarticulando los músculos de su boca.

—Modesto, ¿qué coño haces en mi habitación? —azorado miró a la Comisaria mientras terminaba de poner el ramo en el jarrón.

—Disculpa Comisaria, es que hace unos minutos han traído estas flores para usted.

—¿Flores para mí? ¿Quién?

—Pues un admirador, supongo, eso ya es cosa tuya —se levantó asustada luciendo su camión de franela.

—Modesto, ¿estás de coña?, ¿quién trajo las flores? —Lo agarró y lo miró muy seria.

—Un repartidor. No sé decirle. Un chico, señora.

—Dios Modesto, ¿por un momento se te ha ocurrido pensar que son flores? Flores, coño, flores. —En ese momento Costoya, alertado por las voces, entró en la habitación y se quedó mirando aquel ramo de flores amarillas que Modesto amablemente acababa de poner en un jarrón.

—Comisaria, las has contado, ¿verdad?

—Claro, Costoya, es lo único que hago últimamente, contarlo todo. Trece putas flores.

—Modesto estaba blanco—. Joder, no hay ni nombre de la floristería. Desde luego hay alguno que tiene peor despertar que yo...—Lo miró, resignada.

—¿Y qué coño de flores son estas? —Costoya se acercó y vio la tarjeta metida dentro del envoltorio del ramo. Se puso unos guantes y la sacó—. «*Farfara bimodal*» —leyó en alto. Volvió a mirar el ramo—. Modesto, ¿has movido las flores?

—No Inspector, le juro que tal y como me las entregaron las puse en el jarrón, yo no pensé que...

—Fijaos en la organización. Dos a un lado y once al otro.

—Esta vez nos lo está diciendo bastante claro, Costoya, serán dos muertes primero, y once después.

—Dos muertes mañana y once más en menos de seis días. —Costoya intentó dar con la clave de todo aquello. Al menos ya sabían algo más, sabían cuántos y cuándo. No sabían dónde ni quiénes. Paola se dio cuenta de un detalle.

—Chicos, yo no sé vosotros, pero no tengo ni idea de qué significan esas flores, sería buena idea enterarse.

—Fárfara, es que en vida había escuchado ese nombre, dame un segundo. Que esto es un poco lento. Aquí esta, significado —los miró con cara curiosa—. Esta vez fue poco sutil con todo: fárfara, es, literalmente, «ha de hacerse justicia».

—Nos está queriendo decir algo, eso está claro, y ¿qué tiene que ver con el rollo de curas y demás?

—Le diré a Alba que registre las cuentas y todo lo que tenía Rosendo de Alvar a su nombre, igual hay de dónde tirar. —La Comisaria asintió, aunque miró a su presa otra vez.

—Modesto, ahora haz memoria y dime todo lo que recuerdes de la persona que trajo las flores —Costoya la cortó.

—Comisaria, es imposible saber si era él. Pudo haber contratado a cualquiera para traerlas. Eso no nos ayudará nada.

—Tampoco es que recuerde mucho. Llevaba una gorra, vestía todo de negro. Prácticamente no le vi la cara.

—¡Era él! —Paola acababa de salir de dudas.

—Hijo de puta, pero qué huevos tiene, ¿y cómo pudo saber nuestra dirección?

—Tuvo que seguirnos, Comisaria.

—O seguirme. —De repente, un escalofrío le sacudió todo el cuerpo. Ese loco había estado allí, seguía jugando. Parecía que era el más empeñado en que lo descubrieran. Sonó el teléfono. Era Portela.

—Buenos días chicos, hemos descubierto algo. Mirad...—Les mandó una foto de una inscripción en piedra que ponía: «*No introibit sapientia in animam malevoi am nec habitabit in corpore subdito peccatis*»—. Está en la entrada del Seminario Menor de Mondoñedo, la residencia del obispo. La primera parte es lo que tenía el obispo grabado en el cuerpo.

—Bien hecho chicos. Modesto, te toca... —La miró aún azorado y comenzó a traducir.

—«*No entrará la sabiduría en alma maleada ni habitará en cuerpo sujeto al pecado*».

—Parece una clara declaración de intenciones, señores. Chicos, sabiendo esto tenéis que encarar la investigación de otra manera, nos interesa todo lo que rodea al obispo, pero también todo lo que rodea al seminario. Y una cosa, enteraos si existía algún jardín donde cultivasen flores o algo. Todo lo que veáis extraño y sea relevante. Todo lo que os lleve a esta frase.

—Bien, Comisaria, vamos a entrar, en cuanto salgamos vuelvo a llamar. —Colgó.

—Vámonos a comisaría, tenemos que hablar con Alba urgentemente.

Se vistieron y salieron echando humo, apurando las pocas opciones que les quedaban ya de hacer justicia cuánto antes.

XVIII. *TEMPUS FUGIT*

DÍA TRES

Alba llevaba ya más de una hora dándole vueltas a aquellas leyendas infinitas sobre el Eume. Había separado diez qué le parecieron las más llamativas y aplicables al caso. Había recibido la llamada de Costoya para indagar en las cuentas y propiedades del obispo. La cabeza estaba a punto de estallarle cuando vio cómo un huracán humano se apoderaba de aquella infinita sala.

—Alba, buenos días, es urgente, necesito que busques entre esas leyendas alguna en la que mueran dos personas. —El teléfono de Paola volvió a sonar, era Rubio, el Jefe. A Alba no le dio tiempo ni a contestar—. Sí, Jefe, dígame.

—Comisaria, es urgente, han desaparecido dos personas y mucho me temo que tiene algo que ver con lo del obispo. Les necesito allí ayer. Ya tiene la dirección en el teléfono. —Miró a Costoya y le hizo una seña.

—Modesto, quédate aquí con Alba, necesito que consigáis esa información lo más rápidamente posible. Otra cosa, necesito un listado de los alumnos del Seminario Menor que hayan coincidido con Rosendo de Alvar. Es una corazonada.

—A tus órdenes jefa. Me pongo con Alba.

—Bien, las dos personas que acaban de desaparecer es muy posible que tengan algo que ver con todo esto, os mantendré informados chicos. Vámonos Inspector. A Santiago de Compostela. Y no de peregrinación, precisamente.

En la puerta del Seminario Mayor de Santiago, el Monasterio de San Martiño Pinario, les esperaban dos compañeros de la policía de Santiago. Se presentaron. Junto a ellos una figura enjuta del que dijo ser el vicerrector del seminario.

—Comisaria, Inspector, vengan por aquí, el cuarto del rector es el primero a la derecha. Encima de la mesa está el mensaje que han dejado.

Entraron en una gran habitación, propia de un alto mando religioso. No había prácticamente signos de lucha. La cama deshecha y las gafas en el suelo. Se agachó. Encima de la mesilla, con aquellas letras que ya le resultaban familiares, un mensaje claro y conocido: «*Am Nec Habitabit In Corpore Subdito Peccatis*», o lo que es lo mismo, «No habitará en cuerpo sujeto al pecado», la segunda parte de la inscripción presente en la puerta del Seminario Menor. A Paola le faltaba algo.

—Disculpe señor vicerrector, pero me habían comentado que los desaparecidos eran dos.

—Y así es Comisaria. El rector y una seglar —la cara de Paola era un poema.

—¿Una seglar? ¿Quiere decir usted que...?

—Era *vox populi*. Sus ropajes y pertenencias están el cuarto contiguo.

—A ver, entre usted y yo, para que me aclare, ¿el señor rector vivía en pecado con una chica, señora o lo que sea?

—Algo así.

—Algo así no, me va a disculpar, pero la vida de estas dos personas está en juego y es posible que lo que usted me cuente sea fundamental para encontrarlos.

—Pasen a mi despacho, por favor.

—Costoya, llama a Milo y dile que espabile, necesitamos que analice esto rápido.

Acompañaron al vicerrector María hasta una pequeña sala situada en el otro extremo del pasillo. Se sentaron.

—El rector monseñor Varela Alvar no vivía lo que se dice en comunión con Dios. No era una mala persona. Simplemente la tentación pudo con él. Aquí somos todos hombres, ya se imagina. Yo lo sabía desde hace un par de meses. Ella, todas las noches, compartía lecho con el rector y se iba antes de que saliera el sol. Hablé con él varias veces, pero no entraba en razones. Incluso lo amenacé con decírselo a su tío, pero no le importaba, siempre me decía que cuanto más alto, más que callar había. Era una chica bella, pero de condición humilde. Era un amor imposible.

—¿Me quiere decir que estaban enamorados?

—Por supuesto Comisaria, somos personas, tenemos sentimientos. Otra cosa es que lo que hizo el rector esté mal a ojos de Dios, pero no a ojos de los mortales. Eran dos seres humanos que estaban enamorados.

—Y por eso usted hacía la vista gorda.

—Qué quiere que le diga, a veces los envidiaba. No es fácil esta vida que escogimos y la tentación siempre está ahí. Seguro que hasta el mejor de los policías ha dudado alguna vez de si merece la pena serlo. Pues nosotros también. Dar la vida por Cristo no es tan sencillo.

—Disculpe pero antes ha dicho algo de decírselo a su tío —la Comisaria puso cara de no entenderlo.

—Claro, su tío, el obispo Rosendo de Alvar. —«Mierda», dijo para sí misma Paola. El libro de García Márquez. El sobrino del obispo. Recuperó la compostura e intentó que no se le notara aquel golpe bajo.

—¿Podría darnos un listado de los alumnos del Seminario Mayor desde ahora hasta la época en que estudió el obispo?

—Pues déjeme que lo mire. Tenemos todo informatizado desde finales de siglo, pero lo que usted me pide tiene que ser anterior.

—Es importante, si no, no se lo pediría.

—Haré lo que pueda, deme un par de horas.

—Las suficientes para visitar a la familia de la chica, ¿puede darme su dirección?

—Sí, claro, ahora se la apunto. No está lejos de aquí.

—Muchas gracias señor vicerrector. Estamos en contacto. Muchas gracias.

Vieron a Milo y la caballería entrar por la puerta del Monasterio. Paola fue hacia él.

—Milo, las ropas de la chica desaparecida están en la habitación contigua, revisa las gafas de él y esto —era un trozo de helecho—. Estaba en el suelo, y dudo que fuera del rector.

—A sus órdenes jefa, en cuanto tengamos todo nos vamos para allá.

—Muchas gracias, no tenemos tiempo.

Agosto en Compostela significaba mucho turismo. Las calles, a pesar de ser tan temprano, estaban llenas de peregrinos, de gente de todos los lugares, disfrutando de aquel clima idílico.

Buscó la dirección en el móvil. Eran no más de quinientos metros. Quinientos metros maldiciendo por su ineptitud, lo había tenido en sus narices. Otra vez tarde.

XIX. ELVIRA

Mientras Costoya inspeccionaba minuciosamente la habitación de la desaparecida, la Comisaria intercambiaba impresiones con sus padres. Era, efectivamente, un hogar humilde del centro de Compostela. Aun así, su amabilidad era inmensa. Destilaban una extraña mezcla de religiosidad y bondad, como si estuviese hablando con unos santos. A Paola le costó hacer aquel interrogatorio.

—¿Hace mucho que sabían lo de su hija y lo del sobrino del obispo?

—Muchos meses llevaban juntos, Comisaria. No era ningún secreto.

—Disculpe la pregunta, ¿pero ustedes lo consentían?

—Ella es mayor de edad, no podíamos prohibírselo. Al principio su padre le dio un par de charlas, habló con José María, pero no había nada impuro en ese amor y no pudo hacer nada.

—Tiene que perdonarme, pero no soy una persona religiosa y me choca esta situación, no sé si me explico. Ellos a los ojos de Dios estaban cometiendo un pecado, y aquí parece que a todo el mundo le parece lo más normal.

—Nosotros estábamos acostumbrados, y la verdad es que siempre nos trataron muy bien.

—¿Quiere decir que les ayudaban?

—Ayudan a mucha gente, cuando mi marido se quedó sin trabajo ellos le ayudaron a conseguir otro. Si supiera que ese hombre estaba haciendo daño o utilizando a mi hija hubiera hecho algo, pero no era así. —El padre intervino por primera vez.

—Mire Comisaria, lo importante es que los encuentren. Le aseguro que no hay ninguna razón para que hayan escapado voluntariamente. Mi hija nunca haría eso. Tiene que tratarse de otra cosa, se lo ruego, encuéntrala. —Le cogió la mano y las lágrimas asomaron a los ojos de Paola, aunque se aguantó.

Costoya volvió con cara de no haber encontrado nada fuera de lo común.

—¿Leía mucho su hija?, la verdad es que casi todo son libros.

—¿Libros? —la Comisaria se levantó y fue hacia la habitación ante la sorpresa del Inspector Jefe. Empezó a buscar. No era fácil porque había decenas de libros. Al cabo de un par de minutos encontró lo que buscaba. Nerviosa empezó a pasar rápido las hojas del libro para llegar al final.

—Costoya, venga aquí —la cara de la Comisaria era la de haber visto un fantasma. El libro que tenía entre las manos era *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y le faltaba la página 313. La miró sin saber muy bien qué decir.

—¿De dónde sacaba todos estos libros? —La madre se acercó y revisó aquel en concreto.

—Este es de la biblioteca, cogía varios a la semana y los devolvía, pero este, déjeme ver... Sí lo cogió hace quince días. Aquí lo pone.

Paola leyó aquel recorte pegado con la fecha de recogida y máxima de entrega. Levantó la vista y miró el escudo. Era el del Seminario Mayor, la biblioteca de San Martiño Pinario.

—Nos lo llevamos como prueba. Han sido muy amables. En cuanto sepamos algo se lo haremos saber. Muchas gracias.

Salieron a la calle con aquel runrún de media mañana. Costoya la seguía como podía con su cojera de protagonista.

—¿A dónde vamos Paola?

—Volvemos al seminario, Inspector Jefe, tenemos que revisar la ficha de salida de este libro de la biblioteca. —Sudaba como un condenado, no era capaz de aguantarle el ritmo, menos mal que eran quinientos metros.

De camino se cruzaron con el vicerrector.

—Ya tengo lo que me pidieron. —Les pasó una carpeta. Paola la ojeó rápido.

—Muchas gracias, ¿dónde podemos encontrar la biblioteca?

—Yo mismo les acompaño, es por aquí. —Anduvieron más de doscientos metros y al final llegaron a una pequeña biblioteca de no más de mil ejemplares—. No es muy grande, pero para nosotros es suficiente.

—¿Hacen préstamos externos, a seculares?

—Solo en ocasiones excepcionales, pero alguna sí.

—El caso de Elvira entiendo que era uno de ellos. —El vicerrector se puso un poco colorado, cosa que no pasó inadvertida a la Comisaria.

—Sí, ella era una lectora consumada y le permitíamos llevarse ejemplares.

—¿Puedo ver la ficha de este libro, por favor? —se lo enseñó. El vicerrector lo abrió y buscó en una cajita de cartón.

—Aquí la tienen. Es la de este último año. —Antes de Elvira solo había otro nombre, a principios de año. No podía ser su hombre, pero por si acaso lo apuntó. Aquello dejaba pocas opciones. O bien el asesino se había colado y arrancado la hoja en casa de Elvira, o lo había hecho antes en el monasterio. No sabía qué era lo que le daba más miedo.

—Tienen cámaras de vigilancia en la entrada, ¿verdad?

—Sí, las lleva una empresa externa.

—Perfecto, esta es la dirección de nuestra experta, llámelos y dícales que urgentemente les mande las grabaciones que haya entre ayer a las nueve de la noche y la hora en la que se dieron cuenta de que no estaban. Quien los haya raptado tiene que salir en esas imágenes.

—Enseguida los llamo, les pondré prisa. Espero que los encuentren.

—Muchas gracias, queda una patrulla en la puerta, por si acaso.

Salieron con prisa y se cruzaron con Milo, que ya se iba también.

—¿A simple vista, algo importante?

—Lo que sabíamos, en la cama hay restos de usted ya sabe, pelos de dos personas y poco más. Huellas será difícil, no creo que haya cambiado el *modus operandi*. Aun así, lo revisaremos todo.

—Llévese también este libro y busque huella,s sobre todo en la parte final del libro.

—Muy bien, nos vemos en la comisaría.

Aquello era como un carrusel. Paola pensó que lo mejor era parar a comer antes de llegar y poner en claro todo lo que tenían. Llamó a Modesto y Alba y los citó en el Santiaguino, donde habían acabado con las reservas de Estrella 1906 el día anterior. Cuando llegaron ya estaban allí. Pidieron, y mientras esperaban la llegada de los manjares, la Comisaria llamó a Portela.

—Buenas tardes Comisaria.

—Portela, Fernández, estáis en manos libres, os escuchan Costoya, Modesto y Alba. Dadme buenas noticias, ¿qué es lo que habéis avanzado por ahí?

—No demasiado, la verdad. Tenemos, eso sí, un listado con los alumnos del seminario desde que el señor obispo era parte como nos pidió el compi Modesto, hasta nuestros días. Jardines aquí, al menos dentro nada de nada. Por otro parte son bastante más opacos que el párroco. En la habitación del señor Rosendo solo encontramos lo habitual: su ropa de misa, ropa de gala, libros, nada extraño. No sé, no encuentro el hilo del que tirar. —Fernández comenzó a hablar.

—Chicos, yo creo que algo esconden, pero no muy bien si tiene algo que ver con nuestro caso, o sea algo totalmente aparte. Son así.

—O sea que aparte de la inscripción poco tenemos. Veníos para aquí y contrastamos los datos de alumnos que tenéis con los del Seminario Mayor. Necesito saber cuántos coincidieron con el obispo en toda la época lectiva. —Alba intervino.

—Siento deciros que en las cuentas y propiedades del señor obispo tampoco hay nada raro. Lo normal, cobran una pasta, pero entra dentro de lo legal.

—Vale Alba, haz lo mismo con el rector y el vicerrector del Seminario Mayor. —Costoya tomó la palabra.

—Vamos a ver, antes de que llegue la comida y al menos yo deje de ser persona. Tenemos un muerto que suponemos que marca el principio de los acontecimientos. Su muerte está escenificada como una leyenda, hasta aquí todos de acuerdo. Ahora tenemos a dos desaparecidos que creemos que mañana morirán. Suponemos que su muerte estará escenificada con alguna leyenda eumesa pero aún no sabemos cuál. Bien, tenemos que el primer muerto es un obispo y el segundo es su sobrino y su enamorada. Lo que aquí se nos escapa es el porqué. ¿Por qué está matando a estas personas? Puede estar loco, pero todo lo que hace tiene un sentido. Y tiene que estar entre esos muros, no tengo duda.

—Por eso quiero contrastar esos datos e investigar a cada uno de ellos, tenemos que sacar algo o acabará muriendo mucha gente. Lo primero que haremos será repasar esas leyendas y encontrar algo que nos lleve al lugar correcto.

—Estoy en ello, no es fácil, por ahora tengo al menos cuatro que incluyen enamorados.

—Tenemos tiempo, pero lo tenemos que resolverlo hoy, si no morirán. —Costoya al ver la comida dio por zanjada aquella conversación.

—Venga, ahora si queréis hablamos de fútbol, del mundo rosa, lo que sea, pero dejad a este vejestorio alimentarse en condiciones —rieron, y dieron buena cuenta de la comida antes de volver a aquella enorme sala.

Milo los estaba esperando con cara de buenas noticias.

—Comisaria, el helecho que me dejó para analizar solo puede encontrarse en un lugar de Galicia.

—¿En dónde, no nos tengas en ascuas?

—En las Fragas del Eume, son unos helechos antiquísimos que aún sobreviven en la zona más recóndita del parque. Le he marcado en este mapa los lugares exactos donde se encuentran.

—Buen trabajo Milo, sigue con el tema huellas, a ver si sacamos algo más. —Se quedó pensativa, había al menos seis zonas marcadas dentro del parque de donde podría surgir aquel helecho. Pero ¿qué tipo de monstruo podía pulular por allí? Modesto le dio la última clave.

—Comisaria, sé que me mandó otra cosa, pero ayer me quedé con la mosca detrás de la oreja detrás del tema de los tejos y no solo están en la zona del Casaio, aquí tiene otro lugar donde los puede encontrar. —Miró al ordenador y lo leyó asombrada. Las Fragas del Eume. No podía ser, como siempre las respuestas estaban más cerca de lo que parecía. El cerco se estrechaba. Tanto el veneno, como el reo, como aquel helecho pertenecían a la misma zona.

—¿Podríamos saber exactamente en qué lugar del parque podemos encontrarlos?

—Llamaré a Luis Insua, si alguien lo sabe es él. Hizo su tesis doctoral sobre las Fragas.

—Bien, parece que avanzamos. Alba, pásanos esas leyendas, las que tengas, y en nada deberían mandarte las grabaciones de la noche de ayer en el Seminario Mayor, en cuanto lleguen nos ponemos manos a la obra. Chicos, pongámonos las pilas, tenemos que coger a ese cabrón y salvar a los tortolitos.

XX. LA LEYENDA DE ANDRADE

Portela entró en la sala sin dar las buenas tardes, cosa extraña en él, y empezó a gritar y hacer aspavientos.

—¡Estamos equivocados, estamos equivocados! —Paola se levantó y se extrañó de aquel comportamiento del siempre tranquilo Portela.

—A ver, tranquilízate, ¿qué quieres decirnos? —Portela cogió aire y comenzó a trazar cruces en un papel.

—Interpretamos mal la frase, Modesto la tradujo bien, pero nosotros no supimos interpretarla. Al obispo no lo mataron en Caaveiro, no lo mataron ese día, ¿me entendéis? Está claro que trasladaron su cuerpo ya muerto. Por lo tanto, estamos contando mal los días. El día uno para él es el día que llegamos aquí, que seguramente fue el día en qué mató al obispo.

—Tiene su lógica. —Era Costoya el que apoyaba a Portela—. Si es así, estamos hablando de que hoy matará a los tortolitos.

—Es una posibilidad, una interpretación, pero desde luego no habíamos caído. Buen trabajo chicos. —Fernández le cedió todo el mérito a Portela.

—Yo venía conduciendo Comisaria, el mérito es de él, que empezó a hablar así sin parar autosacándose conclusiones. —Modesto le dio un par de collejas cariñosas.

—Muy bien compañero, ahora a ponerse a leer leyendas, que si tu teoría es cierta nos acabas de joder veinticuatro horas. —Alba empezó a balbucear.

—Alba, respira y habla. —Paola la miraba expectante.

—Tiene que ser esta Comisaria, tiene que ser...

—¿Dónde, Alba? Dinos dónde y nos la cuentas por el camino. —Paola ya estaba cogiendo la chaqueta—. Nos fiamos de ti, no tenemos tiempo.

—El castillo de Andrade.

—Vamos chicos, avisad a Milo, que esté preparado.

Paola, Costoya y Alba en un coche. Fernández, Modesto y Portela en el otro. Cuando estuvieron en camino, Paola puso el manos libres. Alba empezó a contarles aquella leyenda.

Siendo señor de estas tierras Fernán Pérez de Andrade, cuidaba el castillo un alcaide robusto y fuerte, un tanto soberbio y enamorado llamado Pero López. Este hombre le había echado el ojo a la joven Elvira, doncella de la señora de Andrade, pero ella no correspondía a sus atenciones porque estaba enamorada de Mauro, el paje favorito del señor de Andrade por tratarse de su hijo bastardo. Ambas circunstancias fueron avivando las llamas del profundo odio que Pero López llegó a profesar al joven Mauro.

Una tarde, bajó al Pazo de la Villa a arreglar unos asuntos y vio allí a Mauro y Elvira cuchicheando y sonriendo. Se burlaban del amor que la joven había inspirado al viejo alcaide y

le miraban con desdén. Pero López, lleno de celos, comenzó a maquinarse su venganza. Ayudado por Zaib, su esclavo negro que le obedecía ciegamente y era mudo, narcotizó y secuestró a los amantes trasladando sus cuerpos a un subterráneo escondido en la torre del castillo, del cual muy pocos tenían noticia. Se accedía a él bajando una escalera pendiente y ruinosa que daba paso a una estancia húmeda y oscura. Allí, un resorte abría una de las paredes dando paso a una celda donde Zaib depositó los cuerpos de los enamorados, sujetos con cadenas y atormentados con mordazas de madera.

Los dos jóvenes estuvieron mucho tiempo sufriendo esta tortura. Mientras el señor de Andrade, en vano, intentaba dar con el paradero de su querido paje y de la doncella de su mujer, pero con el paso de los días fue haciendo caso a las habladurías del pueblo, y creyendo que habían escapado juntos dejó de buscar.

Al cabo de unos meses, una mañana de verano llevaron al Pazo de la Villa a Pero López malherido. Cuando el conde fue a verle a su lecho de muerte, escuchó del alcaide la confesión de su espantoso crimen, cuyos remordimientos le aterrorizaban en la hora de la muerte. Le contó cómo el esclavo Zaib les llevaba de comer hasta que un día Mauro logró zafarse de las cadenas y le atizó con el hierro dejándole malherido. Pero mientras intentaba liberar a Elvira, el fiel Zaib se arrastró hasta llegar al muro y aunque cayó muerto a la entrada del calabozo, tuvo tiempo de cerrarlo impidiendo la salida de los amantes. Al cabo de unas horas, cuando el alcaide echó de menos a su esclavo, bajó al subterráneo y lo encontró muerto. Culminó su venganza dejándolos morir allí de hambre.

Ante tal relato el señor de Andrade enterró su daga en el pecho del asesino de su hijo y lo mató. Luego corrió al subterráneo del castillo y allí descubrió los cuerpos de los dos amantes abrazados hasta la eternidad.

Quedaron un rato en silencio. Todo coincidía. Los dos amantes, el nombre de Elvira... Faltaba saber si el resto de la historia también era paralela. Estaban llegando al castillo. Eran las nueve de la noche.

Estaba situado en una carretera sin salida. Su inmensidad y poderío hacían que pudiera verse desde multitud de puntos a la redonda. Pararon en la entrada y vieron al fondo una furgoneta sospechosa. Corrieron hacia el castillo. Entonces lo vio. Una masa negra escapaba por uno de los caminos de tierra que salían del castillo. La Comisaria gritó.

—¡Alto! —Empezó a correr detrás de él y a dar órdenes a la vez—. Costoya, Portela y Alba, ocupaos del castillo. Fernández, Modesto, vamos a cazar a ese hijo de puta.

No podían verlo, pero sabían que seguía delante. Empezaron a bajar abruptamente. De repente, había un cruce, la Comisaria dudó.

—Vosotros por abajo, yo me voy hacia arriba. Cualquier cosa, utilizad la radio.

—A sus órdenes jefa.

Modesto y Fernández salieron corriendo hacia abajo. Paola miró al frente. Empezó a correr. Al cabo de cien metros vio una rama rota, y poco después huellas en una zona húmeda. Llevaba ventaja, pero no cabía duda de que había ido por allí. Cogió la pistola en una mano y con la otra iba apartando la vegetación. El camino, poco a poco, se iba cerrando. Empezó a agobiarse. De repente, otra bifurcación. Esta era un cruce de caminos en forma de X. Revisó todas las posibilidades. No podía perder demasiado tiempo. Si su orientación no le fallaba, solo había un camino que desde allí le condujese directamente a las Fragas. Cogió esa ruta. Era la peor. La más difícil. Empezó a pincharse, retorció el tobillo, pero no se rindió. Acabó saliendo a una especie de cortafuegos. Siguió hacia arriba. No vio el agujero. Cayó de lleno en él.

—Comisaria, ¿puede oírnos, Comisaria? —Paola empezó a escuchar aquel rumor continuo. Notaba la sangre brotarle de la cabeza. Se la tocó con la mano. Vio las estrellas. Intentó incorporarse. Se mareó. Miró hacia un lado y vio el agujero delante de ella. Pero ella estaba fuera del agujero. Juraría que había caído dentro. Le estallaba la cabeza. Intentó coger el *walkie*.

—Estoy bien... Bien... Pero no sé dónde estoy. Ni dónde está mi móvil. —Costoya empezó a hablar al otro lado de la línea.

—Comisaria, escúchame, ¿qué es lo que ves?

—Es una especie de cortafuegos y un palo amarillo, parece de gas o algo así.

—Espera un momento. No te muevas de ahí. Ahora te avisamos.

Entonces la vio. A sus pies. Mirándola con curiosidad. Era una flor violeta. No le hacía falta internet para saber que se trataba de la flor de iris. La flor que representaba la amistad. Entonces fue consciente de que alguien la había sacado de aquel agujero, la había puesto boca arriba, incluso le había limpiado la herida y dejado una señal a sus pies. Alguien no, él, el Guardián de las Flores.

XXI. IRIS

No sabría decir el tiempo que estuvo allí sola. No tuvo miedo. Si hubiera querido, aquel ser la habría matado. Pero extrañamente la había sacado de aquel agujero. Había algo más. Los vio llegar de lejos. Modesto, Portela, Fernández y dos chicos más del Seprona. Traían una camilla o algo así. No iba a hacer falta. En cuanto consiguieron ponerla en pie, pudo avanzar poco a poco. Portela comenzó a contarle lo que habían encontrado al entrar en el castillo.

—Desgraciadamente no estábamos equivocados. Cuando llegamos al castillo Elvira y el rector estaban abrazados, con las manos enlazadas, metidos dentro del pozo. Tengo fotos y vídeos, de todo.

—No creo que sea el momento, aún está un poco desorientada.

—No te preocupes, fue un buen golpe, la verdad, por torpe, pero es solo eso. Un poco de hielo, un par de cañas y estoy como nueva. ¿Qué dejó esta vez en la escena del crimen?

—Burundanga, Comisaria. Once flores concretamente. Aunque supongo que eso ya se lo imaginaba. Y nada más, yo creo que si tenía algo preparado no le dio tiempo.

—El caso es que hemos vuelto a perder, otra vez, y han muerto dos personas. Eso no tiene excusa. Estamos para salvar vidas y por ahora no somos capaces de salvar a nadie, y lo peor es saberlo y llegar tarde.

Siguieron andando hasta llegar al cruce de subida donde ya los esperaba el *jeep* del Seprona. Paola estaba disgustada, decepcionada, cabreada, no tenía ganas ni de hablar. Al llegar al castillo quiso visitar el lugar del crimen. Milo y su gente ya estaban allí. El juez esperaba para proceder al levantamiento de los cadáveres y poder practicarles la autopsia. Milo se acercó a ver cómo estaba.

—Comisaria, eso tiene mala pinta. Será mejor que lo mire.

—¿Qué es lo que has encontrado?

—Igual que el resto de las escenas del crimen, todo limpio. Falta analizar el coche en el que suponemos que trasladó los cadáveres. Por cierto, en cuanto al libro, no se lo va a creer, pero hay huellas de un montón de gente, todos curas, menos unas, suponemos que las de Elvira.

—¿Podrían estar las de él?

—¿Y que fuera un cura en activo? Me extraña, pero todos podemos despistarnos alguna vez —volvió a mirarla—. Y hágame el favor, déjeme mirar eso —dijo señalando a su cabeza. Costoya se le acercó despacio, sigiloso.

—Valiente, Comisaria. Pero podríamos estar hablando de tres muertos en lugar de dos. No quiero perderte ahora —le dio una caricia—. Tenemos que volver a empezar porque esto se enreda cada vez más.

—Ahora sabemos que tenemos cuatro días, que buscamos a once personas y desde luego que tiene algo que ver con el espectro religioso. Espero que los datos de los alumnos al cruzarlos nos den alguna sorpresa. Y no será tan difícil encontrar alguna leyenda en la que intervengan once personas. Creo que él quiere que descubramos algo, y si lo hacemos será la llave para evitar la tragedia, estoy segura. Por hoy dejemos que todo el mundo se vaya a casa y descanse. Mañana será otro día.

—Yo te llevo al centro de salud a que te vean eso, no vaya a ser que se te escapen las ideas.

—Gracias Costoya, la verdad es que necesito descansar como agua de mayo.

Cuando estaban en el coche, a solas, Costoya le preguntó por él.

—¿No recuerdas nada? De él digo...

—No, la verdad es que recuerdo caerme y despertarme por el ruido del *walkie*, darme cuenta de que estaba en el suelo tumbada, y después ver la flor.

—La flor de la amistad, el iris.

—Pues sí, no sé lo que quiere, pero entre lo de hacer justicia y esto, son todo mensajes subliminales. ¿No le era más fácil dejarme escrito en papel y boli lo que sea que quiere?

—Parece que es algo retorcido. Pudo haberte matado y no lo hizo. Prefirió limpiarte la herida, sacarte de allí, incluso ponerse en peligro porque podíamos aparecer cualquiera de nosotros.

—Paola lo miró preocupado. No tenía ni idea. Ni la más remota idea. Le llegaron las fotos de los enamorados muertos, abrazados, y pensando en Elvira y sus padres no pudo reprimir una lágrima. No era justo, tenía que haber algo más detrás de aquella muerte. Algo que la justificara mínimamente.

—No tiene perdón, Comisaria. Es el trabajo de un asesino. Inteligente, sí, pero asesino.

Por un momento pensó que ojalá aquello no fuera la vida real y lo que dependiera de ella no fueran vidas humanas, personas con sentimientos, familias sumidas en dolor. Ojalá, pero había escogido este trabajo, para lo bueno y para lo malo. Pero últimamente tenía las manos llenas de sangre. «Mierda de vida», pensó. «Putra mierda de vida».

XXII. Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

Le hicieron las curas, tenía una buena herida. Pero lo que más le dolía a Paola era el alma. No paraba de pensar en la cara de aquellas dos buenas personas que había conocido esa mañana. No entendía por qué siempre tenían que morir los inocentes. Se metió en la cama. Costoya no dejaba de vigilarla, física, pero también moralmente. Era lo más parecido a un padre que tenía ahora mismo. No pudo reprimir las lágrimas. Lágrimas por Rosendo, por su sobrino, y por Elvira, sobre todo por Elvira. Cualquiera podía ser Elvira. Todos somos Elvira. Detrás de una muerte quedan tantas cosas, tantos sueños truncados, tantos buenos y malos recuerdos, tanto esfuerzo. Demasiadas muertes en poco tiempo, y aquello la estaba afectando. No sabía si estaba realmente preparada. Al final consiguió dormirse.

Soñó con su padre. Se vio a sí misma tal y como era ahora jugando con él como si fuera una niña. Sentada en su regazo. Abrazándolo. Mirándole a los ojos. Diciéndole «te quiero». Haciendo todas esas cosas que no recordaba. Su sueño se volvía pesadilla cuando, al darse la vuelta, se daba cuenta de que aquel hombre sobre el que se sentaba no era su padre, sino un hombre vestido de negro con los ojos inyectados en sangre. Se deshizo de sus garras como pudo y vio, solo durante unos segundos, aquella marca a la altura de la muñeca. Eran dos pequeñas líneas horizontales y en la parte superior tres puntos. Despertó sobresaltada. El corazón a mil. Aún era de noche. Volvió a acostarse. Empezó a decelerar. Tendría que plantearse volver a fumar. Cogió su pequeña libreta roja y dibujó aquel signo. Solo había sido un sueño, pero no estaba en situación de desechar nada. Nada era al azar.

Aquel desayuno parecía un entierro. Había café y bollos, lo que no había eran ganas de hablar. Tenían cuatro días por delante para evitar una hecatombe. Pero aquello era ya una bomba mediática. Llamaron al timbre.

—Serán los putos *periolistos* esos, putos pesados. —Era Modesto, que ya no los soportaba más. El Inspector Jefe se levantó a abrir. No volvió solo. Allí estaban Alba, Fernández y Milo.

—Venga, pandilla de vagos, haced sitio a nuestros invitados. —Modesto y Portela cedieron sus asientos y fueron a por sillas al salón.

—Esto sí que es una buena sorpresa. —Por primera vez desde la muerte de los enamorados la Comisaria sonreía. Se abrazó con todos.

—Y traéis más bollos ¡Venid cuándo queráis! —Modesto empezó a servir café a sus compañeros. Mientras, Costoya tomó la palabra.

—Esto nos ha cogido a todos de sorpresa, y sí, posiblemente hasta nos quede grande. A todos. Cada uno lo suyo. Pero tenemos que enfrentarnos a ello. Aquí no se puede escapar, ni pedir un traslado, somos un equipo y funcionamos como tal. Por ahora hemos estado a minutos de coger a este loco. Más cerca que nunca, esa es la parte positiva. Sé que perder a tres personas es una

derrota. Pero no podemos rendirnos. Hay once que en algún lugar están en peligro. Y los que más cerca estamos de salvarlos somos nosotros. Sí, vosotros, si dejamos que la pena se instale en nuestras mentes solo conseguiremos más pena. Tenemos que cambiar el chip. Pensamiento positivo atrae cosas positivas. Sé que ahora es difícil, pero tenemos cuatro putos días, y aún encima vamos a tener a la prensa y a Rubio sobre nuestros cogotes, o sea, más presión. Quiero que sepáis que yo estaré ahí siempre y cuando alguno de vosotros necesite mi mano. Siempre. —Se hizo un pequeño silencio—. Y ahora, comamos, mientras Milo nos empieza a contar las novedades, que aquí este hombre casi no ha dormido hoy, ¿me equivoco?

—Bueno, es que duermo poco, y siempre voy a rebufo de vosotros. Pero Inspector Jefe, ¿estas cosas no habría que comentarlas en la comisaría? —Costoya, con la boca llena, le contestó.

—Cuenta, cuenta, aquí estamos todos, y en familia. —Paola lo apoyó.

—Estamos ávidos de sabiduría.

—Pues lo primero, Comisaria, compañeros, vamos por orden. El aceite que utilizó el asesino sobre la cabeza del obispo fue *post mortem* y se trata, después de que lo analizara un catador profesional, de un aceite gallego, y más que posiblemente de la zona centro. Por el grado de humedad, por el clima...

—Milo, si lo estoy entendiendo bien, quiere decirme qué es posible que ese aceite provenga de algún lugar próximo a Santiago, como por ejemplo Santa Cruz de Rivadulla.

—Exacto. No se lo puedo asegurar al cien por cien, pero viendo el *modus operandi* de este loco es lo más posible.

—Joder con el Floripondio de los huevos, no le valía el aceite del súper, o uno de girasol, tuvo que ir a buscar el de Armada. —Era Modesto el que protestaba sin pausa.

—Entiendo que se trata de una asociación. Si yo fuera él lo haría para que pensáramos que los dos crímenes están unidos. —Paola había recuperado la lucidez.

—Yo estoy de acuerdo Comisaria, el juego simbólico de nuestro asesino es abrumador. Es una pista más. Bueno, ya tenemos el aceite, ¿qué más, Milo? —Costoya engulló otro cruasán gigante.

—Está el tema de la burundanga. Os vais a reír pero esas flores están arrancadas de aquí enfrente. —Miró por la ventana—. De los jardines de Méndez Núñez.

—Estás de coña, ¿no? —Portela se levantó a mirar.

—Ojalá, pero no. Supongo que ayer cuando le trajo esas flores —dijo, señalando a las fárfaras que seguían encima de la cómoda—, se paró un momento a cortarlas.

—Fue capaz. —Fernández no podía creerlo—. Pero hay cámaras, lo grabarían.

—Es igual, va de negro, siempre con gorra, imposible reconocerlo, pero pediremos esas imágenes. Encárgate, Alba. Y averigua qué significa este símbolo —se lo dibujó en una servilleta.

—Sí, Comisaria. Ahora mismo lo haré.

—¿Algo más Milo, querido?

—Bueno, el resto no son buenas noticias, no hay ninguna huella en ninguna de las escenas del crimen, ni un pelo, nada que nos lleve hasta él. Y el coche es lo que más tiempo nos llevará, estamos en ello. Parece un puto fantasma.

—No se crea, ayer lo vimos, y no faltó mucho para pillarlo. Estoy segura de que quiere que lo cojamos, y lo haremos. Y si ya terminasteis, me permitís una ducha rápida y nos vemos en comisaría, que hay asuntos que atender. —Se levantó. Se acercó muy rápido a Costoya.

—Gracias, Inspector Jefe, sabe usted cómo levantar el ánimo del equipo. —Sonrió.

—Cada uno tenemos nuestra función, yo no puedo correr detrás de los malos, así que me toca sacar la retórica. —Le dio un beso, y con las pilas cargadas se juró que ese sería un buen día.

XXIII. PASANDO LISTA

DÍA CUATRO

Rubio la estaba esperando en su despacho, nada con lo que no contase. Saludó a Alba, Milo y Fernández, que estaban ya trabajando y se despidió con la cabeza de sus compañeros de piso, que estaban tomando asiento. Todos sabían lo que tenían que hacer. A ella le tocaba recibir.

—Buenos días Comisaria. ¿Cómo está esa herida? —se la tocó instintivamente y notó un profundo dolor.

—No me quejo, pudo ser peor, jefe.

—Bueno, no es una visita de cortesía, como sabe en una hora tengo una rueda de prensa en la que tengo que dar explicaciones, o al menos justificar, por qué han muerto ya tres personas. Los medios ya han bautizado a ese perturbado como el Guardián de las Flores, así que si hay alguna novedad dígamelo para no quedar en ridículo. —Cogió aire y empezó.

—La burundanga la cogió de los jardines —le hizo una seña hacia fuera.

—¿En serio?! De los jardines, en nuestras narices, es lo que me faltaba.

—Alba ya ha solicitado las grabaciones, pero ya sabe que no sacaremos nada, no estamos ante un aficionado.

—¿Para qué quiere la burundanga?

—Para hacer que sus prisioneros hagan exactamente lo que quiere, de esa manera no tiene que hacer nada por la fuerza, le harán caso, haga lo que haga, hasta cierto punto.

—¿Sabemos la causa de la muerte?

—Milo está trabajando en ello. Lo que sí sabemos respecto al cadáver del obispo es que el aceite que usaron para aplicarle la gota tiene su origen en el centro de Galicia.

—Está queriendo decir...

—Efectivamente jefe, creo que nos quiere decir algo.

—Con usted desde luego tiene una comunicación especial, Comisaria.

—Supongo que nuestro pasado común en Iria Flavia nos une.

—¿Tiene alguna idea de qué puede unir un crimen con los otros?

—Mire jefe, tengo clara una cosa: él quiere que lo descubramos, eso seguro. Hay algo gordo detrás de todo esto, y la iglesia, o al menos parte de ella, está implicada. Aún no sé lo que es, pero estamos detrás de varias pistas.

—No le puedo decir buen trabajo, aunque tampoco pienso lo contrario. Las muertes en este mundo... —dudó qué decir— forman parte de él, desgraciadamente. A veces tenemos que perder para ganar. No se desespere. Confío en ustedes, pero tampoco le voy a negar que nos jugamos mucho. La inversión que se está haciendo en este equipo es muy grande, lógicamente los de arriba quieren resultados y la mala suerte, o ese loco más bien, han querido que el primer caso al que nos

enfrentemos sea seguramente el más difícil y mediático. En fin, no quiero entretenerla más. Cualquier avance, por favor, díganmelo. Al menos ahora tenemos más tiempo, ¿no?

—Creemos que cuatro días, jefe.

—Si podemos resolverlo antes mucho mejor, pero lo quiero a él, y vivo.

—Haremos lo que esté en nuestra mano, no lo dude.

—Bueno, ahora, si no le importa, me voy a encerrar aquí a preparar la rueda de prensa. Por cierto, Milo acudirá conmigo. A usted prefiero no exponerla por ahora.

—Muchas gracias, sabe que no es lo mío. —Salió de su despacho aliviada, pensando que podría haber sido peor, pero con el peso encima de los tres cadáveres. Fue directa al mundo de Alba.

—Dime que tienes algo con las grabaciones de las cámaras.

—Algo tengo, pero no sé si le va a servir. En las grabaciones del seminario no hay ni una imagen de entrada ni salida de nadie a esas horas, ni de nuestro hombre, ni del rector y Elvira. Bueno, miento, a esta última se la ve llamar a la puerta cerca de las doce de la noche y cómo alguien al que no vemos le abre. A partir de ahí, y hasta que vemos llegar a nuestros compañeros, nada de nada. —Paola se quedó pensativa. Costoya ya los acompañaba.

—Parece que nuestro hombre se conoce bien el edificio y entra y sale por algún lugar no controlado por las cámaras. Eso o salió volando, pero ya entraríamos en temas fantásticos. —El Inspector Jefe siempre intentaba darle un punto irónico a todo.

—Me quedo con la primera opción, la verdad. Eso confirmaría lo que ya sospechábamos, que tiene que pertenecer o perteneció a algo relacionado con la iglesia.

—Modesto, Fernández y Portela están cruzando los expedientes, en nada tendremos ya los datos y estoy seguro de que algo sacaremos.

—Alba, ¿y de los jardines? —cambió de pantalla y le enseñó una imagen fija en el ordenador.

—Esto es lo que tenemos. —Le dio a reproducir. Se podía ver cómo un hombre vestido de negro, con gorra y botas negras, metía en una bolsa negra un montón de flores. Todo muy rápido. Se le perdía la pista en dirección al teatro Colón.

—Amplía la imagen, por favor.

—Sí, la tengo aquí —abrió otra pantalla y allí estaba.

—Algo sabemos: metro ochenta, delgado, tendrá unos cincuenta pero complexión deportiva. Eso sí, la cara nada de nada. En todo momento sabe dónde están las cámaras.

—Lo tiene todo estudiado Comisaria. Es un puto profesional. Y temerario, porque podía verle cualquiera.

—Sí, es otra de sus características. Le gusta tener protagonismo. Que sepamos que está cerca. Buen trabajo, Alba.

—Y está el signo que me enseñó, era sencillo, significa trece en egipcio. —Paola se quedó pensando, podía ser su propio subconsciente que le estaba jugando una mala pasada, o realmente haberlo visto la tarde anterior mientras la sacaba de aquel agujero. Fue a junto Milo.

—Necesito que me digas si alguno de los fallecidos tenía esta marca en algún lugar de su cuerpo. —Se lo enseñó. No tardó mucho en reaccionar.

—Sí, algo parecido tenía el obispo. Aún tengo por aquí las fotos, espere... —Rebuscó entre sus archivos—. Vale... Aquí la tengo. Espere que acerco la lupa. —Paola vio cómo en el la muñeca izquierda aparecían dos símbolos unidos. Una especie de bastón o cetro y lo que estaba buscando —. ¿Es lo que decías?

—Sí, no lo entiendo, pero en mi imagen solo está este símbolo, el que significa trece —dijo

señalando las dos rayas horizontales coronadas por los tres puntos.

—Quizá Alba o Ana puedan ayudarle, yo de simbología poco, la verdad.

—Déjame la foto, ahora te la devuelvo. —Cruzó la puerta y se la enseñó a su experta en informática.

—Está claro. Es un símbolo de mando, de poder, lleva el cetro. Es otro símbolo egipcio. El «guía de trece» podríamos traducir.

—Si estoy en lo cierto, el obispo, Rosendo, llevaba esta inscripción y era el guía, y los que van a morir son los otros doce. —Ana, que estaba sentada justo delante de ellos, intervino.

—Hay dos cosas, Comisaria, que deberíamos tener en cuenta. Una, que en la foto se aprecia cómo esa zona estaba tapada, seguramente por algún tipo de pulsera o reloj. Simplemente por el color de la piel. Es decir, el obispo no quería que nadie lo viese. Y dos, ¿de qué trece hablamos? ¿Los trece condenados por este loco? ¿Qué relación tiene Elvira con el obispo, o con los otros once?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Por el momento sabemos quién era el cabecilla. —Milo escuchaba desde la puerta.

—Lo que sí le confirmo, Comisaria, es que ni el rector ni Elvira tenían ningún tipo de tatuaje.

—¿Podrían habérselos borrado?

—No, lo notaría.

—Bien, apuntémoslo igual. —Se acercó a aquella pizarra llena de palabras, nombres propios y lugares, e intentó colocar a Rosendo en la parte superior.

—Eso nos despista un poco, pero son tantas cosas que no sé... —Se sentó en una silla junto a la mesa de Alba, justo detrás de la de Portela y Modesto, que la miraban pidiendo un poco de atención. Al verles la cara algo se iluminó dentro de ella.

—Aquí Modesto creo que tiene algo.

—Bueno, es trabajo de todos, de Ana, de Portela, que se curraron todos los expedientes del Seminario Menor. Pues bien, en total son treinta y tres los alumnos que compartieron estancia en Mondoñedo junto a Rosendo y luego ingresaron en el Seminario Mayor de Compostela. De estos solo terminaron la carrera veintidós. Además de Rosendo hay otro nombre que le sonará bastante. —Estaban todos reunidos alrededor de Modesto, escuchando, en la pausa, solo silencio; lo dijo despacio marcando bien la sílabas—. Santiago Martín Rivera. Efectivamente, muerto en Iria Flavia hace trece meses.

La cara de todos era un poema. Aquello le daba un giro total a los acontecimientos. Por fin estaban más cerca de saber por qué habían matado a Santiago y de descubrir quiénes eran los otros once destinados a morir y, quizá lo más importante, por qué quería matarlos.

XXIV. VOLVER

Iban camino de Iria Flavia. Modesto y Portela serían los encargados de volver a entrevistar a la mujer de Santiago, a su hija, a sus compañeros del Ayuntamiento, a cualquiera que supusiera una mínima pista para resolver el caso.

—¿No echas esto de menos? —Portela admiraba la sucesión de campos verdes y bosques que los rodeaban. Acababan de pasar Órdenes. Modesto lo miró de reojo. Era un buen compañero, pero seguía sin saber ver en ese interior tan profundo. En realidad, era el típico gallego. No sabías hacia dónde iba.

—Claro que lo echo de menos. Me crie aquí. Mi padre me llevaba a esa iglesia, a San Martiño, desde muy pequeño. Sus calles monumentales. El ambiente en mis años universitarios. No hay nada que no eche de menos amigo, pero no nos podemos quejar, estamos cerca.

—Sí, y tenemos suerte, digo por la jefa que nos ha tocado. Y Costoya, que es todo un personaje —ambos rieron.

—Sin duda, el mayor personaje que conocí en el Cuerpo Nacional de Policía. De mayor me gustaría ser como él, sin la cojera, claro.

—Sería una pena que todo el trabajo se fuera al traste en el primer caso, no me imagino a dónde podrían mandarnos.

—Adonde quieran, amigo. Es la realidad. Pero confía en la suerte. No todo va a salir mal. Tú pon en forma esa mente tuya, que yo pongo el físico, ¿vale?

—Sí, hacemos buen equipo. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? —Modesto sonrió recordando aquella cara de chico de los recados.

—Pensé que no durabas dos telediarios, la verdad. Directo de la Academia, sin mucha experiencia, pero el tiempo le dio la razón a nuestro jefe en aquel momento, porque fue una buena decisión. Cambiaste mucho.

—Los dos cambiamos. Sobre todo después de lo de Iria Flavia. Esas cosas te marcan.

—¿Qué tal con Ana? Os vi muy compenetrados... —Lo miró con cara de pillo.

—Pues muy bien, la verdad, pero no hubo nada, Inspector. Me gusta, no sé, es una chica normal y muy inteligente. Otro motivo para desear que no se rompa este proyecto.

—No lo hará Portela, no lo hará, las cosas acaban cayendo por su propio peso, ya lo verás. Estamos llegando. —Acababan de dejar atrás la gran colegiata de Iria Flavia. La viuda los estaba esperando, se había sorprendido con la llamada.

—Espera —Modesto le hizo un gesto a Portela para que no se bajara del coche. Marcó un número de teléfono—. ¿Alba?... Sí, necesito que me compruebes una cosa... Las cuentas de Santiago, su viuda y su hija. Igual no es nada, pero por si acaso no está demás comprobarlo. —Colgó.

—¿Qué piensas? —Modesto no paraba de analizarlo todo.

—Ese coche no estaba ahí la última vez. Igual es una tontería pero no me fio ni de mi sombra.
—Se bajaron. Iria salió a recibirlos y, para su sorpresa, los abrazó.

—¡No sabéis la ilusión que me hace volver a veros! —Era sincera, no cabía duda—. Pasad, mi madre está dentro. Menuda sorpresa, la verdad.

—Para nosotros también Iria, no te voy a engañar, ahora os cuento y nos ponemos al día. Buenos días Flavia. —La madre no parecía tan feliz de verlos pero si escondía algo intentó disimular lo más posible.

—Buenos días chicos, pasad y sentaos por aquí. Tráeles unas cervecitas que con este calor seguro que están secos.

—Gracias señora, la verdad es que entre el viaje en coche y eso, se agradece. —Se sentaron. Modesto comenzó a hablarles mientras Portela recorría con la vista cada rincón de la casa—. Se trata de tu difunto marido. Hemos descubierto algo que puede darnos una pista de la muerte de Santiago. —Tomó aliento. Bebió un buen sorbo de aquel quinto frío.

—¿Han encontrado al culpable? —Iria se había incorporado a la conversación.

—No, por ahora. En eso estamos. —La miró a los ojos—. Cuando hablamos aquellos días después de encontrarte nos dijiste que nunca le viste la cara a ese hombre.

—La verdad es que no, había quedado con él como hacía con todo el mundo, me extrañó que quisiera quedar tan tarde, pero insistió que por trabajo era la única hora a la que podíamos vernos. Cuando no conocía a los compradores procuraba ir siempre acompañada. El modelo era único, y no era barato. Fui con mi padre, quedamos cerca de la puerta de la iglesia. Solo recuerdo que lo llamaron por teléfono, empezó a discutir. Cuando se ponía nervioso tenía esa costumbre de andar de un lado al otro. De repente noté un pinchazo terrible y vi venir a mi padre corriendo.

—Suponemos, aunque no llegaras al verlo, que ese hombre iba encapuchado. Aun así, ¿serías capaz de decirnos que expresaba la cara de tu padre al verlo?

—Rabia. No sé qué decirles, no era una persona que se enfadara con frecuencia, pero cuando lo hacía ardía Roma. Esa era su cara. Pero poco más recuerdo, después desperté en un agujero.

—Ya sé que todo esto ya te lo preguntamos en su día, pero necesitamos insistir por si hubo algo que se nos pasara. ¿Cómo te trató el secuestrador?

—Pues correctamente, no sé qué decir, me tuvo en el agujero ese, me llevaba agua, comida, me dejaba un recipiente para hacer mis cosas, que luego él vaciaba. Eso sí, a pesar de mi insistencia, ni una palabra.

—Ese puede ser un dato importante —le dio otro sorbo largo a la cerveza. Portela se levantó y pidió permiso para dar una vuelta por la casa. Flavia asintió—. Por la forma de andar, gestos, ¿podrías conocerlo?

—De primeras creo que no, pero es que al ir cubierto todo de negro sería imposible asegurarlo.

—¿Cómo definirías la actitud de tu padre esos últimos meses, estaba más nervioso de lo habitual, estaba como siempre...? —Iria dudó e instintivamente miró a su madre. Volvió a mirar a Modesto.

—Nervioso sí estaba, la verdad. Hablaba mucho por teléfono. Estaba de mal humor... —Flavia intervino.

—En casa estábamos pasando una mala racha, no lo voy a negar, la otra vez no dije nada porque tampoco creía que eso fuera importante para la investigación.

—Y quizá en aquel momento no lo era, pero ahora posiblemente sí. Os contaré una cosa. Supongo que estaréis al tanto de la muerte del obispo y esos dos chicos en la zona de Pontedeume.

—Sí, pobre gente, Inspector.

—Bien, pues el *modus operandi* del asesino es muy similar al que mató a su marido y te secuestró a ti, Iria. Y por si fuera poco resulta que tú padre y el obispo coincidieron en el seminario. —A Flavia le cambió la cara, y eso no pasó inadvertido para Modesto. Se hizo un silencio incómodo y justo cuando Portela volvía de su ruta, Flavia miró a Iria y empezó a hablar.

—No es algo de lo que le gustara hablar. Santiago era un hombre bueno, pero introvertido, se guardaba casi todo lo que sentía. Yo lo conocí cuando él estaba en el último año de seminario y yo estudiaba la carrera en Santiago, también era mi último año. Fue en el andén. Él estaba allí esperando a un amigo. Yo llegaba como cada lunes desde Ourense. Una casualidad. Siempre fui un poco patosa. Me caí al bajar del tren. Él fue el primero en ayudarme. Y nos enamoramos. Lo dejé todo por mí. Pasó unos meses muy malos, supongo que hundido en remordimientos. En el fondo estaba pecando. Esperó a acabar el año y los abandonó. No fue fácil.

—¿En esa dificultad tuvo algo que ver el Club de los trece? —La cara de Flavia cambió de color, de repente miró hacia abajo, avergonzada. Su hija se dio cuenta. Portela también vio que era el momento de entrar a matar.

—Lo sabemos todo Flavia. Lo importante es coger al asesino de tu marido. —Levantó la vista, ya con los ojos inundados en lágrimas. Él se sentó a su lado y le puso una mano en el brazo. Paola había acertado, la cercanía de los dos agentes podía ser clave para que Flavia se sintiera bien y contase lo que sabía, si es que sabía algo.

—No sé qué decir. Tenía todo eso enterrado en un lugar muy apartado de mi memoria. Pensé que nunca volvería a escuchar hablar de ellos. Pero si ellos son los culpables de la muerte de mi Santiago, quiero que hagan justicia.

—Tranquila, somos todo oídos, y nada que no sea importante para la investigación saldrá de aquí. —Portela le pasó un pañuelo de papel y ella se secó las lágrimas.

—Cuando empezamos a salir yo lo notaba distante, esquivo en algunas cosas, me pareció normal por la situación y porque quizá se estaba arrepintiendo de lo que estaba haciendo. Iba a romper su vocación por amor, eso no lo hace cualquiera. Lo recuerdo como si fuera ayer. Uno de los días vino hecho una furia, sobre todo hablaba de ese tal Rosendo. Yo no los conocía, eran sus compañeros, entonces empezó a hablarme de ese club. No debía de ser nada bonito lo que hacían allí y no le debió ser fácil a Santiago hablarme de eso. No me contó detalles, imagínese la vergüenza que le daba. Solo que tenía que hacerles un último trabajo para poder escapar. Estuvo días dándole vueltas y al final lo hizo. Y lo dejaron en paz. Más que eso. Quedaron en deuda con él.

—¿De qué se trataba ese último trabajo, te lo contó?

—Como te digo era un hombre introvertido y atormentado, nunca me lo contó. Se lo pregunté muchas veces y siempre me contestó lo mismo, que si me lo contaba nos pondría a todos en peligro. Era algo previo a mí, no tenía derecho a exigirle nada.

—Pero, ¿me equivoco si digo que sí estabas al corriente de los pagos que le hacían? —Era un farol, Portela se tiraba a la piscina. Lo miró y a la vez a Iria, que agachó la cabeza.

—Sí lo sabía, él siempre me dijo que se lo debían. Que le debían mucho y que por mucho que pagaran nunca sería suficiente. Al final se llevó el secreto a la tumba.

—Los pagos provenían del obispo y de otra gente, ¿sabes de quién?

—Ni idea. Solo sabía que le pagaban. Era un pellizco, nos ayudaba a vivir desahogados. Pero ya ve a dónde nos llevó.

—¿Y no crees que esto debiste contárnoslo cuando buscábamos a tu hija?

—No pude hacerlo. Alguien me llamó y me dijo que la matarían si lo contaba. Y después vendrían a por mí —miró para su hija—. Lo siento hija, perdona por no contártelo.

—¿Nos das permiso para acceder a tus llamadas?

—Os lo doy, pero, por favor, prometedme una cosa, nos conocemos de toda la vida. Mientras esto dure nos protegeréis. —Modesto, por un momento, pensó que no tendría sentido que vinieran a por ellas, pero por si acaso más valía asegurarse.

—Dame un momento. —Cogió el teléfono y llamó a Alba. La historia empezaba a tomar un camino claro. En cuanto llegó la patrulla que se encargaría de la vigilancia, se despidieron, pero antes Portela recordó una cosa.

—Perdona Flavia, ¿sabes si tu marido tenía esta marca en algún lugar del cuerpo? —Era la marca de los trece, no tuvo ninguna duda, en su antebrazo izquierdo tenía aquella marca unida a una flor de olivo. Por mucho que quisiera ocultarla, estaba siempre presente en sus vidas.

—Sí, era como el símbolo del club, el Club de los trece, con una pequeña rama de olivo encima.

—Muchas gracias chicas, si necesitamos algo más volveremos, sino solo os pido paciencia. Pronto todo esto terminará y podréis vivir tranquilas. —Se subieron al coche. Ardía del calor de aquel horrible día de agosto.

—Vayamos a tomar algo, una cervecita fría, patatitas, y aclaramos nuestras ideas. Lo compartimos con los compañeros y vemos cuál puede ser nuestro siguiente punto, ¿te parece Porte?

—Usted manda jefe, pero no puedo estar más de acuerdo. Estoy muerto de sed, y otro cadáver más no nos interesa. —Tomaron camino a Padrón dispuestos a poner remedio a aquella sed terrible encantados de haberse conocido.

XXV. RAFAEL

Mientras veían partir a Modesto y Portela a interrogar a Flavia y a Iria, la Comisaria Paola Gómez intentaba poner orden a la cadena de sucesos que la rodeaba y estaba a punto de crearle un terrible dolor de cabeza.

—Bien, esto es lo que haremos: Alba ponte con Costoya y seguid analizando uno a uno el resto de coincidencias. Nos faltan veinte personas por analizar y posiblemente en esos expedientes estén nuestro asesino y sus objetivos.

—Ahora mismo nos ponemos, Comisaria.

—Ana, tú y yo nos vamos a ver a Luis Insua, ese experto en el Eume del que nos habló Portela. Tú estudiaste todos los caminos que entraban y salían al Monasterio de Caaveiro; llévate todas las anotaciones, los mapas y veamos qué nos puede decir este hombre. Cada minuto que pasa creo que vive allí, en algún lugar, y tenemos que encontrarlo para parar todo esto antes de que sea demasiado tarde.

—De acuerdo Comisaria, deme dos minutos, imprimo todo y nos vamos.

—Bien, iremos andando, no hay prisa. Chicos, cualquier cosa que tengáis que os parezca relativamente importante me llamáis, ¿vale? —Los miró y los vio ya concentrados en su nueva misión.

—A mí lo que me fastidia de que me cambies por Ana no es otra cosa que no poder echarme mis pitillitos y llenar la panza. Pero correr detrás de ti no lo voy a echar de menos.

—Costoya, no flipes, es puntual, a la próxima vuelves a mi lado. Esquirol. —Le guiñó un ojo y salió corriendo llevándose en volandas a Fernández.

La luz del sol las deslumbró. Hacía un sol del *carallo*. Agosto había llegado cargado de calor, playa y buen tiempo. Mucho turismo en las calles de A Coruña, pero ella solo veía posibles sospechosos. Estaba alerta buscando al hombre de negro, cuando su teléfono empezó a sonar con aquella melodía inconfundible. Era un número desconocido. Contestó.

—¿Dígame?

—Disculpe, soy Luis Insua, me ha pasado su teléfono el Inspector Portela.

—Sí, ya íbamos para allí. Usted dirá.

—Es que me ha surgido un contratiempo, pero no se preocupe, he mandado a Rafa, mi ayudante, le he dado la dirección y en cinco minutos me aseguró que estaría ahí.

—Luis, esto es un cambio de planes, no sé si...

—Descuide, le aseguro que Rafa, además de ser más joven que yo y tener un curriculum admirable le entusiasma el caso y no encontrará nadie mejor para encontrar algo en las Fragas. Ahora mismo le mando sus datos completos para que los puedan corroborar.

—Pues se lo agradezco Luis, ahora que estamos aquí hablaremos con él. Muchas gracias por avisar.

—De nada Comisaria. —Paola colgó el teléfono con una sensación extraña en el cuerpo. Por un lado, algo le decía que aquella cita sería muy importante para su investigación, y por otro había algo que le aconsejaba ser prudente. Le entró un *whatsapp*. Se lo reenvió a Alba para que lo comprobase. No tardó dos minutos en llamarla, justo cuando estaban a las puertas del Santiaguíño.

—Comisaria, tiene más currículum que Hulk Hogan en la lucha libre. No sé de dónde ha sacado tanto tiempo para estudiar, la verdad. Doctorado, máster, al acabar la carrera se lo rifaron y acabó trabajando para la Universidad de A Coruña como adjunto del catedrático Insua. Prefiero no darle datos físicos, es mejor que lo vea.

—Pues nada Alba, buen trabajo, vamos a hablar con él y a ver qué sacamos en claro. Muchas gracias. —Colgó y entraron en el local. En ese momento pensó que no lo conocía de nada y ellas tampoco iban uniformadas.

No hizo falta. Rafael Lozano se hacía de notar. Entró en el local y ante ella se presentó un chico de unos treinta años, metro noventa de estatura, una cara que le recordó a Jesús Vázquez con una sonrisa preciosa. Vestía una camiseta blanca tipo tenista, un pantalón vaquero corto ajustado y unas zapatillas de deporte. Las piernas depiladas, el resto no lo sabía.

—Usted debe ser la Comisaria Gómez. Me presento. Soy Rafael, el adjunto de don Luis, tendrán que disculparlo pero a última hora le fue imposible acudir. —Paola seguía embobada. Ana se presentó.

—Pensé que también vendría el chico que nos llamó, el amigo de Luis, Portela.

—Asuntos urgentes le han obligado a viajar —dijo, recuperando el habla.

—No me diga que tiene que ver con el caso. Soy un fan de ese Guardián de las Flores, esto... —tarde se dio cuenta de que aquel comentario en aquel escenario no iba a ser muy bien recibido —. Quería decir fan del caso en general. Como comprenderán deseando que lo cojan. Pero en lo que yo pueda ayudarles...

—A ver Rafa, seamos claros, no necesito más investigadores, necesito a alguien que conozca el terreno como la palma de su mano. Que pueda saber dónde podría vivir alguien si decidiese esconderse allí.

—Sin duda, Comisaria, yo soy su hombre. —Y tanto que lo era, pensó Paola.

—Ana, enséñale a Rafa lo que tenemos. Por un lado, nuestras investigaciones nos llevan a pensar que tiene que esconderse en un lugar en el que haya cerca tejos y esos helechos milenarios de los que ahora no sabría decirte el nombre. Por otro lado, el mapa que tiene Fernández indica los posibles caminos que utilizó para escapar de Caaveiro sin dejar rastro. Y ese otro que ve ahí es el camino de salida hacia las Fragas de ayer, cuando lo perseguimos pero se nos escapó. No sé si me explico. Necesito una triangulación. Una puta triangulación. Nada más, señor...

—Lozano, Comisaria. Rafael Lozano. Déjeme ver y les digo algo. —Sacó unas gafas que le quedaban rematadamente bien y empezó a mirar los tres mapas a la vez. Empezó a hablar.

—Parece bastante probable... —Se atusó las gafas y volvió a echar una ojeada al mapa de Caaveiro—. Si yo fuera él solo hay un lugar donde podría esconderme.

—¿Uno solo, en serio? ¿En nueve mil hectáreas? Si es cierto eres una puta máquina.

—Miren, acérquense. —Paola pudo absorber el perfume que utilizaba aquel adonis caído del cielo, y cerró los ojos a punto de perder la consciencia. Ana, sin embargo, parecía estar completamente entera y única y exclusivamente atenta, como debería estar ella, a lo que importaba: el caso.

—De los seis lugares donde se encuentran ese tipo de helechos, que entiendo saben que llevaba en los pies el asesino, solo en dos, por su carácter algo más húmedo, podemos encontrar tejos. —Puso dos de sus dedos en dos zonas totalmente opuestas del mapa—. A ambos se puede llegar tanto por el camino de Caaveiro como por el de Andrade. Pero solo uno requiere unas condiciones que entiendo que serán importantes para él: la facilidad de huir. Y solo aquí, en Irines, que está a escasos quinientos metros de una carretera comarcal que le lleva directamente a Monfero y, como sabe, y si no lo sabe yo se lo digo, Monfero es inabarcable. El mejor lugar para huir y que no te encuentren nunca. —Paola se quedó pensativa, la verdad era que Rafa parecía saber bien de lo que hablaba.

—Mira Rafa, Lozano, como sea, si monto un operativo para pillarlo espero que tú estés presente, y si lo estás te aseguro que si nos equivocamos de sitio me vas a oír tanto como yo escucharé a mi jefe. ¿Capiscas?

—Alto y claro Comisaria. Y no le digo a sus órdenes porque no soy del cuerpo. —A Fernández se le escapó una risa floja.

—Veo que empezamos a entendernos, he de decir que eso me gusta. Pero ahora viene la pregunta más difícil: ¿cuántas patrullas, personas, vehículos, necesitaría para que a mi amigo el de la «familia Flores» le fuera imposible escapar?

—Uf, Comisaria, está pidiendo un imposible. Los caminos en las Fragas son infinitos. Supongamos que los conoce. Podría escapar por varias vías. Fíjese en esta mapa aleatorio, está casi a la máxima escala. Aquí puede ver hasta caminos de tierra, algunos de ellos hoy cubiertos por la maleza. Pero es que aparte de estos hay otros que nuestros antepasados usaban y que no están en ningún mapa.

—¿Y usted no dispone de esos caminos?

—Digamos que podría prepararle un mapa con todo lo conocido hasta ahora.

—¿Para esta tarde?

—Si lo necesita sí, por supuesto.

—Bien Rafa, a las cinco le quiero en la comisaría, sabe usted, ahí en el puerto. Pregunte usted por mí, solo necesito que antes me dé un número aproximado de agentes que necesitaríamos para pillarlo.

—Póngale doce. Solo por tierra. Tenga en cuenta que si ese hombre está ahí, puede bajar por el río. Ese río concretamente desemboca en el Eume, no estaría demás que contásemos con otro destacamento allí, por si acaso.

—Le entiendo. Una última pregunta Rafa, ¿un hombre puede vivir ahí alimentándose de lo que encuentra en el bosque?

—En el Eume, rotundamente sí. No me cabe duda. Pero permítame, y es una opinión, no creo que sea el caso. No creo que sea un *mouro*.

—¿Un *mouro*?

—Sí, bueno, es una leyenda, eran seres que vivían bajo tierra, se comunicaban por túneles. En fin, cosas de abuelas.

—Interesante.

—Seguramente, si esto fuese una peli de ciencia ficción, pero no lo es.

—Señor Lozano, aquí decido yo lo que es o no interesante.

—Por supuesto Comisaria, lo que usted diga. ¿Podría llevarme este mapa para cruzarlo con el mío?

—Llévese los tres y tráigamelos con el suyo a las cinco. Puntual. A las seis saldremos de caza.

—Bien, allí estaré. —Se levantó y les dio dos besos a cada una. Desapareció por la puerta con medio restaurante perdido entre sus huesos, hombres y mujeres.

—Paola, ¿estás bien?

—Sí, claro, estaba pensando en el operativo y...

—Sí, ya, el operativo, si no le quitaste ojo a Rafa.

—Hombre, hay que reconocer que está muy bien, la verdad. Pero ante todo profesional, muy profesional. —Las dos rieron a carcajadas.

—La cantidad de veces que habrás estado tú en el otro lado.

—Pues sí, seguro, la verdad es que es una mierda. Menos mal que todo está cambiando. Y a ti qué pasa, ¿que no es tu tipo o qué?

—No precisamente.

—¿Demasiado guapo, demasiado musculado, demasiado listo? Alguna tara le verías.

—Demasiado hombre. —Paola se quedó un poco cortada.

—Ah, perdona, no lo sabía...

—No pasa nada, no llevo un cartel en el pecho que ponga «lesbiana», «bisexual» o lo que sea, doy por hecho que no se sabe.

—Vaya disgusto va a llevar Portela.

—Portela, ¿por qué?

—Ya te había echado el ojo. Y donde pone el ojo...

—Pues es majísimo Comisaria, pero va a ser que no ¿eh? De todos modos no se ha insinuado ni nada.

—Es que él es más sibilino. De dejarse querer.

—Pues bien que lo siento, parece buen chaval la verdad, pero lo mío son las chicas.

—¿Tienes pareja ahora?

—¿Me va a pedir para salir?

—Noooo...—Se rieron, parecían dos borrachas—. La verdad es que nunca lo probé, pero me van los hombres.

—Pues no tengo pareja, no. Hace unos meses rompí con una chica, llevábamos casi un año. No es fácil esto, no creas.

—Me lo imagino. Y en la policía casi te diría que menos.

—Digamos que tuve suerte. Pero volvamos a lo tuyo, dime la verdad Paola, ¿te vas a llevar a ese a la batida para que te salve y luego enrollaros o qué?

Dieron cuenta de las dos cañas y por lo menos, por un momento, dejaron de pensar en aquel hombre de negro, aquel que las traía de cabeza: el Guardián de las Flores.

XXVI. O SANTIAGUIÑO

Podía ser su impresión, pero a veces le parecía que pasaban más tiempo en aquel bar que en la propia comisaría, que habían descubierto más cosas en aquellas reuniones informales que en la tórrida exigencia de aquel espacio infinito.

Manuel, el dueño, les había preparado una mesa apartada en una de las esquinas del local, en palabras textuales, «para que nadie les oiga, Comisaría». Sonrió al recordarlo mientras esperaba, ya sentada a la mesa, al grueso del equipo. Ya había llamado a Modesto y Portela y tenía más datos para compartir con sus compañeros, esta vez buenas noticias. Volverían para la batida, los necesitaba. Se fueron sentando en aquella mesa redonda. Curiosamente todos traían papeles en la mano. No sabía si era el subidón, pero estaba orgullosa de ellos, de su dedicación. Después de elegir cada uno su opción del menú del día, empezó la ronda de novedades. La primera fue ella.

—Chicos, nuestros compañeros han conseguido que Flavia confesara que Santiago pertenecía al Club de los trece y, efectivamente tenía ese tatuaje en el antebrazo. No nos pudo dar detalles de qué era lo que hacían, pero sí que antes de irse hizo un gran trabajo por el que le estuvieron pagando durante años. Ellos nos lo contarán mejor, pero es algo importante.

—¿Un chantaje quizás? —preguntó Costoya.

—Quién lo diría, con el perfil que teníamos de Santiago, pero puede ser, aunque me inclino más a pensar que era una especie de donativo por mantener la boca cerrada. Alba, ¿has revisado las cuentas?

—Sí Comisaria, y efectivamente existe el ingreso, pero proviene de las Islas Caimán, o sea una barrera inexpugnable para nosotros.

—¿Seguro, incluso para ti?

—Lo intentaré Comisaria, pero la cosa está muy difícil.

—Vale, Ana y Costoya, ¿cómo vais con los expedientes?

—Creo que tenemos algo la mar de interesante, Comisaria. Primero, una curiosidad: el cabecilla, actual obispo que Dios tenga en su gloria, no se llamaba Rosendo, sino Ramiro, el cambio de nombre no es oficial hasta que entra en el Seminario Mayor. De los veintidós coincidentes, si quitamos a Santiago, que sí se llamaba Santiago, nos quedan veintiuno. De esos veintiuno, diecisiete están actualmente ejerciendo como párrocos en Galicia. Los cuatro restantes lo dejaron por diversos motivos. Sergio Suárez es un político de la zona de Ferrolterra que perdió la fe. José Luis Franganillo es dueño de una cadena de joyerías. Y... —hizo una pausa mientras se metía un trozo de pan en la boca—. Lo mejor de todo lo dejo para el final. Nos quedan dos hermanos: Francisco y Miguel Herrero. Uno de ellos le perdemos la pista justo al terminar el último año de seminario. No se ofició sacerdote y tampoco hay nada que nos haga pensar que sigue vivo. Desapareció del mapa. Y su hermano Miguel, encarcelado por la muerte y violación

de una chica el verano de 1980, sí, tal y como pensáis, el año de la graduación en el Seminario Mayor. Estuvo encerrado más de quince años, salió y volvieron a acusarle por intento de violación. Echó otros siete años en la cárcel y nadie ha vuelto a saber de él. Quizá hasta ahora.

—Puede ser nuestro hombre. Pero digo yo, ¿qué pinta un asesino violador jugando con nosotros con florecitas, peces y acertijos de libros? No sé, a mí no me cuadra.

—La cárcel cambia mucho a las personas, Comisaria.

—No lo dudo Costoya, por eso mi querida Ana, en cuanto llegemos a la comisaría necesito me consigas el expediente de ese hombre y una entrevista con todas las personas que estuvieron a su cargo y aún sigan en la prisión para mañana por la mañana, si no lo cogemos antes, claro.

—Está hecho Paola. Yo tampoco desecharía al joyero ni al político por el mero hecho de serlo. Y mucho menos al hermano desaparecido, pensad que también puede ser un cambio de nombre, una identidad falsa por alguna razón que desconocemos.

—Alba, mira si encuentras algo de ese hombre en tus submundos o entérate de cómo se podía hacer en 1980 para cambiar de identidad y que nadie se enterara. Me está entrando un apetito horrible, y es que esto se está poniendo la mar de interesante.

—Hay una cosa más Comisaria —era Milo el que hablaba. Bajó la voz, pensando que alguien podría escucharle—. Me he tomado la libertad, y he de decirle que del libro *Cien años de soledad* no solo es que las huellas sean todas de curas, es que tiene huellas de todos los que siguen ejerciendo.

—¿De todos?

—Absolutamente jefa. Podemos entenderlo como normal, pero...

—Nada es al azar querido Milo, nada es al azar. ¿Alguna novedad con la causa de la muerte de los enamorados?

—Pues esta tarde espero darle una respuesta, nos está costando, no la voy a engañar. —Costoya tomó la palabra.

—Como soy casi el mayor, ahí con permiso de Milo, voy a bendecir la mesa. Si los locos estos tenían un Club de los trece, nosotros tenemos nuestro Club de los siete, y no sé cómo lo haremos pero estoy seguro de que acabaremos pillando al jardinero ese de los huevos. Brindemos por ello. —Todos brindaron, rieron, comieron, soñaron, bebieron, disfrutaron. Era la antesala de uno de esos grandes momentos de la vida.

XXVII. LA BATIDA

Rafael Lozano se había presentado media hora antes de lo previsto. Rubio y Paola se encontraban atando los últimos cabos de la operación.

—¿Es ese el hombre del que me hablaste? —Paola miró hacia fuera del despacho y lo vio atusándose las gafas continuamente. Parecía nervioso—. ¿Y estás segura de que el Clart Kent ese es de fiar?

—Eso espero, es el ayudante de Luis. Desconfiar desconfío hasta de mi sombra.

—En fin, espero que no te falle la intuición, no nos podemos permitir muchas cagadas más. Sal a fuera y sálvalo, por Dios.

—Sí, jefe. Le mantendré informado.

—Las tres patrullas estarán esperándoos en la zona de Andrade. Es un lujo contar con su colaboración así que trátalos bien.

—Entendido. Muchas gracias. Espero que lo cojamos.

Salió del despacho, que en realidad era el suyo, aunque lo utilizara más Rubio que ella, habló dos minutos con Rafa y los reunió a todos en la mesa central.

—Bien señores, aquí tenemos el mapa del tesoro. El acceso a la zona de los molinos puede hacerse por tres vías. Una el río que baja caudaloso y enfadado al Eume con varias cascadas, pozas y demás. Allí es donde estará una de las patrullas de la Guardia Civil. Luego está esta zona más limpia, la que entra directamente por la carretera comarcal que une Monfero y Pontedeume. Otra de las patrullas de la Benemérita estará aquí. Justo donde sale ese camino. —Todos miraban fijamente el mapa.

—Nosotros, Ana y Modesto, los quiero aquí —señaló un punto en el mapa—. Es una zona difícil, pero calculo que en diez minutos desde el punto de encuentro os situaréis allí. Sería la escapatoria por el oeste que tendría nuestro hombre. Portela y Costoya aquí —señaló una zona cercana al río—. Entrando desde el sur, por este camino. Tranquilos, todos llevaréis una copia del mapa y lo deberíais tener ya en el móvil, ¿no, Alba?

—Sí, ya se lo he mandado a todos. Cada uno con su posición.

—Bien, aquí Rafa, al que no os he presentado, es experto en las Fragas. Vendrá conmigo. Todos saldremos del mismo punto y avanzaremos llegados al punto de meta a la vez. Nadie empezará antes que nadie. Lo más importante es pillarlo por sorpresa.

—Disculpa jefa, pero ¿estamos seguros de que está ahí? —Portela metía el dedo en la llaga. Paola miró a Rafa.

—Esperemos que sí, sino aquí el señor Lozano nos paga una ronda.

—Sin problema, lo que haga falta, pero si alguien está viviendo en esa zona tiene que estar por aquí. Si no lo encontramos a él, al menos podremos encontrar su escondrijo, o cosas que le

pertenezcan. Conozco bien la zona, dejen que les guíe.

—Bueno, chicos, pensad a dónde vamos. Por momentos estaremos rodeados de vegetación, caminos imposibles, subidas por tierra, bajadas suicidas. Extremen las precauciones y, sobre todo, si ven a nuestro hombre, no disparen a no ser que sea estrictamente necesario, y si lo es, a las piernas. Lo queremos vivo. ¡Venga, vamos allá!

Salieron en dos coches. En uno Paola, Costoya y Rafa. En el otro Fernández, Modesto y Portela. El calor aún apretaba fuerte, pero resguardados como estarían por aquellos árboles milenarios todo sería diferente. La Comisaria pensó que un poco de ambientación no estaría mal.

—Alba, cariño, ¿por qué no nos cuentas la historia de los *mouros* esos o como les llamen?

—Eh... Vale, Comisaria, deme un momento que la busco.

—Venga, voy poniendo la radio para que nos escuchen nuestros compañeros. ¿Estáis ahí chicos?

—Alto y claro jefa. Deseosos de escucharla.

—Bueno, esto es lo que he podido recopilar, son casi todas leyendas anónimas a lo que luego el escritor Vicente Risco dio forma en sus libros...:

Los mouros son seres mitológicos, identificados como los primeros moradores de Galicia y que ahora perviven bajo tierra. Tienen unas características y un comportamiento singulares. Se dice que fueron los creadores de castros, menhires, dólmenes y todo lo que se pudiera labrar con la piedra. Viven en lugares desiertos, viejas ruinas, bajo el agua, bajo la tierra, en el interior de formaciones rocosas. Se cuenta de ellos que poseen poderes sobrenaturales. No se dejan ver a no ser que ellos quieran que los veas. Controlan la magia, son paganos, duermen de día y pueden llegar a comer seres humanos. Son hábiles constructores de túneles y palacios subterráneos. Tienen grandes cantidades de oro. Se dice que en el Eume crearon grandes túneles que aún hoy perviven en las leyendas de los parroquianos, pero que nunca nadie pudo encontrar. Dichos túneles comunicaban Caaveiro con el castillo de Andrade, y este a su vez con la iglesia de Breamo, y de aquí se dice que partían dos caminos, uno hacia el Torreón de Pontedeume y otro que terminaba en la playa de Centroña. En ellos los mouros guardaban grandes tesoros. Tesoros que de momento nadie pudo descubrir.

—A ver si nos vamos a sacar un sobre sueldo en la misión de hoy, ahora sí, como haya que correr mucho detrás de ellos no contéis conmigo.

—Tranquilo Costoya, que si hay oro ya correremos, ya, y como buen amigo te guardo una parte, por aquello de la rémora.

—Gracias Modesto. ¿Ve Comisaria? En el fondo me quieren. —La Comisaria intervino.

—El caso es que aunque las leyendas son solo leyendas, hay indicios de que nuestro hombre podría estar copiando o asimilando la forma de vida de los *mouros*.

—Yo al jardinero este no le veo cavando muchos túneles —replicó Costoya.

—Si me permitís —fue Rafa el que intervino esta vez—, cabe la posibilidad de que aparte de utilizar la multitud de edificaciones abandonadas que hay por todas las Fragas, pueda haber encontrado alguno de los túneles...

—Túneles que curiosamente nadie descubrió en siglos...

—Bueno Comisaria no muy lejos de aquí en Ares está A Cova dos Mouros, y como sabrá en otros tiempos era un túnel de más de tres kilómetros que iba hasta Mugaridos, pero como la mayoría de estas edificaciones ante la presencia cercana del hombre y su actividad, no suelen perdurar. Y las Fragas si algo tienen es que su amplitud es tal que la mayoría de las zonas están literalmente a monte.

—En fin, solo espero que no nos equivoquemos esta vez.

Llegaron a Andrade y se unieron a ellos las patrullas de la Guardia Civil, que gracias a la mediación de Rubio colaborarían con ellos en la búsqueda. El caso había levantado tal expectación que se habían doblado las visitas al Monasterio de Caaveiro, y multitud de curiosos se habían acercado al Castillo de Andrade a pesar de estar cerrado tras los asesinatos. Morbo y ser humano, siempre de la mano.

Estaban ya en Irines, caminaban en dirección a los puntos de salida que cada uno tenía delimitados en el mapa, todos menos para Paola y Rafa, que desde la carretera a la zona de los molinos los separaban escasamente quinientos metros. Tenían que estar compenetrados como un reloj, y en el momento que se diera la salida hacerlo todos a la vez. Mientras, esperaron sentados en el capó del coche. Estaban aparcados en el medio del camino cortando totalmente salida y entrada hacia aquel paraíso natural. Pero los caminos del señor son inescrutables.

—Les admiro Comisaria, la verdad —lo decía de corazón. Paola sonrió.

—No sé por qué lo dice, pero gracias.

—Por la entereza, por el humor, por el buen rollo, por embarcarse en una misión peligrosa sin dudar ni un momento. No sé, lo pienso cuando veo películas de guerra, soy un gran admirador, ves a aquellos hombres dirigirse a la muerte, sin dudar, sin pestañear casi, y caer como mosquitos, pensar lo importante que es cada una de esas muertes y cómo lo hacen solo por defender unos ideales.

—No me gusta la guerra Rafa, no sé si es una buena analogía.

—A mí tampoco Comisaria, no me entienda mal. Me parece absurdo el gastar dinero en armamento, las guerras en sí mismas, pero ver el coraje de esos hombres, me parece increíble.

—Aparte de ser un mundo machista por excelencia.

—No se lo niego y lo sigue siendo, seguro. Pero a veces ante los monstruos y el fanatismo solo queda combatir.

—Espero que nuestros hijos no tengan que ir a guerras absurdas como esas. Nosotros, eso es verdad, al lado de ellos no somos nada. Aquí nos tiene, doce para atrapar a un asesino. Tampoco es tanto el riesgo.

Se callaron un rato mientras esperaban las señales de posición de sus compañeros. Pero a Rafa no le gustaba el silencio.

—¿Y cómo llegó usted aquí Comisaria? —Lo miró fijamente durante unos largos segundos.

—Primero Rafa, de tú, trátame de tú, que no soy tan vieja, y segundo, hasta hace unos días estaba destinada en Cádiz, es más, de vacaciones tomando el sol en la playa. Antes de eso muchos años por Madrid, dos en Pamplona, donde conocí a Costoya, la Academia... Ese es mi currículum

—Eso y varias operaciones muy comentadas. —Esta vez lo miró con la ceja bajada, no sabía si era interés, curiosidad o qué...— La del año pasado en las camelias. La de Marcial Romero el mes pasado. No me podrás negar que con eso cogiste cierto prestigio.

—¿Prestigio? —Se quedó pensativa—. Yo más bien diría experiencia, para ser una buena inspectora hay que pasar por esas cosas, y ya no le digo como Comisaria. Y también está otra razón importante: crecí leyendo novelas de misterio, de Agatha Christie, de Mendoza... Siempre supe que estaba de parte de los buenos y que quería estar del lado de ellos para siempre. Leer abre muchas puertas, Rafa.

—Y que lo digas, yo soy mucho de clásicos, pero sobre todo de la literatura hispanoamericana. Vargas Llosa, Isabel Allende... Pero mi preferido, sin duda, es Juan Marsé.

—No tienes mal gusto, pensé que estarías rodeado de tratados de arbolitos, pajaritos y demás

fauna. —Lo miró confirmando que no estaba equivocada del todo.

—A ver, también, pero hay tiempo para casi todo. Son muchas horas no lectivas que hay que llenar con algo.

—¿No tienes familia Rafa? —sonrió, por un momento Paola pensó que el bosque se derretiría con ella.

—¿Pareja, hijos? No, no sé si estoy hecho para eso. Me gusta demasiado la soledad y no sé si sería capaz de compartir mi privacidad con nadie.

—Eres joven, aún estás a tiempo de cambiar de opinión. —De repente una voz enlatada los sacó de aquel bello momento.

—Comisaria, aquí Modesto, estamos en posición. No veas cómo estaba el camino. Llevo marcas por todo el cuerpo. Corto y cambio.

—Aquí Costoya y Portela, sin marcas, profesionales, llegando al punto. No se ve ni un alma por ningún lado. Eso sí, se escucha una caída tremenda de agua, me están dando unas ganas horribles de darme un baño.

—Bien chicos, ahora esperad mi señal, vamos a bajar y empezamos a avanzar siempre siguiendo la ruta marcada, por favor. —Todos asintieron.

—Iré yo delante Comisaria. —Le cortó el paso.

—Ni de coña Rafa, la pistola la llevo yo, así que yo voy por delante, tú eres el que conoce el terreno, vete diciéndome. Imagínate que llevas a una ciega.

—Una ciega armada, vaya peligro. Bien, ahora bajemos este camino. —A uno de los lados emergían de forma increíble varias flores rosas preciosas, parecía que se habían perdido, fuera de lugar. —Ahora tenemos que coger este camino a la izquierda. Paola no veía ningún camino aparente. Se rindió.

—Vete delante, pero si hay cualquier cosa sospechosa me avisas y te apartas a un lado, ¿queda claro? —Su cara había perdido toda afabilidad, estaba hablando seria, muy seria.

—Alto y claro, como siempre Comisaria.

—Adelante todos. Y a partir de aquí, a no ser que lo veamos, silencio sepulcral para todos. Corto y cierro.

Comenzaron a avanzar entre maleza, tojos, silvas, parecía que aquello estaba totalmente abandonado, pero de repente, como si otra dimensión se tratase, apareció ante ellos un enorme bosque de castaños y, a mano izquierda, una cascada espectacular. De pie en el borde de aquella especie de camino Paola era incapaz de cerrar la boca.

—La naturaleza, Comisaria, es maravillosa. —Le agarró de un brazo y le apretó señalando con la vista una serie de edificaciones que se podían ver en el margen derecho del río. Rafa asintió con la cabeza. Le costó volver a andar.

Tenían que bajar un terraplén con un desnivel casi vertical. Rafa le indicó que siguieran adelante. Ella lo siguió. Se internaban en aquel bosque de castaños y, para su sorpresa nacía una especie de sendero que bajaba haciendo eses y evitando el desnivel de forma menos acusada. Empezaron a bajar despacio, intentado no hacer ruido. Llegaron al río. No pudieron evitar mover sus cabezas a la izquierda y, asombrados, vivir aquel espectáculo. ¿Cómo podían existir cosas tan maravillosas y ser tan desconocidas? Por un momento Paola se imaginó a sí misma bañada por aquella maravilla de la naturaleza, con una buena banda sonora y mejor compañía. De sueños también se vive. Pensó también que la masificación en lugares como aquel sería el principio de su fin. El agua en sus pies resultó una experiencia súper gratificante. En unos veinte metros estarían en una de aquellas casas que antes servían como apoyo al molino. Tomó la delantera. Se acercó

despacio, muy despacio. Ya estaba en el muro exterior, el que daba a la cascada. Cogió el arma. La linterna en la otra mano. No sabía lo que podía encontrarse. El corazón empezó a acelerársele. Entró. No había nada, ni un solo indicio de estar habitado en los últimos años. Solo vegetación, insectos, poco más. Rafa empezó a hablarle en susurros.

—Hay cuatro más como esta. Llegaremos a ellas antes de juntarnos con el resto. Fíjate —le señaló zonas de altas hierbas irregulares y aplastadas—, eso solo lo puede hacer un hombre o un jabalí enorme. Y es reciente, ten en cuenta que la hierba crece en estas épocas del año en zonas húmedas como esta, a un ritmo alto.

—Pueden ser excursionistas, exploradores...

—Pueden ser, no te digo que no, pero esto no está señalado en ningún mapa, en ninguna ruta, nadie vendría aquí a propósito.

—¿Quieres decir que es posible que nuestro hombre estuviera aquí?

—Comisaria, lo que tengo claro es que si no hubiese ninguna zona como esta, ya le diría seguro que no, así que son buenas noticias. —Rafa comprobó el móvil, seguían en la ruta correcta—. Por aquí Comisaria.

Dejaron atrás la primera de las casas y siguieron avanzando paralelos al río. No muy lejos de ellos ya vieron la segunda. A simple vista parecía estar en mucho mejor estado de conservación. El camino para llegar a ella lo dificultaba una especie de trampa natural formada por plantas y demás flora salvaje. Era imposible ser sigiloso así. Un extraño olor los alertó. Si lo cogían ahora todo terminaría. Se acercó a la puerta linterna en mano y entró. Por un momento se llevó un susto de muerte. Colgados había peces, y sobre todo un gran mamífero totalmente desollado, de ahí provenía el olor.

—Parece un corzo. ¿Cómo haría para cazarlo? Son rapidísimos y con un sentido del oído fuera de lo común.

—Siendo más rápido y más silencioso que ellos, Rafa. Dios, creo que tenemos su casa. —Rafa la miró con cara de duda.

—Yo más bien diría una de sus casas. No creo que se quede aquí a dormir. ¿Ves algún catre o lugar donde echarse a dormir? Parece que aquí solo recolectaba lo que cazaba.

—Llamaré a Milo para que se acerquen los del equipo y hagan un barrido. Tiene que ser nuestro hombre, Rafa.

—Supongo que sí, Comisaria. Sería muy estrafalario que alguien viniese aquí a cazar solo por gusto. —Paola llamó a Milo y al momento cogió la radio. No le dio tiempo. Era Costoya gritando.

—¡Comisaria, necesitamos ayuda! ¡Se lo ha llevado, se ha llevado a Portela!

—Dios, ¿dónde coño estáis? —La cara le acababa de cambiar por completo.

—En el río, estoy en el río, no puedo moverme.

—Comisaria nosotros también vamos para allá. —Era Modesto con Ana.

—Rafa quédate aquí, no te muevas. Llama a la comisaría, dile a Rubio que entren, ¡que entren ya! —Empezó a correr como una loca río abajo.

—Sí Comisaria. Ten cuidado, por favor. —Casi no podía ni verla.

La adrenalina, esa sustancia que se genera en circunstancias de máxima excitación, estaba provocando en Paola una reacción de rechazo al dolor. Saltaba entre piedras, ramas, caía por laderas imposibles, todo siguiendo el curso del río que después de la cascada hacía otra pequeña caída y se volvía, solo por unos metros, manso. Hasta llegar a esa zona. Intentó bajar por el río, era suicida. Dio un rodeo por el bosque, empezó a caer sin pausa, no le importaba, no sentía el dolor. Volvió a escuchar ese rumor de la caída del agua. Se asomó y vio cómo al fondo había otra

pequeña cascada. Bajó clavándose todas las espinas de las silvas que había en el mundo. Cayó entre las rocas, pero siguió adelante. Ya veía a Costoya y también a Modesto y a Fernández. Les gritó desde lejos.

—¿Por dónde ha ido? —Paola estaba fuera de sí.

—No estará pensando en...

—Costoya joder, dime por dónde se ha llevado a Portela. —Le señaló el río. Hizo un gesto a Fernández.

—Modesto saca a Costoya de aquí, hasta arriba no hay ni medio kilómetro. Sigue la ruta, encontrarás a Rafa en una de las casas. Menos mal que por lo menos te dio en la pierna mala.

—Costoya sonrió.

—Tiene usted un humor Comisaria. Que Dios se lo guarde.

Las dos salieron a toda velocidad río abajo. Fernández resbaló casi en la primera bajada, pero se recuperó. El terreno era complicadísimo. ¿Cómo podía alguien llevar en volandas a otro por esa montaña rusa y no matarse? Por fin el río se estiraba y pudieron seguir un sendero en la orilla. Era para engañarles, a los cincuenta metros volvían a enfrentarse a otra bajada abrupta. Iban completamente a ciegas, al haber escapado tenía casi nueve mil hectáreas para él y las conocía mucho mejor que ellos. No quería tirar la toalla. En un cruce de caminos pararon. Con la lengua ya de fuera. Llevaban más de media hora peleando río abajo.

—Ana, necesito que hagas una cosa. Sube arriba. Al punto de encuentro. Llévate mi móvil para encontrarlo.

—¿Pero Comisaria, y usted?

—Yo seguiré río abajo hasta encontrarme a la patrulla de la Guardia Civil que está en la desembocadura con el Eume, si no soy capaz de encontrarlos allí pararé. Tú llama a Rubio, dile que necesitamos más hombres, que se han llevado a Portela. Hay que batir los ríos paralelos a este, que corten las carreteras, que haga lo que quiera pero que lo haga.

—Comisaria, no puedo...

—Es una orden Ana, por favor, una orden. No quiero tener que repetírtelo. Tengo el transmisor. Estamos en contacto.

La vio salir. No sabía si acababa de firmar su sentencia de suicidio, pero al menos se cuidaba de que una de las dos llegase intacta arriba. Era imposible que llevase a Portela a rastras esa media hora y que no lo hubieran cogido. Podía haberse arrastrado por algún otro camino, pero mirara para donde mirara solo veía un bosque denso y enorme. Echó de menos a Rafa. No se daría por vencida tan fácil. Empezó a andar en horizontal. Conocía la orografía de las Fragas. El río formaba un enorme valle que subía casi hasta los cuatrocientos metros en poco más de un kilómetro. Se limpió la boca, la tenía llena de hojas y mierda varia. Se sentó un segundo en una de aquellas piedras fantasmagóricas, rodeadas de verdín. Abrió la mochila y se comió una de aquellas barras de cereales que le había metido Rafa, necesitaba recuperar energía. Visto desde su perspectiva aquello era espectacular. La bajada era tan vertical que daba vértigo solo mirar. Un solo paso en falso y cualquiera caería sin descanso valle abajo. Portela, solo pensaba en Portela, en cómo estaría y dónde estaría. Le pareció escuchar un ruido a unas decenas de metros de ella. Se levantó. Empezó a andar. Llegó hasta una zona de rocas. Le sorprendió por el volumen. Eran inmensas, allí en el medio del monte. Intentó no caerse, se agarraba a todo, tenía las manos sangrando. Continuó caminando, se dio cuenta que ya, sin sentido, y sin móvil, le era imposible saber dónde estaba. Pero había una cosa que sí sabía, si se tiraba hacia abajo llegaría al río. Derrotada, creyó que esa sería su única solución. Empezó a bajar con algo de cuidado, si se le iba

una pierna sabía que rodaría. De repente se encontró con una zona llena de tojos gigantes, impenetrables. Intentó rodearlos por un lado, imposible. Intentó rodearlos por el otro, imposible también. Le cayó una lágrima de desesperación. No podía permitírselo. Eran las ocho, aún quedaba al menos hora y media de luz. Intentando escalar una de aquellas paredes de tojos encontró un camino de rocas y lo siguió. Estaba otra vez en el río. ¿Pero sería el mismo? ¿Sería otro? ¿Dónde estaba? Intentó bajarlo. A los pocos metros se encontró una caída abrupta que terminaba en una cascada infinita, pero no era la misma que ninguna de las que había visto. Psicológicamente aquello estaba pudiendo con ella. Intentó rodearla. Otra muralla de tojos. Cruzó al otro lado. Encontró un sendero que bajaba, peligroso, pero se dejaba ir, ya no notaba el dolor en ninguna parte del cuerpo. Entonces lo vio.

Estaba allí de pie. Parado. Al otro lado del río. Retándola. Por un momento creyó estar soñando. O teniendo una visión por el cansancio y la desorientación. Cerró los ojos. Pero cuando los volvió a abrir él seguía allí. Empezó a correr hasta él. Llegó al río, resbaló, estaba helada, casi tanto como su sangre. Atravesó aquel bosque que más parecía tropical que atlántico y lo vio correr. Estaba dirigiéndola hacia algún lado. Si quería, jamás podría cogerlo. No lo perdía de vista. Vio cómo volvía a cruzar el río hacia el otro lado justo donde había una gran desprendimiento de piedras desde el margen derecho. Y cómo seguía río abajo. Intentó apretar el paso. Un par de veces le dio el alto, pero era del género gilipollas. No tenía sentido. Por mucho que corriera, aquel ser corría más que ella. Solo podía ver una masa negra que sorteaba obstáculos como si fueran chokolatinas. Tras otra pequeña cascada apareció ante ella un muro a media altura. Se subió. Fue cuando más cerca lo tuvo. No les separaban ni cuarenta metros. Podía intentar dispararle. Tenía que ser consciente. Nunca dispararía a nadie por la espalda. Seguían bajando sin descanso. Entonces, casi sin notarlo, como un fantasma, lo perdió de vista. Y ante ella apareció un camino mucho más visible que cruzaba sobre el río. Giró a la izquierda y, con lágrimas en los ojos, se dio cuenta de que estaba a la orilla del Eume. Aquel asesino, aquel ser horrible, la acababa de guiar hacia el río. No se lo podía creer. Lo había tenido al lado y estaba segura de que él en ningún momento se había sentido en peligro. Solo quería sacarla de allí. Una patrulla estaba aparcada en la entrada del camino. No pudo llegar, cayó diez metros antes. Estaba destrozada, por dentro y por fuera.

XXVIII. *MOURO*

Estaba sentada en el camino con una manta térmica a la espalda. Sucia, magullada, sin fuerzas. La noche se les estaba echando encima. Las patrullas enviadas por Rubio seguían peinando la zona, mientras ella y Costoya esperaban buenas noticias. El Inspector Jefe solo tenía una fea herida en la pierna. Parecía mucho más entero que ella.

—No te martirices Paola, aparecerá. Portela es fuerte y listo.

—Eso espero, no me lo perdonaría.

—Nos pudo pasar a cualquiera.

—¿Cómo fue Costoya? —El Inspector puso los ojos en blanco y empezó a recordar.

—Nos cogió por sorpresa. Subíamos por donde nos dijo, nos quedaban poco más de quinientos metros para llegar al punto de encuentro. Pasamos por una zona de río prácticamente llana y de repente todo se volvía vertical. Miramos cuál podía ser la mejor forma para subir y decidimos hacerlo por tierra en lugar de por el río. Apareció de la nada, tras las rocas, bajaba como una exhalación. Solo pude ver esa masa negra. Me empujó y caí sobre una roca, vi cómo forcejeaba con Portela pero en unos segundos dejaba de pelear, se rendía, pensé. Me levanté como pude para acudir en su auxilio, pero me dio una patada justo en la zona de mi cojera, ni que lo supiera. Vi las estrellas y entonces partió con Portela como quien lleva una bolsa de la compra. Es inmensamente fuerte, Comisaria.

—¿No viste nada en él, nada nuevo, alguna marca? No sé...

—Solo pude ver sus ojos. El resto era todo negro, me recordó a la historia que nos contó Alba. Era humano, pero parecía sacado de las entrañas de la Tierra. Los ojos me impactaron porque parecían bañados en sangre. Pensé que me remataría, pero me ignoró, como si no le importara.

Vieron venir el coche de Rubio. Rafa venía con él. Se acercó corriendo a Paola.

—¿Estás bien? ¿Lo has visto? —Parecía realmente preocupado.

—Estoy bien Rafa, gracias, magullada, cabreada, nada que no se pueda curar.

—¿Pero cómo has llegado hasta aquí? Estás a más de un kilómetro en dirección Este, ¿por dónde has bajado?

—Por un río, pensé que era el mismo. —Rafa miró hacia arriba y consultó su móvil.

—Era lo que suponía. Este es el Rego da Trapa. Lo he bajado un par de veces, tiene muchísima vegetación de tipo tropical, es casi inexpugnable.

—No lo hubiera conseguido sola.

—¿Qué quiere decir, Comisaria? —El jefe Rubio intervino.

—Que cuando estaba totalmente perdida y dando vueltas, ya casi desesperada, el Guardián apareció en la otra orilla y me hizo seguirlo. Estoy segura de que lo único que quería era traerme hasta aquí.

—¿No pudo atraparlo?

—En ningún momento estuve cerca de él. Aceleraba cuando quería, parecía que no existían los obstáculos para él. Es difícil de explicar si no lo veis.

—No sé a qué está jugando el florecillas este. —Rubio parecía preocupado—. Y lo peor es que tiene a uno de los nuestros. Por lo que cuenta, Comisaria, ese hombre tuvo tiempo a bajar cargado con Portela, a esconderlo en algún lugar y luego trasladarse para encontrarla a usted y guiarla hasta aquí. Y por supuesto escapar sin dejar ni rastro prácticamente en las narices de una de nuestras patrullas.

—¿Hay alguna buena noticia jefe? —Se quedó pensativo.

—Sí, al menos hemos encontrado sus escondrijos. Milo y su equipo están allí trabajando, aunque los pillaré la noche. Espero que podamos sacar algo.

—¿De Portela nada?

—Nada de nada, ni rastro. Tendremos que detener la búsqueda hasta mañana. Nos quedaremos en Pontedeume, siento no poder mandaros para casa, pero lo importante ahora es encontrar a nuestro compañero. A las siete volveremos. —Miró para Rafa—. Señor Lozano, si no tiene inconveniente en quedarse con nosotros se lo agradeceremos, toda la ayuda será poca.

—Por supuesto, cuente conmigo.

—Ahora subiros al coche que os llevo al hotel. Las patrullas están volviendo. Ni rastro de Portela.

Se dio una ducha fría. Le quemaba todo el cuerpo entre escozores, heridas abiertas, magulladuras, pinchazos. El pelo era una mata sucia y desordenada. Estaba hecha una mierda. Salió y cogió su neceser, que siempre llevaba en el coche, porque nunca sabía lo que podía pasar. Se embadurnó de agua oxigenada. Arrancó un gran trozo de algodón y fue esparciendo el Betadine por todas aquellas heridas. Las más grandes ya no tenían cura. Las dejó secar. Se miró desnuda en el espejo. Se quería. Aún se veía bonita, estaba orgullosa de lo que reflejaba, y si a alguien no le gustaba que no mirara. Pensó en Rafa. ¿Cuántos Rafas habían pasado por su vida? ¿Cuántos de los que ya ni su nombre recordaba? Se puso la ropa interior, despacio, le dolía. En el fondo tenía muchas de esas cosas que te hacen feliz. ¿Las tenía de verdad? Volvió a mirarse en el espejo. Mirando su interior. Tenía un buen trabajo, había llegado lejos. ¿Familia? Su madre. Ni hijos, ni abuelos, ni padre. ¿Amigos? Costoya, Modesto, Portela ¿podía llamarlos amigos? Luis, siempre volvía a su memoria. ¿Era su ex un amigo aunque no hablaran casi en las últimas semanas? ¿Tenía a quien contarle las cosas cuando lo estaba pasando mal, cuando algo le preocupaba? No, no tenía a nadie. Entonces es que no tenía amigos. Treinta y nueve años botando de un lado a otro para esto. Tenía un carácter extraño. Pero todo Frodo tiene un Sam; todos menos ella. Terminó de vestirse. Se sentó en la cama. Esta vez Rubio le había dejado en una habitación sola. Lo agradecía. No quería ver a nadie, ni hablar con nadie. Solo había una persona a la que le gustaría encontrarse en ese momento: Portela.

XXIX. PORTELA

DÍA CINCO

No eran ni las siete de la mañana y ya estaban todos allí, con fuerzas renovadas, dispuestos a encontrar a su compañero, a su amigo. Nervioso estaba sobre todo Modesto, eran muchas cosas juntos y no podía ocultar su preocupación. Paola los dividió en grupos de dos y un radio de quinientos metros desde el centro de interpretación. Iban camino de la zona este, cerca del primer puente colgante, cuando lo vieron caminando como un alma en pena. Era Portela. Paola tiró el coche a un lado y se bajaron todos rápido. Modesto lo abrazó. Le ayudaron a sentarse a una orilla del río.

—¿Estás bien? ¿Quieres agua? —Intentaba recuperar la respiración.

—Estoy bien, solo un poco atontado, nada más. Y con heridas de guerra por todos lados, pero bien. —Paola le miró las heridas, tenían una especie de ungüento que no quiso tocar.

—Chicos voy a avisar al resto de patrullas. Portela, será mejor que te miren por si tienes alguna herida, ¿te parece?

—Paola, te aseguro que ni tengo nada roto ni fuera de sitio, así que no, prefiero que me llevéis a casa, una duchita y a la comisaría. Como mucho que me revise Milo, o Alba, pero al hospital no.

—La Comisaria llamó por radio al resto de patrullas, lo habían encontrado sano y salvo, las preguntas era mejor dejarlas para cuando estuviera un poco más tranquilo. No tardó en llegar la ambulancia que tenían en caso de emergencia y se montó. Rafa intentó animar a Paola.

—Bueno, no lo cogimos, pero al menos estáis todos bien.

—¿Crees que volverá?

—Si fueras él, Comisaria, ¿tú qué harías?

—Supongo que cambiaría de escondite.

—Eso es lo que pensarías tú, toda la policía y casi todas las personas a las que le preguntases. Pero si por un momento te metieses en su cabeza sabrías que eso quizá es lo que él quiere que pienses.

—Interesante.

—No solo eso, me atrevería a decir que no se siente amenazado y si está es su casa no la va a dejar. Volvemos a la teoría del *mouro*, ¿los ves pagando por una pensión, un hotel? No, pues yo tampoco lo veo a él.

—Pero tendrá casa, un lugar donde vivir, familia.

—No sé qué decirte, por lo visto en esas casas, una la utilizaba básicamente de secadero, la que nosotros vimos. En la tercera, la más resguardada, dormía, pero ni un solo objeto personal, nada que lo pueda identificar. Y en la cuarta solo había unos periódicos viejos, que Milo se los llevó para analizar.

—Todo un personaje.

—Toda una historia Comisaria. Bendito el momento que lo compartiste conmigo.

—Me alegro de tenerte con nosotros, ya le he dicho a Rubio que harás equipo con Fernández estos días para ayudarnos a localizarlo. Pero haz una cosa, ahora vete a casa, descansa, y no te quiero ver en la comisaría hasta media tarde. ¿De acuerdo?

—Como siempre te digo, alto y claro Comisaria.

Tres horas, una buena ducha, una recuperación insaciable y dos cañas más tarde entraban en la Jefatura Superior de A Coruña Modesto, Portela, Costoya el cojito y Paola. Fernández, Alba y Milo estaban, como casi siempre, al pie del cañón. Los reunió a todos en la mesa central.

—Bueno chicos, intentaré ir por orden porque tenemos un día menos. Así que necesitamos planificar bien todo lo que hagamos hoy. Milo, lo primero ¿qué sabes de la muerte de los tortolitos?

—Pues siguiendo el *modus operandi* de nuestro querido amigo, fueron envenenados por un compuesto extremo de adelfa con granos de burundanga. No le faltaba de nada.

—Y no me diga más, la adelfa también se puede encontrar en el parque, me lo estoy imaginando. —En ese momento entraba por la puerta Rafa, que se incorporaba a la conversación.

—Lo curioso de la adelfa es que tiene que ser producida por sus hojas secas, las recién cortadas provocan tal rechazo en nuestras pupilas gustativas que somos incapaces de tragar nada así. Sin embargo, tras su secado, solo ingerirlas en una cantidad adecuada provoca la muerte por parada cardíaca en menos de doce horas.

—O sea, que lo tenía todo pensado. ¿Algo más Milo?

—Que del coche nada de nada, era robado, esa misma tarde en Perbes. Solo lo utilizó para el traslado de los cadáveres. Está fuerte, pero se ve que para dos no da.

—Bueno, ahora lo que necesito hoy de ti. Primero supongo que estaréis analizando todo lo que encontrasteis en las casas de nuestro hombre. Aparte quiero que le hagas a este hombre— dijo, señalando a Portela— un análisis de sangre, quiero saber qué es lo que le dio para atontarlo, aunque lo imaginemos, y que es esto. Le pasó un tupper con el extraño ungüento que tenía por todo el cuerpo.

—A la orden jefa, nos ponemos con todo eso. En cuanto vaya teniendo algo ya te digo.

—Alba, cómo vas con nuestras leyendas. ¿Alguna novedad?

—Poco comisario, muy poco.— Rafa intervino otra vez.

—Si me permitís, yo puedo ayudarla, incluso podríamos ir a ver a una persona. Nadie sabe más de leyendas del Eume que él. Es el viejo párroco de Pontedeume. Está muy mayor pero estoy seguro que nos recibirá encantado.

—Me parece muy buena idea, sí, intentar cerrar una cita, pero primero volverás al Eume con Portela a buscar ese zulo. Fernández, ¿alguna novedad en este rato con los veinte que nos faltan?

—Solo una cosa, la cita en la prisión es a la una. No me han querido pasar el expediente, dicen que sin una orden, ley de protección de datos, en fin, que cuando estés allí te dejarán verlo. Necesito que me confirmes que irás, sino cambiaré la cita.

—Yo creo que llegamos. Son las diez, necesito hablar un rato con Portela y nos vamos para allá. Modesto, Fernández, Alba, centraos en esos expedientes, quiero saber los curas de qué parroquia son cada uno, sus nombres, sus tendencias sexuales, todo. Y de los que lo dejaron más si cabe. —Alba intervino.

—En cuanto al desaparecido ni rastro, Comisaria. Todos los submundos que he visitado han dado negativo. He pedido a la prisión un listado con las visitas a su hermano, por si podíamos

sacar algo y tampoco han querido dármelas. Sería un avance conseguirlas.

—Bien, Costoya, recuérdelo y vámonos a dentro con Portela.

Entraron en su despacho, el que normalmente le ocupaba Rubio. Se sentaron. Ella en el otro lado, y Costoya y Portela enfrentados.

—Lo más importante es que recuerdes cualquier detalle, por mínimo que sea del asesino. Me da igual impresiones tuyas que certezas, lo que hayas observado, para eso eres el mejor Portela.

—Gracias Comisaria. Le contaré lo que yo viví. Salió de unas rocas y casi ni lo vimos venir. El Inspector cayó y vino a por mí. Prácticamente no me dio tiempo a reaccionar. Me metió algo en la boca y apretó. Fui perdiendo el control de mi cuerpo. Me llevaba como un gato lleva a sus crías, en volandas. Se comportaba como un animal, pero domesticado. Al cabo de un buen rato de tropezar con rocas, con ramas y demás...

—Disculpa que te interrumpa, ¿dejasteis atrás el río en algún momento o seguía bajándolo?
—Se quedó pensativo.

—Lo dejamos, seguro. Era muy caudaloso por momentos, eso lo recuerdo bien, pero de repente nos metimos por una zona en la que no escuchaba el agua sino golpes contra ramas, árboles, tojos... de todo. En un momento actuó muy rápido. Se paró en seco. Yo no podía hacer nada, aunque quisiera, estaba atontado. Abrió una compuerta y me tiró en el agujero. No era muy profundo. Lo suficiente para mí, había un catre. La única luz que entraba era por unas pequeñas rendijas en la parte superior. Eran como perfiles dibujados. Había una pequeña tabla de madera y sobre ella un bol con agua. Antes de irse me tiró un cubo. No abrió la boca en ningún momento. Conseguí dormir algo después de muchas horas. Cuando desperté la puerta estaba abierta. No había nadie alrededor. Salí y comencé a bajar. Aún era de noche, no fue mucho trecho, acabé en un camino que da justo al puente colgante y ahí me recogisteis. Fin de la historia.

—Esos perfiles dibujados podrían ser rocas. ¿Recuerdas si al salir viste algo que te llamara la atención...?

—No, estaba amaneciendo, y yo aún atontado, solo quería llegar al río, y sabía que bajando llegaría. De todos modos, no puede estar muy lejos de allí.

—Dudo que lo vuelva a utilizar, de todas maneras irás con Rafa y con Milo a buscarlo. ¿No te crea problemas?

—¿Volver allí? Ninguno Comisaria. Lo encontraremos. Otra cosa Paola, estaba muy drogado, pero sí es verdad que mientras me sujetaba me pareció ver en su antebrazo una marca. No puedo jurar que se tratara de la misma que nos enseñaste, pero era algo así, estoy seguro. Espero no haberlo soñado.

—Buen trabajo Portela. ¿Seguro que estás en condiciones físicas?

—A tope, y no nos queda tiempo, solo dos días. Tenemos que cogerlo.

Paola se levantó y empezó a andar por el despacho mientras Portela cerraba la puerta y se acercaba a sus compañeros. Costoya la miraba, había cambiado mucho en ese último año. La admiraba por su entereza, por cómo sabía renacer con cada golpe.

—¿Qué piensas Costoya?

—Que estamos ante un tío fuerte, inteligente, con un plan concreto. No mata por placer, solo si es parte de su plan. Difícil encontrar un caso tan complicado y enrevesado, Paola. Y nos quedan dos días, no quiero ser pájaro de mal agüero, pero aún no tenemos la clave de todo esto, el porqué, y eso es lo único que puede conducirnos al dónde.

—Entonces no perdamos más tiempo. Vamos a Teixeira.

XXX. TEIXEIRO

Era el director de prisión de película. Hombre, maduro, fuerte, trajeado y con una voz potente. Si le dijeran que estaba grabando una serie de televisión se lo creerían.

—Miguel Herrero, Michel. Claro que me acuerdo de él. Quién no se acuerda. Entró aquí en 1996, acabábamos de inaugurar la prisión. Era su segunda condena, la primera por asesinato y violación con ensañamiento. Salió de Alcalá Meco y no pasaron ni seis meses cuando fue acusado de nuevo por una violación de una chiquilla, en una rueda de reconocimiento. Aquí estuvo casi siete años. En esos siete años, Comisario Gómez, le juro que jamás le escuché hablar. Le llamábamos Michel el Mudo. Este es su expediente. —Se lo paso a Paola, que empezó a ojearlo.

—¿Qué destacaría de Michel en estos años?

—No lo sé, es que nadie fue capaz de entrar en esa mente. Lo probamos todo: psicólogos, curas, supuestos viejos amigos. Nada, nunca abrió la boca. Eso sí, el comportamiento exquisito, nunca se metió con nadie, siempre en su celda o en sus salidas en solitario. Pero incidente ninguno. Y luego estaba su amor por los libros, la pintura y las flores. —Paola levantó las cejas con atención.

—Un lobo solitario, culto.

—Desde luego, al menos aquí no se relacionaba con nadie. —De repente Paola ahogó un grito.

—¿Le pasa algo Comisaria? —Ella reaccionó y cambió de tema.

—No es nada, ¿dijo que pintaba, escribía, flores?

—Pintaba la celda, eso sí, el cabrón la dejó bonita. Le valía cualquier cosa. Los cuadernos los llevé con él. Y los libros debí leerlos al menos dos veces los que tenemos en la biblioteca.

—¿Se puede visitar esa celda?

—Eso es imposible Comisaria, aparte de que está ocupada, las celdas fueron pintadas todas el pasado verano, pero tengo algo que quizá sí le va a gustar. —Abrió su cajón ante la incertidumbre de los dos policías. Sacó un montón de fotos—. Las saqué por si este momento llegaba. Era un tío raro, no era trigo limpio. Aquí no pudo reinsertarse, porque quizá no lo necesitara, no se le veía maleante, ni nada, pero esa mirada que tenía daba miedo. —Paola repasó las fotos.

—¿Puedo llevármelas? Es importante.

—Adelante, y puede fotocopiar el expediente ahí atrás. —Señaló una vieja fotocopidora. Paola no perdió el tiempo. Había visto algo. Costoya seguía preguntando.

—En cuanto a las visitas, ¿algún familiar? —El director se extrañó.

—No, qué va, el hermano estaba desaparecido. Y padres no tenían, poco después de entrar en el Seminario Menor murieron en un accidente de tráfico. —Hizo un pausa mientras miraba por aquel gran ventanal que tenía en su despacho—. ¿Saben? Un día lo senté aquí. Donde están ustedes. Le empecé a hablar, conseguí acaparar su atención, me miraba interesado, pero no

contestaba; cuando terminé me escribió una palabra en una pequeña libreta que le había dado. «Fárfara». Es una flor, ¿saben? Pensé que podía ser una buena idea así que hicimos un obrador de jardín. Era el mejor. Aprendió muchísimo, insaciable, y al final tuvimos un huerto espectacular mientras él estuvo aquí. Pero nunca dijo una palabra. Ni una sonrisa. Solo el amor que le daba a aquellas flores. Era digno de ver. Cómo las acariciaba, las tocaba, las mimaba. Sé por qué están aquí. Creen que Michel es el Guardián de las Flores. Les diré una cosa, si tuviera que apostar mi vida a algo les diría rotundamente que sí, que es él.

—Parece que ahora es más bien el Monstruo de las Flores. Una última cosa director, ¿sabe usted exactamente por qué lo encerraron la primera vez?

—Bueno, seguro que sus compañeros podrán decírselo mejor que yo, pero lo que escuché es que había matado a una chica después de violarla repetidas veces y ensañarse con ella. Lo pillaron cuando intentaba enterrar su cadáver en el cementerio de Iria Flavia. —Costoya y Paola se miraron instintivamente.

—Pero, ¿qué pretendía enterrándola allí?

—Hiciera lo que hiciera, Comisaria, era un hombre de Dios, no podía enterrarla en otro sitio que no fuera en sagrado. Pero lo pillaron. Y luego descubrieron el resto.

—Bueno director, solo puedo darle las gracias, ha sido de gran utilidad. —Se dieron la mano y salieron acompañados por un funcionario. Antes de llegar al coche, Costoya encendió un cigarro.

—Joder que al final acabaré recayendo. Eres malvado.

—¿Qué es lo que viste en el expediente?

—Esto. —Le enseñó el número de preso del Miguel Herrero Michel: 313.

—Hay una cosa clara, Comisaria, acabamos de confirmar que es nuestro hombre y sabemos además cómo empezó su amor por las flores.

—Tendremos que indagar en ese crimen que cometió y hablar con las personas implicadas, es la única manera que se me ocurre de encontrar una explicación y dar con él. Hablaré con la central para conseguir todo lo que pueda sobre el crimen por el que lo condenaron.

—Estoy de acuerdo, Paola —tiró el pitillo—. Tú conduces, que esta pierna me está matando. Ese cabrón tiene casi tanta puntería como tú.

XXXI. FOTOGRAFÍAS

Dejó a Costoya al mando. Necesitaba pasarse por casa, darse una ducha, dormir un rato, analizar aquello sola. Aún conservaba muchos amigos en la central. No le fue difícil conseguir que le mandaran todo lo que había sobre el caso. Estaba segura de que muchas de las claves estarían allí. 1980, época de transición. Aquel crimen había levantado ampollas y presión popular. Leyó los titulares de la prensa. «Atroz hallazgo en Iria Flavia», «Terrible asesinato en Santiago». Se alegraba de que ahora Rubio hubiera tomado el protagonismo ante los medios, los estaba capeando bien. No les daba datos ni había filtraciones, estaba orgullosa de los suyos, eso les permitía ir siempre por delante. De repente le asustó la melodía del teléfono. Tuvo que mirar dos veces, era su madre.

—¡Mamá!, ¿qué tal?

—Hola Paola, hija, ¿qué tal por Galicia?

—Bien, bueno, mucho trabajo, ya sabes, pero contenta.

—Tu nombre está saliendo estos días en la prensa por la muerte del obispo y esos dos chicos. Pobre gente. Hay incluso programas mañaneros que se dedican a desgranar el caso. No me pierdo uno. Las vecinas no paran de preguntar.

—Está siendo un caso difícil mamá.

—Y justo en Galicia. No será fácil. —No había vuelto a pensar en Luis, ni en Tiana, ni en Felipe durante esos días. Le entraron ganas de llorar.

—No lo es mamá —dijo con la voz entrecortada.

—Bueno hija, tú sigue así, y sobre todo ten mucho cuidado. Sabes que para lo que necesites yo estoy aquí. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá —colgó. Se quedó quieta, sin saber qué hacer mientras dos lágrimas le caían por las mejillas. Su madre era casi lo único que le quedaba en la vida. Intentó sobreponerse. Tenía mucho trabajo por delante y quería llegar por la tarde con algunas cosas claras, el tiempo se les estaba yendo de las manos.

Después de repasar el expediente del crimen anotó en su pequeña libreta roja todo lo que le pareció interesante. El caso se sostenía con alfileres. ¿Qué hacía un hombre de madrugada intentando enterrar el cadáver de una mujer en el camposanto de Iria Flavia? ¿Por qué allí y no en Santiago? ¿Cómo lo habían descubierto? Según la policía, una llamada anónima de un vecino los había alertado de que alguien estaba entrando en el cementerio. Cuando llegaron, el coche del sospechoso estaba en la entrada. Decidió que sería mejor llamar al inspector que había llevado aquel caso en 1980, con suerte seguiría vivo. En el informe solo tenía un nombre: Morales. Llamó a Alba para que le consiguiera todo lo que tuviera sobre él. Se tiró en la cama. Estaba destrozada, sabía que mirar para dentro quince minutos le sentaría de maravilla. Tenía aquellas fotos junto a

ella, las paredes de la celda de su hombre. Había cosas escritas en latín, que se las dejaba para Modesto. Una fecha le llamó la atención. 23 de junio de 1980. La apuntó en su libreta. Dos días antes de la detención. Un montón de palabras inconexas, sin sentido. Se quedó dormida.

Sabía que estarían todos reunidos en El Santiaguño, quizá no fuera prudente desentrañar allí secretos de estado, ahora que sabía por su madre que estaban en boca de todos. Los citó en la comisaría. Aquel kilómetro andando le sirvió para desconectar. Las galerías acristaladas de la marina coruñesa bailaban al compás de los barcos atracados en aquel inmenso puerto. El teatro Colón, el Kiosko Alfonso. Los jardines de Méndez Núñez. Los cruzó de un lado a otro intentando absorber la mayor cantidad posible de aire puro. La estaban esperando en la parte de atrás, en animada conversación. Hacían un buen equipo, no tenía duda. Entraron en su zulo gigante. Se sentaron a la mesa redonda, no eran caballeros, eran solo policías.

—Empecemos por lo básico y por orden cronológico, como siempre. Milo, ¿qué sabes del ungüento ese y de lo que utilizaron para envenenar aquí a nuestro jovencito?

—Pues Comisaria, el producto que tenía en las heridas era aloe vera, mezclado con alguna cosa más, pero principalmente eso. Por supuesto también accesible en el parque, ¿me equivoco, experto? —miró sonriente a Rafa.

—Estás en lo cierto amigo, crece sobre todo cerca de las rocas, así que como habéis comprobado en vuestras carnes no es difícil encontrarlo en el Eume.

—Y por supuesto la forma de atontarlo no es original, lo hizo otra vez con burundanga, deber de tener un arsenal. Pero no sabemos dónde porque no encontramos ninguna planta ni flor en ninguna de las casas. Espero que no esté viniendo cada noche a recogerlo aquí enfrente, sería el colmo.

—Curioso, Milo. Gracias. Los exploradores, ¿encontrasteis el zulo? —Modesto contestó.

—Lo encontramos Comisaria, sin mayor problema. Efectivamente estaba en una zona rocosa a unos ciento cincuenta metros de altitud. Seguía tal y como lo dejó Portela, el equipo de Milo estuvo allí —este asintió—, aunque me temo que poco van a encontrar. Por cierto, Rubio vino con nosotros, nos esperó en el río y creo que tiene noticias para ti.

—Vale, luego hablaré con él. Rafa, ¿has conseguido quedar con tu amigo el párroco?

—Sí, pero hasta mañana por la tarde no podrá recibirnos. Hoy no se encontraba bien, está muy mayor. —La Comisaria se quedó pensativa. Mañana podía ser tarde, pero no tenían mucho de dónde tirar—. Rafa, intenta no despegarte de Alba y buscar a todas las personas que hayan escrito sobre leyendas del Eume, o gente del pueblo, lo que sea, llamarlos, quedar con ellos, se nos acaba el tiempo.

—Hecho jefa, la verdad es que buscando en lo más oscuro de la red abundan las leyendas místicas, pero asociadas a la muerte de once personas ninguna en concreto. Pero por un detalle que te contará Ana estoy buscando por otra vía. —Paola miró instintivamente para Fernández.

—Es con respecto a los expedientes, Paola. Hemos descubierto dos cosas importantes. Lo primero, que el dueño de la cadena de joyerías es el dueño de una que conocerás de sobra. La de Iria Flavia. —Paola abrió mucho la boca, aquello estaba claro que tenía algo que ver—. Tenemos su dirección, teléfono, lo que necesites.

—Bien, haremos dos cosas, o tres. La primera, Alba, pincharás el teléfono de la joyería.

—¿Sin una orden? —puso cara de incredulidad.

—El orden de factores no altera el producto.

—Mis queridos Modesto y Portela le harán una visita a nuestro querido joyero de Iria Flavia, que estoy segura, ahora sí, que es solo un monigote en manos de otro. Apretarle las clavijas, que

sepa que tenemos algo, o que lo crea. No tardará en llamar a su jefe. Después iremos a por él —hizo una pausa—. Vale, Ana, me has dicho que tenías dos cosas, ¿cuál es la segunda?

—De los diecisiete párrocos que salieron en esa promoción del Seminario Mayor al menos nueve cambiaron de nombre durante la promoción.

—¿De nombre? ¿Por qué?

—No es algo tan extraño en el ámbito eclesiástico, pero sí hacerlo durante la celebración del seminario. Sabemos que Rosendo se lo cambió ya en el primer año, es decir al cumplir los dieciocho. El resto en los dos años siguientes. Sus nombres son Andrés, Mateo, Juan, Pedro, Tadeo, Felipe, Tomás, Bartolomé y Santiago el Menor, que se hace llamar Iago.

—Me estás vacilando, supongo. —La comisario no se lo podía creer.

—No Paola, como habréis adivinado son los nombres de nueve de los doce apóstoles. —Costoya intervino andando por la sala con las manos a la espalda.

—Vamos a ver, supongamos que estos locos se cambiaron el nombre por su ferviente amor a Dios, tampoco es tan raro, y si pertenecían a una especie de club más si cabe, ya se sabe que las cosas se hacen muchas veces por asociación.

—Si eso fuera así, tendríamos a nueve de nuestros once hombres. Nos siguen faltando dos, ¿y por qué los doce apóstoles?

—Eso solo lo sabrán ellos, a Rosendo solo le faltó ponerse Jesucristo.

—Si lo hiciera estaría en pecado, mi querido cojito.

—Comisaria, ese hombre estaba más corrupto que las copas que nos dan en el *after* ese de la esquina. Seamos serios, esto tiene mierda en sotana por todos lados, te pongas como te pongas.

—Y si esto fuera así, ¿dónde están los otros tres apóstoles? Quiero suponer que uno sería Santiago el Mayor de Iria Flavia, pero me siguen faltando dos.

—Una última cosa Paola, uno de ellos, Tadeo, es el párroco de Mondoñedo, con el que estuvimos ayer, y el otro, vas a flipar, el de Iria Flavia.

—Joder, lo que nos faltaba. —Miró para Modesto y Portela.

—Ya sabéis chicos, doble misión para vosotros. Aprovecháis la visita al joyero y luego vais a rezar un poquito. Pero antes de irte, Modesto, necesito que me traduzcas este texto del latín. Estaba en las paredes de la celda de Michel Herrero, nuestro ya confirmado Asesino de las Flores. —Modesto lo leyó:

In tempus Maledictus

No bilis est

Centrum universo

Tenebrisco violentiae sumine sunt.

«En tiempos malditos es el noble, centro del universo, la tenebrosa semilla de la violencia». —Se quedaron todos callados durante un rato—. Frase típica de pirado, sin duda.

—Bueno, le vamos dando una vuelta. Alba, te dejo también las fotos de la celda por si tú ves algo más, lo que sea. Costoya y yo nos vamos a dar un paseo por A Coruña.

—¿Me pongo la ropa de guiri, Comisaria? —le dio una colleja.

—Vamos a ver a un viejo amigo suyo. El Inspector Morales.

—Coño, Morales, sí, pero está retirado ya.

—Claro, por eso lo vamos a ver a su casa, él llevó el caso de nuestro querido jardinero.

—Estupendo, se acordará de mí, fue mi superior muchos años. Cojo mi cazadora y nos vamos. —Paola lo miró raro, a él y a la cazadora.

—Inspector, estamos a treinta grados.

—Lo siento, soy fetichista. —En ese momento el teléfono de Paola empezó a sonar. Era Rubio.

—Dígame jefe.

—Comisaria, los Geos van a dar una batida a las Fragas a partir de mañana. Quería que lo supiera. Tenemos que encontrarlo y prefiero que ustedes se centren en la investigación y las pistas que tienen. De noche la llamo y me cuenta cómo ha ido el día. ¿De acuerdo?

—Perfecto jefe, estábamos a punto de salir para hablar con Morales.

—¿El Inspector Jefe Morales? Está ya retirado.

—Lo sé, pero fue el que llevó el caso de nuestro hombre. De noche se lo cuento con pelos y señales, prometido, pero hay cosas que es mejor que no sepa hasta que las tenga claras.

—Haga lo que quiera mientras lo cojan.

—Necesito un favor jefe—Se escuchó un suspiro al otro de la línea.

—Cuénteme Comisaria, soy todo oídos.

XXXII. MORALES

Le daba vueltas a la copa de guinda, Paola no sabía si pensándose qué decir o haciéndose el interesante. Era Jacinto Morales, reputado Inspector de la Policía durante la transición.

—El chico era culpable, no había duda. Estaba allí, enterrando el cadáver de la chica, y aún por encima restos de semen aparecieron por todo su cuerpo.

—¿No dentro de la víctima?

—Comisaria, usaría protección o la marcha atrás, vaya usted a saber. El caso es que el único ADN y restos que había correspondían a ese pobre diablo. —Aquello no le sonó convincente, y teniendo en cuenta los medios con los que se contaba en aquella época todo podía ser—. A la chica la había matado al menos cuarenta y ocho horas antes. Hay que tener moral.

—¿Cómo la mató?

—Fue una mezcla de drogas, alcohol, golpes y la violación en sí misma. Todo eso hizo que no aguantara y muriera. No digo que esa fuera su intención. Seguramente solo quería violarla, pero luego se ensañó.

—¿Qué quiere decir con ensañarse?

—Suponemos, porque él nunca lo confesó, que se pasaría dos días disfrutando con ella, tenían un montón de heridas *post mortem*. Quemaduras, todo tipo de animaladas.

—¿Entre ellas quemarle la cabeza con aceite hirviendo, o escribir palabras con cera ardiendo en su cuerpo? —Morales se quedó con la boca abierta, sabía que aquello no estaba en ningún informe oficial. Se incorporó un poco del sofá y la miró fijamente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aquel era el día que había estado esperando tantos años.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Va a contarme la verdad Inspector, estamos ante un caso en el que puede morir mucha gente si no lo evitamos. Toda ayuda es poca. Usted está retirado y el delito ya ha prescrito, que se sepa la verdad no es nada malo. —Morales se quedó pensativo, en el fondo había vivido con aquel peso toda su vida. La mirada de aquel joven presente en sus peores pesadillas. Igual esa era la única manera de descansar en paz.

—Comisaria, eran otros tiempos —miró para Costoya—, nos dijeron que tenía que ser algo rápido y que bajo ninguna circunstancia la iglesia podía salir salpicada con todo esto.

—Pero salía...

—Era la palabra del chico. Y luego está la desaparición de su hermano.

—Dígame que en eso no tuvieron nada que ver... —La miró sorprendido y muy serio, decía la verdad.

—¡No, en eso no!

—¿En qué sí, Inspector? —Qué lista era la condenada. La miró, llegaría lejos. Él ya estaba muy viejo para pelear.

—Ocultamos pruebas, huellas que implicaban a otras personas, no dimos credibilidad ninguna al testimonio del testigo, que perjuraba que había una especie de club secreto. No quisimos saber nada.

—Pero sabían que él no la había matado.

—Alguien tenía que pagar, yo no tenía nada en contra de él, pero estaba allí, intentando enterrar un cadáver, y estaba su ADN. Todo eso lo condenó.

—Y que obviarán el resto de huellas, pruebas, la llamada anónima...

—Era otra época, ahora hay mucho libertinaje, pero antes con la iglesia hemos topado, ahí no se podía entrar, y si entrabas te cortaban las alas.

—Y un buen pellizco. —El Inspector miró para Costoya, avergonzado.

—No se lo voy a negar, ahí todo el mundo puso el cazo.

—¿Quién, Morales, quién orquestó todo esto?

—Yo solo sé que ese obispo que murió y alguien que está mucho más arriba tenían mucho que callar. Y lo callaron a base de dinero.

—Y de meter a un inocente en la cárcel. Y crear un monstruo. Le diré lo que vamos a hacer. Cuando lo cojamos, antes de que cometa más asesinatos, usted hará una declaración contando todo esto con pelos y señales. Servirá para lavar la imagen de alguien, para encarcelar a los que aún siguen vivos y sobre todo para aprender. Sí, señor Morales, aprender de nuestros errores y no volver a hacer nunca algo así. Gracias por recibirnos y atreverse a contárnoslo. Puede que salve muchas vidas. —Se dieron la mano y salieron.

—Joder Paola, estás *on fire*, no se te escapa uno. Qué decepción, este hombre era todo un ejemplo.

—Ya ves que el vil metal es el que mueve el mundo, pero por desgracia hace muchos años que es así. Por eso es tan valioso encontrar a gente que no te venda y no se venda por dinero. —Le sonrió. Sabía que él nunca le traicionaría. De repente, esa preciosa melodía comenzó a sonar. Era Alba.

—Es un acróstico Comisaria. La frase de la cárcel.

—¿Un qué? —no tenía ni idea de lo que le decía.

—Unos versos que leídos de forma vertical u oblicua nos dan una clave.

—No jodas, ¿y qué es lo que pone nuestro acróstico o como se llame?

—*Innocentem*.

—Está claro. Inocente. Pues sí Alba, el chico era inocente, acabamos de confirmarlo. Morales ha confesado. ¿Algo más? Está la fecha... También confirmada como la fecha de la muerte de la chica.

—Luego hay referencias a un pagador, un ser superior, un maestro de marionetas, el que mueve los hilos, pero parece que no sabe realmente quién es. Es como si ese fuese el objetivo de su búsqueda. Y luego flores, muchas flores.

—¿Serías capaz de hacerme una lista con todas esas flores que pintó y lo que significa cada una de ellas?

—Por supuesto Paola, en un rato lo tienes —colgó. Le dieron ganas de llorar. Todo el tiempo era lo que les había querido decir. Era inocente. Y su verdadero objetivo no era que ellos lo supieran, sino que le llevaran a descubrir quién había sido el que realmente lo había encarcelado. El que movía los hilos. El que posiblemente también estuviese involucrado en la desaparición de su

hermano. Ahora el empujón final tenía que venir de parte de Modesto y Portela y sus investigaciones. Volvían a comisaría. Un vacío enorme se acababa de apoderar de su corazón. Se imaginaba a aquel chico, con apenas veinticinco años, encerrado entre presos peligrosos sin haber hecho nada, acusado de violación, con lo que eso supone. No le extrañaba que no quisiera hablar.

XXXIII. ALUNIZAJE

—¿A quién le toca hacer de poli bueno esta vez? —Portela estaba cansado de ser siempre el corderito degollado.

—A ver compañero, tú eres bueno, por lo tanto tienes que ser el bueno.

—Pues no estoy de acuerdo.

—Tú sígueme el juego y sigue utilizando esa cabecita que tienes.—Modesto puso una mano en la puerta de la joyería y ya vio su cara de susto. No le dieron tiempo a reaccionar.— Buenas tardes, somos los Inspectores Modesto y Portela.

—¿Querían algo?

—Sí, queríamos hablar con usted. Estamos investigando una serie de muertes ocurridas en el entorno eclesiástico y queríamos hacerle unas preguntas. —La joyería estaba desierta.

—Pero yo no tengo nada que decir.

—¿Prefiere que lo hagamos aquí, o mejor vamos a la comisaría? —la cara de Modesto no dejaba lugar a dudas.

—Mejor quedarnos aquí, pero es que no sé de qué me están hablando.

—Mire, señor...

—Rilo, Jesús Rilo.

—Señor Rilo, hay dos posibilidades, o bien que usted esté metido en el ajo, hasta el fondo, y entonces acabará en la cárcel o... —se calló y miró para Portela, este continuó la charla.

—...O tiene a alguien por encima que es para el que hace el trabajo, y entonces solo será culpable de encubrimiento.

—Yo no soy nada, ni una cosa ni la otra, se lo juro Inspectores. —Estaba sudando, lo sabían pero no le podían forzar. Modesto volvió a tomar la palabra.

—Volveremos, y la próxima vez lo haremos con una orden de registro y una acusación para llevarlo a comisaría. Piénselo bien —le dio una tarjeta con un teléfono—. Este es mi número. Buenos días, señor Rilo.

—Buenos días —cogió la tarjeta con la cara de haber visto un fantasma y no tardó ni un minuto en hacer aquella llamada. Esa que Alba estaría escuchando al otro lado gracias a la orden de pinchazo que acababa de conseguir Rubio. Portela no estaba del todo seguro de que fuera a funcionar.

—Aquí todo el mundo parece que esconde algo. Algo cada vez más turbio.

—Vayamos a ver al párroco. A estas horas debería estar en la casa parroquial.

Les abrió la puerta tras una larga espera y con cara de saber disimular muy mal. Se presentaron. Pasaron a una gran sala donde Don Tadeo tenía su biblioteca particular. Les ofreció unos cafés, a los que acompañó con unas ricas pastitas. Mientras Modesto procedía al interrogatorio, era

Portela el que se dedicaba a fisgonear entre aquellos viejos libros. Nunca se sabe dónde puede estar la verdadera clave.

—Don Tadeo, disculpe nuestra osadía en aparecer aquí sin avisar, pero lo que nos trae ante usted no es algo baladí ni sin importancia. Se trata de la muerte de dos compañeros suyos, uno de ellos el obispo y otro el rector del Seminario Mayor junto a otra chica. Supongo que está al tanto.

—Por supuesto Inspector, veo las noticias.

—Bien, tenemos la impresión de que hay algo que se nos escapa y tiene que ver con ese club secreto al que ustedes pertenecían cuando formaban parte del Seminario Mayor. —La cara de estupor del Padre era el reflejo de su sangre helada.

—No sé de qué club me están hablando, pero si lo había yo no pertenecía a él.

—¿Me deja ver su muñeca Padre? —Portela intervino.

—No sé por qué tendría que hacer eso, pertenece a mi intimidad. —Mientras miraba a Portela, Modesto aprovechó para agarrarle la mano y levantarle el puño de la camisa. Allí estaba, para todos, ese símbolo, pero encima tenía una especie de extraño escarabajo. El Padre Tadeo se desembarazó de su mano y se levantó enfadado.

—¿Pero qué está haciendo? Fuera de mi casa, si quieren tendrán que venir con una orden o acusarme de algo en concreto. —Les acompañó a la salida y les cerró de malas maneras.

—Joder, qué carácter. Todo por meterle un poco mano. ¿Y qué es lo que tenía nuestro querido Padre Tadeo en su brazo? —Modesto estaba pensativo.

—Era una especie de escarabajo y debajo el símbolo del trece.

—Pues ni idea, al menos sabemos que efectivamente pertenece al club.

—Si es que existe el club, amigo, que nadie lo confirmó aún, todo son suposiciones nuestras. En fin, vamos a llamar a la Comisaria y que nos diga qué es exactamente lo que quiere que hagamos.

XXXIV. ACOSO

Acababa de colgar el teléfono después de hablar con Modesto. Sabía que tanto Tadeo como Franganillo estaban salpicados hasta las orejas. Alba le había pasado el audio con las grabaciones. La primera llamada de Rilo, el joyero, había sido a su jefe. Este le había dicho que no dijera nada, sino ya sabía lo que había, palabras textuales, y que se encargara de avisar a Tadeo. Estaba claro que había algo muy gordo que no querían contar. Modesto y Portela intentarían sacarle algo al excompañero de Rosendo, solo con la confesión de alguno de aquellos trece podrían saber la verdad.

Ella y Costoya iban de nuevo a Monforte. El objetivo era visitar al párroco Tomás y a la familia de la mujer muerta hacía treinta y tres años. Intentar sacar algo de luz ante tanta oscuridad. Pronto se acercaría la noche y estarían en el sexto día. La cuerda era cada vez más y más corta.

Lo que más le extrañaba de todo es que Milo había encontrado un pelo con raíz en el zulo y eso no era normal, hasta aquel día el Guardián había sido muy cuidadoso y tenía claro que todo lo que hacía lo hacía por algo. Pese a su silencio, durante tantos años, recordaba muy bien cómo a ellos sí les había hablado en el castro de Iria Flavia. Cómo las pistas les habían llevado a salvar a Iria porque en realidad en ningún momento formaba parte del plan, solo era un reclamo. Lo único que quería aquel asesino de las flores no era otra cosa que justicia. Pero justicia para todos. No sabría decir por qué pero estaba segura de que aquello no era un despiste. No tardarían mucho en saber si había alguna coincidencia. Poco importaba porque ya sabían que era él, Michel Herrero, el Guardián de las Flores.

Llegaron a la casa de Tomás, párroco de Mondoñedo. Llamaron a la puerta, pero nadie les contestó. Fueron a la iglesia y tampoco lo vieron. Una de las personas que se encargaba de la limpieza del recinto les dijo que a esas horas solía dar su paseo diario y que tardaría al menos una hora en volver. No desistieron, decidieron visitar a su segundo objetivo, se trataba de los padres de la chica que había resultado muerta aquel fatídico mes de junio de 1980. Les abrió la puerta una señora ya muy mayor.

—Disculpe, ¿es usted Flora García? —Paola intentó poner la cara más angelical que tenía.

—Sí, yo soy —miró para Costoya—. ¿Y ustedes quiénes son?

—Somos policías, señora, ¿podemos pasar? —Por un momento dudó, pero al ver sus placas recorrió la cadena y abrió la puerta.

—Perdónenme, pero no suelo recibir visitas, y más de la policía. Siéntense por aquí, ¿quieren tomar algo?

—No, no se moleste, por favor, no tardaremos mucho. —Se sentó y se quedó mirando para Paola.

—Sabemos que en 1980 perdió usted a su hija, ¿es así?

—Sí, es así, ese monstruo me quitó a mi niña. —Los ojos se le humedecieron.

—Estamos investigando una serie de asesinatos en la actualidad y creemos que se trata del mismo asesino, así que obtener datos de cómo se produjo su muerte puede ayudarnos a cogerlo.

—Sé que ese loco está suelto. Deberían tenerlos allí de por vida, y no dejarles salir, sobre todo después de lo que le hizo mi niña. Mi marido, en paz descanse, murió triste, tal y como quedó el día que se nos fue y nos quitaron a nuestro nieto. —Paola por un momento se dio cuenta que algo se le estaba escapando.

—¿Quiere decirme que su hija Aurora tenía un hijo y que también desapareció?

—Sí, señora, todo ocurrió durante aquella maldita época.

—¿Y la policía?

—Bastante tenían con el asesinato, dijeron que seguramente se habría ido con su padre y ante eso no podían hacer nada.

—Pero ¿quién era su padre?

—No lo sé, Aurora nunca nos lo dijo, a pesar de dar a luz aquí nuestra relación era mala.

—Pero ella sí lo sabía.

—Supongo, solo sé que era alguien con dinero, porque ella siempre me decía que al niño nunca le faltaría de nada.

—¿Cuántos años tenía su nieto?

—No llegaba a un año. Cuando nació era tan bonito. —Agachó la cabeza. Cuánto había sufrido aquella mujer.

—Los días o meses antes de que pasara lo que pasó, ¿notó algo raro en su hija?

—Rara ya era, no vivía en casa, en cuanto empezó la universidad cogió un piso con una amiga en Santiago. Decía que aparte de estudiar tenía trabajo, que le pagaban bien, pero las malas lenguas hablaban. Su padre no podía soportarlo.

—Quiere decir que tenía mala vida.

—Era puta, señorita, vendía su cuerpo. —Se echó a llorar.

—Y no lo escondía...

—No, nunca lo hizo, era su forma de ser, nada le importaba... —Costoya intervino.

—Disculpe Doña Flora, ¿le suena que tuviera relación con alguno de estos? —Le enseñó las fotos de Rosendo, el rector, el vicerrector, Santiago y los párrocos.

—Son casi todos curas. No sé qué decirle. Este de aquí me suena de algo. —Señaló a Varela Alvar, sobrino del obispo y fallecido—. Pero puede ser de cualquier otra cosa. Tendrán que perdonarme, pero ya les digo que ella no vivía aquí, nosotros no sabíamos nada. Cuando se quedó embarazada estuvo unos días, y también después de dar a luz, y nadie vino a visitarla.

—¿No tenía amigas?

—Pues sí, la chica que estudió con ella, se llamaba Sara, no sé los apellidos, pero estudiaron juntas en el instituto de Mondoñedo; después compartieron piso en Santiago, quizás ella pueda ayudarles mejor que yo.

—Muchas gracias por su tiempo y siento mucho lo de su marido. Y lo de su nieto.

—Sabe, siempre pienso que algún día llamará a ese timbre. Pero se me acaba el tiempo. —Se levantó y los acompañó a la salida. Bajaron las escaleras en silencio. Cuando llegaron abajo, Paola llamó a Alba.

—Niña, necesito que me localices en la promoción de instituto de la fallecida, aquí en Mondoñedo, a una tal Sara que parece ser que era muy amiga de ella. Necesitamos su dirección, teléfono, lo que puedas conseguir.

—De acuerdo Paola, una cosa, antes de nada, tengo los resultados del registro de llamadas recibidas por Flavia aquel 23 de julio.

—Sorpréndenos.

—La llamada proviene de la Plaza de la Inmaculada en Santiago de Compostela.

—¿Y qué hay allí cariño mío?

—La Archidiócesis de Santiago. —El silencio se hizo en la línea a ambos lados. Paola suspiró.

—No me jodas Alba.

—Lo peor no es eso Comisaria, es que ha vuelto a recibir llamadas desde el mismo número hoy mismo.

—Necesito que te enteres de quién tiene acceso a ese teléfono. Parece que tendremos que ir por allí de visita también. Gracias Alba.

—De nada, me pongo ahora mismo con eso y te mando la dirección.

Aquello se complicaba, ¿por qué alguien desde la archidiócesis querría amenazar a Flavia y su familia? No encontraba respuestas que no le llevaran a las cloacas del ser humano. Tenía que ser muy gordo lo que había en aquel Club de los trece para que se la jugaran de esa manera.

Volvieron en busca del párroco. Seguía sin aparecer. Paola empezó a preocuparse. Decidieron parar en un bar a tomar un café y poner las cartas encima de la mesa. Si el origen de esa llamada era la Archidiócesis, muy posiblemente la persona implicada en la muerte de Aurora y el encarcelamiento de Michel estaría entre aquellas cuatro paredes.

Se pidió una clara de limón, estaba agotada y su cuerpo le decía que la regla estaba a punto de hacer acto de presencia. Costoya la conocía, sabía que no se encontraba bien.

—Comisario, ¿no será mejor que esta noche nos quedemos aquí, no la veo yo a usted...?

—No podemos permitirnoslo, pero gracias, me tomaré una pastilla ahora y se me pasará. Y tú con esa pata quebrada no puedes conducir así que no insistas.

—Quizá estemos perdiendo el tiempo buscando en el pasado.

—Puede ser Costoya, pero tenemos que intentarlo todo, estoy segura de que nuestro asesino quiere que descubramos algo, y si lo hacemos evitaremos que esas personas mueran.

—También lo evitaríamos si lo cogiéramos. Esperemos que mañana los Geos tengan más suerte en el Eume.

—Lo dudo Inspector, es demasiado listo. No lo sé. —Se puso una mano en la sien.

—La tercera opción es descubrir qué es lo que quiere hacer con esos once y dónde.

—Se supone que todos los párrocos tienen ahora mismo vigilancia, por ahí lo tendrá más difícil, pero es que siempre se sale con la suya. —Le llegó un mensaje de Alba, lo leyó y marcó un número de teléfono. Le hizo una seña a Costoya con la cabeza.

—Buenas tardes, ¿Sara?... Sí, soy la Comisaria Gómez. Necesitamos verla, estamos investigando el crimen de una persona que conocía en 1980, Aurora, nos ha hablado de usted su madre, Flora. —Paola asentía, apuntó una dirección en la servilleta—. Vale, en un rato estamos ahí. Gracias por su amabilidad. —Colgó.

—Tengo un pálpito Costoya, esta chica sabe algo. No me preguntes por qué. Pero vámonos. No está lejos de aquí y nos coge de camino. Dirección Villalba.

Eran las siete de la tarde del quinto día. El reloj de arena empezaba a correr demasiado rápido y las posibilidades de salvar a todas esas personas eran cada vez menos. Entre la caña, la pastilla y la nueva pista le había pegado un subidón, le iba a hacer falta.

XXXV. FRANGANILLO

De vuelta a A Coruña, a Modesto y Portela no les costó mucho encontrar la joyería en la que trabajaba José Luis Franganillo. Estaba en plena calle Real, no demasiado lejos de la Jefatura. Eran las siete de la tarde. Se presentaron.

—¿José Luis? Somos Modesto y Portela, Inspectores de policía, ¿podríamos hablar un segundo? —La cara del exseminarista denotaba cierto nerviosismo, pero intentó aplacar los nervios. Llamó a su mujer, que estaba en el taller para que se ocupara de atender la joyería, y les hizo pasar a la parte de atrás.

—Disculpen, no es quizás muy acogedor.

—No importa, para hablar es suficiente.

—Ustedes dirán, en lo que yo pueda ayudarles...

—Estamos seguros de que sí. Estamos investigando una serie de crímenes relacionados con el mundo eclesiástico, en concreto con Rosendo y toda la gente que como usted coincidió con él hace treinta y tres años.

—Sí, bueno, lo vi en las noticias. Es cierto que coincidí con él, pero al final decidí no hacerme sacerdote. —Portela intervino.

—¿Le puedo preguntar por qué? —Aquello dejó descolocado al joyero.

—Bueno, no sé, ese último año... —Titubeaba, y eso no les pasó desapercibido— pasaron cosas y...

—¿Qué tipo de cosas pasaron ese año y los anteriores en el Club de los trece? —Franganillo se quedó callado, sin poder articular palabra. Por un momento todo lo que había vivido entre aquellas paredes se le vino encima. Se dejó caer en una silla.

—Verán, hace un año y pico vino hasta aquí un hombre. Al principio no lo conocía. Estaba extraño, distinto. Se acercó a mí y me dio una carta. Era un antiguo compañero de seminario. Su nombre, Miguel Herrero. Tuve mucho miedo. Ese hombre... pagó por algo que no hizo. En la carta amenazaba a mi familia, a mí, aunque eso es lo de menos, solo tenía que hacer un par de trabajos y nos dejaría en paz. Se lo debía, decía.

—¿Y qué es lo que hizo?

—Tenía que encargar unos pendientes a cerámicas de O Castro en un día concreto y tenían que ser Santiago y su hija quienes los llevaran. Ella trabajaba en una joyería de mi propiedad, en Iria Flavia. Avisé a Rilo, el dependiente, y cuando le llegaron los pendientes la chica se puso en contacto con el comprador y él ya hizo el resto. Luego vi en las noticias cómo Santiago había muerto y su hija finalmente apareció. A partir de aquí me dejó en paz.

—Cambió su vida por la de Santiago...

—¿Y qué querían que hiciera?

—Avisar a la policía, pero así se descubriría todo el pastel, ¿no? —Franganillo lo miró. Agachó la cabeza.

—Santiago estaba con Miguel la noche que iban a enterrar a Aurora, aquella chica. Llevaron el cadáver al camposanto, pero Santiago aprovechó un momento de despiste para irse, llamar a la policía y escapar. Estaba todo planeado para que pagara el que menos tenía que pagar.

—¿Quiere decir que Santiago fue el primero en traicionarlo?

—Sí, realmente solo era el gancho. Michel era el patito feo del grupo, el que utilizábamos para los trabajos sucios. El típico que no dejas formar parte de tu club pero él quiere entrar sí o sí y hará lo que sea para entrar. Ese era Michel. Por eso cuando aquella chica murió... —No pudo seguir hablando, se le puso un nudo en la garganta—. Cuando ella murió y se cansaron de hacerle cosas horribles, lo utilizaron para cargar con el muerto.

—Nunca mejor dicho, ¿quién la mató?

—Eso se lo diré si me promete que mientras ese loco esté suelto me protegerán a mí y a mi familia.

—Se lo aseguro.

—Quiero verlo Inspectores, si quieren que hable necesito seguridad.

—Hagamos una cosa. Déjenos la carta para analizarla. Usted cierra la joyería y mandamos una patrulla que los trasladarán a todos a dependencias de la Jefatura y allí le cuenta todo el resto a nuestra jefa, ¿le parece?

—Me parece bien.

—Una última cosa, ¿por qué avisaron a Tadeo de que estábamos detrás de todo esto?

—En cuanto salga a la luz estamos todos en peligro. Tadeo es mi amigo. Tenía que avisarlo.

—Muchas gracias Franganillo, haya hecho lo que haya hecho en el pasado ahora puede ayudar a hacer justicia y evitar la muerte de otras muchas personas. —Se despidieron, Modesto llamó a la comisaría para que enviasen una patrulla y luego los trasladasen a Jefatura. Parecía que por fin empezaba a verse la luz.

XXXVI. SARA

Los recibió en su casa. Sara era una mujer de cincuenta y seis años. Aún conservaba la belleza prácticamente intacta. Tenía una mirada penetrante y directa. Les hizo pasar al salón y se sentaron.

—Disculpe que le molestemos a estas horas pero nos urge saber algo más de Aurora, y Flora nos ha dicho que eran amigas. —Paola la miraba sin pestañear.

—Sí, fuimos muy amigas. Nos distanciamos un poco justo en aquel año, pero aun así éramos uña y carne. Miren, supongo que piensan que el asesino ese de las flores tiene algo que ver con todo esto, y claro que lo tiene. Lo que pasó aquellos días no tiene nombre. Nosotras estudiamos juntas aquí en el instituto y luego compartimos casa en Santiago mientras estudiábamos. Ella era una chica especial, tenían gustos caros, le gustaba la fiesta, el desenfreno, y el dinero no le llegaba ni para pagarse la matrícula. Empezó a hacer servicios, ustedes ya me entienden. Le pagaban bien y le daba para vivir holgada, tener sus caprichos. Pero lo que era puntual empezó a ser diario y su carácter empezó a cambiar. Me decía que iba a unas reuniones privadas, que le pagaban bien, que se divertía. Al principio. Poco a poco la cosa se fue de madre, ella se dejó ir, los ochenta, el aperturismo, dinero fácil, empezaban las drogas, el caso es que no era capaz de salir de allí.

—¿Del Club de los trece me quiere decir?

—Yo del nombre me enteré después. Ella era muy reservada con eso, no contaba con nadie. Pero un día se quedó embarazada, fue un palo, siguió estudiando y solo se fue a Mondoñedo los días anteriores y posteriores al parto. Empezó a faltarle al dinero, al no poder ejercer. Pero no tardó en volver con el niño. Así que cuando se iba por las noches yo me encargaba de aquel niño.

—¿Sabía quién era el padre?

—Al principio solo lo intuía pero al final no tuve dudas.

—De uno de los seminaristas quiere decir.

—Sí, ella conocía a Ramiro desde niños, siempre tuvieron una relación especial. Nunca me lo confirmó, pero por lo que pasó después, era su hijo.

—Cuando dice Ramiro se refiere a Rosendo de Alvar, supongo.

—Sí, aunque se cambiara el nombre para nosotras era Ramiro. Como le decía, empezamos a distanciarnos, yo quería acabar la carrera, pero cuidando del niño y todo eso me era imposible. Le llamé la atención, me dijo que no me metiera en sus cosas, el caso es que al día siguiente ya no estaban ninguno de los dos.

—Se fueron así, sin decirle nada.

—Así era Aurora, hacía lo que quería siempre, no le importaban los demás. El caso es que dos días después me llamó. Me dijo que tenía miedo. Que si le pasaba algo a ella me ocupara del niño.

—Pero no lo hizo... —Sara empezó a llorar.

—Ramiro vino a verme. Me dijo que había dos maneras de arreglar aquello, una por las malas y otra por las buenas, me ofreció dinero, mucho dinero, y no pude negarme. Ahí la egoísta fui yo. Me arrepentiré toda la vida.

—La compró. Y se quedó con el niño.

—Sí, no fui la única a la que compraron.

—Pero si sabía que ellos la habían matado...

—Ramiro me convenció de que había sido un accidente, que se había pasado con las drogas, pero que lo tenían todo controlado.

—Tan controlado como para cargarle el muerto a otro.

—Llevaban años con aquellas perversiones, ¿creen que los de arriba no lo sabían, que no los cubrían? Aquí está de mierda todo el mundo, incluso ustedes, la policía, había mucho dinero de por medio para comprar voluntades.

—No se lo niego, aunque me gustaría llegar al fondo de todo esto.

—Ramiro solo me dijo que había mucha gente implicada.

—¿Declararía todo esto si la llamamos?

—Por supuesto. Una pregunta, ¿saben qué fue de ese niño? —Por un momento un chasquido recorrió el cerebro de Paola, el niño, «el sobrino del obispo heredero de secretos», aquella frase del libro de García Márquez, era Varela Alvar. Por eso lo había matado, aquel niño era el hijo del obispo Rosendo, no su sobrino. Ahora todo encajaba. «El parto de un niño no deseado». Aquel desgraciado la había dejado embarazada, la habían matado y se había quedado con su hijo de la única forma que podía hacerlo: comprándolo, falseando su identidad y colocándolo cerca de él. Por algo a Flora, aquella pobre mujer, solo le sonaba la foto de Varela Alvar, era su nieto. Sintió una tristeza inmensa.

—No lo sabemos Sara, pero lo averiguaremos. Muchísimas gracias por su tiempo.

En el coche, camino de vuelta a casa, fue compartiendo todo lo que pensaba con Costoya. A mitad de camino su móvil empezó a sonar, lo puso en manos libres.

—Dime Modesto.

—Comisaría, tengo buenas y malas noticias, ¿por dónde quiere que empiece?

—Por las malas Inspector, por las malas.

—Han secuestrado a Franganillo. En nuestras narices. Se lo ha llevado.

—¿Pero cómo ha podido ser? Dios... —A Paola le iba a dar algo.

—Hablamos con él y prometió contarle todo en la comisaría si lo protegíamos, a él y su familia. No me diga cómo, pero aquel desgraciado tenía que estar esperando a que nos fuéramos, se lo llevó antes de que llegaran las patrullas. Su mujer dice que salió a por tabaco, pero no volvió.

—Joder, ¿y dónde está la buena noticia Modesto?

—La buena es que algo nos contó antes de desaparecer. Si quiere se lo cuento cuando vuelvan.

—Hazme un resumen que no sé qué haré con mi vida. —Le escuchó y confirmó lo que ya sabía. Las muertes estaban relacionadas. Aquel joyero había sido vital en la muerte de Santiago. Y que todo aquello se había movido en base a la extorsión y el dinero. Los puntos que le faltaban de la investigación de las trece camelias ya le encajaban en el puzle. Estaban más cerca, pero solo les quedaban poco más de veinticuatro horas para que cumpliera su palabra.

XXXVII. LA NOCHE

A pesar del subidón, el dolor no remitía. Decidieron que era mejor que fuera Costoya a la comisaría, recabara todo lo que tenían y los disolviera hasta el día siguiente, el sexto día. Ella necesitaba descansar, necesitaba sentarse con sus ideas, intentar plasmar todo en un papel y dibujar un plan para mañana. Si todo era como creía, no habría otra noche más, no habría otro día siguiente, solo les quedaba aquel.

Llegó a casa, se dio una ducha rápida y se puso su camisón de franela. Se dio cuenta que era casi tan maniática como Costoya y su chaqueta inmortal. El timbre de la puerta sonó. No quiso ser desconfiada pero la cosa no estaba como para andarse con tonterías. Cogió el arma y abrió la mirilla. Era Rafa.

—¡Rafa! ¿Qué te trae por aquí? ¿No has visto a Costoya?

—Precisamente, Comisaria, me dijo que no estabas muy bien y quería hablar contigo.

—Pasa, la verdad es que no estoy muy bien, no te lo niego. —Se sentaron en la mesa de la cocina.

—¿Café, Rafa? —Lo miró, parecía distraído.

—Sí, por favor, lo agradezco. Entre tanta historia tengo la cabeza hecha un bombo. Lo que sí tenemos, y por eso venía, son las doce flores que Michel pintó en su celda, y el significado de cada una de ellas. —Le pasó un folio arrugado que Paola leyó con sumo interés. Pasados unos segundos se levantó, preparó los cafés y se volvió a sentar.

—Tampoco es que nos diga mucho, tenemos doce flores, con doce significados...

—Y mañana once personas que dice que morirán. Falta una. Está claro que algo se nos escapa, pero el número clave, y le he dado muchas vueltas, tiene que ser el doce. Veamos, en el club eran trece, pero porque contaban con el líder, el que lleva el cetro, ¿recuerdas? Rosendo y doce más. Uno de ellos, Tadeo, al que han visitado Modesto y Portela, tiene un escarabajo junto al símbolo del trece. Estoy seguro de que cada uno de ellos tiene un símbolo y una flor que los representan. Pero son siempre doce. ¿Por qué nos quiere hacer creer que en esta ocasión son once?

—Entiendo que por la muerte de Santiago, en realidad ya ha matado al cabecilla y a uno de los «apóstoles».

—Es una posibilidad Comisaria, pero viendo cómo le gusta jugar tiene que haber algo más. Creemos que las personas a las que mañana pretende sacrificar son Franganillo y los nueve párrocos. ¿Aun así no te das cuenta de que falta una persona?

—Es imposible adentrarse en la mente de este loco, te recuerdo que todo son suposiciones nuestras...

— Confirmadas ante el secuestro de Franganillo... —Aquello dejó a Paola descolocada, todo se estaba retorciendo de una manera demoníaca.

—Pero tenemos patrullas vigilándolos.

—Yo no soy policía Paola, pero este tío es muy listo, se las sabe todas y estoy seguro de que se los está llevando a algún sitio, a ese lugar de la leyenda que no conseguimos desentrañar. Hoy hemos estado en el Monasterio de Monfero, en el Torreón de Pontedeume, hemos ido a Moeche, al Castillo de la Palma, nada de nada. Leyenda tras leyenda, derrota tras derrota.

—No sé qué decirte Rafa, estoy muy cansada, necesito centrarme, ordenar las ideas, mañana no podemos fallar, si lo hacemos morirán. —Él la miró profundamente, estaba cansada, pero no era insensible, le sonrió.

—Es una pena conocernos en estas circunstancias, Paola. —Volvió a mirarla, ella pensó que si forzaba acabarían en la cama, pero ni era el día ni tenía ganas de que Costoya los pillara.

—Rafa, las cosas son como son, el destino supongo que pone las cosas en nuestro camino, luego somos nosotros los que tomamos las decisiones. A veces la casualidad y la suerte juegan un papel muy importante, demasiado. —Le dio un sorbo al café, que estaba ya templado.

—¿Nunca te ha pasado que conoces a alguien y crees que ya lo conocías de antes, como si hubieseis estado juntos toda la vida? —Recordó aquella sensación, para ella agri dulce.

—Sí Rafa, pero no siempre acaba bien. —Lo miraba a los ojos.

—Ojalá mañana estemos aquí celebrando que hemos cogido a ese capullo.

—Ojalá, mientras tanto tenemos que seguir rebanándonos el coco. Te agradezco muchísimo lo que estás haciendo. No eres policía, pero te comportas como un verdadero profesional. —Rafa le dio un último sorbo al café.

—Gracias Comisaria. Viniendo de ti es todo un cumplido. —Miró el reloj—. Bueno, y va siendo hora de marcharme que mañana toca diana temprano. —Se levantó y le dio un abrazo fuerte y dos besos—. Lo vamos a pillar Paola, aunque sea lo último que hagamos. —Le apretó la mano y se fue marcha atrás hacia la puerta.

Vio cómo Costoya entraba y miraba hacia atrás señalando. Le sonrió picarón. Ella le devolvió la sonrisa haciéndole un gesto con la cabeza. El Inspector se sirvió un café y se sentó.

—Me iba para la cama Costoya, eres el segundo hoy.

—Así que el Rafa este te está haciendo el cortejo. —Se rio por lo bajo.

—Mira, el único cortejo del que entiendo es el de mis sábanas cuando pille la cama, y te equivocas, el hombre venía a traermé los significados de las flores...

—Sí, que por otro lado yo me ofrecí a traerte de vuelta a casa, pero insistió en pasarse a ver cómo estabas.

—Parece un buen chico, la verdad.

—Lo parece, pero lo acabamos de conocer y no quiero que nadie te haga daño. —Paola le puso una mano en el brazo. Era lo más parecido que tenía a un padre ahora mismo.

—Gracias Costoya. Sabes que, a mi modo, pero te quiero. Me voy a la cama antes de que llegue el dúo dinámico y no pueda irme por nunca jamás. Mañana ponemos las cartas sobre la mesa. Es el sexto día, mucho me temo que utilizará la madrugada del sexto al séptimo para cumplir su amenaza.

—No lo permitiremos Comisaria. Descansa.

—Gracias. Eso intentaré.

Se metió en la cama pensando en Flora, en la difunta Aurora, en Sara, en los doce apóstoles, en los once que iban a morir, en el obispo y su sobrino que realmente era su hijo. En Michel y su hermano desaparecido, en Santiago, Flavia e Iria. En toda la gente que estaba sufriendo con todo aquello. Tenían que hacer lo imposible para cambiarlo.

XXXVIII. TENEMOS UN PLAN

Se levantó muy temprano, antes que sus compañeros. Se calentó el café. Se sentó con su camión de franela después de encender la radio. No podía ser. Aquel día no. Como si de una señal se tratase sonaba el *Carrie* de Europe. No pudo aguantar las lágrimas. Una montaña de recuerdos se le vino encima como una avalancha. No sabía si estaba preparada para aquello, como decía la canción «Maybe will be again». Otra vez, y otra vez, así era su trabajo, pelear contra los malos una y otra vez. De repente se dio cuenta de que en el quicio de la puerta estaba Modesto mirándola. Admirándola, más bien.

—Buenos días Paola, ¿Qué tal ha descansado?

—Qué susto Modesto, pues bueno, no sé qué decirte, poco pero bien, supongo.

—No se preocupe, todo va a salir bien. ¿Quiere unas tostadas?

—Pues ya que estás... Y de paso cuéntame un poco de ayer noche.

—No sé cómo pudo pasar. Franganillo cedió casi a la primera, no hizo falta ni presionar. Nos contó cómo Santiago dejó tirado a Michel en el cementerio y cómo llamó a la policía. Nos contó cómo después volvió a aparecer el año pasado y los amenazó a él y su familia si no hacía algo por él, encargar esos pendientes y tenderle la trampa a Santiago y su hija. Ahí empezó nuestro Guardián de las Flores, la génesis de una venganza. El resto ya lo sabe, quedamos en que nos lo contaría en comisaría, pero no le dio tiempo, poco después de irnos salió a comprar tabaco y ya no volvió. Sí, parece de risa, pero es verdad.

—Lo que no entiendo, Modesto, es que si el Guardián lo que quiere es que todo esto se sepa y salga a la luz, por qué no dejar que este hombre hable... No lo entiendo, suponiendo que él lo halla secuestrado, claro. El párroco de Mondoñedo, Tomás, ayer por la tarde tampoco fuimos capaces de dar con él, me da mala espina.

—Ya me dijo Costoya que vosotros conseguisteis hablar con la madre de la difunta y una amiga suya.

—Sí, y encajamos algunas piezas. La chica tenía un niño de casi un año de edad, ese niño también desapareció según los padres, pero la realidad es que se lo llevó su padre, y su padre era Rosendo de Alvar. Todo apunta a que su hijo era Varela Alvar, el también difunto rector del Seminario Mayor.

—Lo hizo pasar por hijo de su hermana para preservar su puesto y lo colocó en la iglesia. Como táctica no es mala.

—Y se encargó de untar a mucha gente, lo que no entiendo es cómo, porque tampoco es que sea de una familia boyante y en aquel momento solo era un seminarista más.

—Espero que hoy salgamos de dudas Comisaria.

—Poniéndonos en las malas, Modesto, puede ser nuestra última oportunidad.

—Tenemos que aprovecharla. En fin, ahí le van las tostaditas.

—Y hazme un favor, ¿puedes levantar a esos dos vagos? Hoy tenemos mucho que hacer...

—A sus órdenes jefa.

Desayunaron convencidos de que no sería la última vez que lo harían. Lo cogerían. No podían perder esta oportunidad. El sol seguía reinando en el cielo coruñés, aunque el frío mañanero hacía que una chaqueta se hiciese indispensable, aunque fuese para cruzar aquel escaso kilómetro. Se cruzaron con Milo y Rafa que venían en animada conversación y juntos llegaron a su cueva. Fernández y Alba ya los estaban esperando. Hoy con cafés y bollería para todos. La mejor forma de empezar la mañana.

—Bueno chicos, buenos días, todos pensamos que hoy es el día, creemos que como en anteriores ocasiones aprovechará la noche del sexto al séptimo día para cumplir su palabra. Sí, ya sé que son solo suposiciones, pero hasta ahora aunque tarde hemos sabido dar siempre con sus intenciones, espero que hoy sea exactamente lo mismo pero que lleguemos antes de que mate a esas personas. Solo os pido lo que hacéis cada día, dejados el alma en lo que hacéis. Eso será suficiente para dar con él, no tengo duda. Vamos por orden, Milo, ¿cómo llevas lo del ADN encontrado en el zulo y la carta de Franganillo?

—El ADN me llegará esta tarde Comisaria, y en la carta las únicas huellas que hay son de Franganillo y su familia. Si me permite ayudaré a Alba y el resto con el tema de las leyendas mientras no tengamos otra cosa.

—Te lo agradezco mucho, toda ayuda es poca. Y tenemos mucho volumen. Centraos en historias de once, doce o hasta trece personas. —Miró para Rafa y le sonrió—. Alba, ¿tienes la lista de personas del arzobispado con acceso al teléfono desde el que llamaron a Flavia, la mujer de Santiago?

—Sí, pero no sé si le va a gustar. Es el teléfono privado del despacho del arzobispo. —El silencio se hizo en la sala. Paola echó un rato pensando paseando de un lado al otro.

—Vale, llama al arzobispado, díles que no solo vamos allí, sino que necesitamos hablar con el arzobispo y que once vidas dependen de ello.

—Lo haré, aunque ya sabe cómo son...

—Díales que si no conseguiremos una orden y no creo que eso les convenga.

—Lo intentaré Paola, y seguiré con las leyendas y los foros ocultos de internet.

—Muy bien, Rubio hará esta mañana una batida al Eume, ojalá lo encuentren pero dudo mucho que esté allí. Preparémonos para el no. Modesto y Portela iréis a visitar a Andrés, párroco de Pontedeume, me han dicho que es un poco el cabeza visible de toda la zona, si hay algo raro él debería saberlo y es uno de nuestros nueve señalados. Si no lo encuentran vayan a ver al de Monfero, y así sucesivamente, tenemos que protegerlos. Me temo que no están a salvo.

—Eso haremos jefa. —Contestó Portela porque Modesto estaba muy ocupado comiendo bollos.

—Fernández y Rafa tenéis una cita esta tarde con el viejo párroco. Me temo que va a ser una de nuestras últimas oportunidades. Seguid dándole vueltas a los doce apóstoles, las doce flores... todo eso. —Miró para Costoya que estaba en su mundo gastronómico—. En cuánto a zampabollos y a mí —todos rieron—, nos vamos primero al arzobispado a intentar saber qué es lo que nos están ocultando y a ver a la familia de Varela Alvar y que nos confirmen que este era hijo del obispo Rosendo. Al fin y al cabo, un niño robado. Nos vemos todos a mediodía para compartir conclusiones y darle el último espaldarazo a todo esto. Y que Dios nos coja confesados.

Por un momento las nubes se habían apoderado del cielo de Compostela, como presagiando lo que estaba por venir. No muy lejos de la catedral estaba la Archidiócesis de Santiago. Les recibió

uno de los miembros de la curia. Sabían que vendrían, seguramente antes incluso de que Alba los llamara. Subieron al piso superior, allí esperaron sentados en unas sillas antiguas que se hacían eco de la austeridad hacia fuera que intentaban proponer. Sabía que por dentro no sería igual. Estaba nerviosa, se les acababa el tiempo y aunque todo empezaba a cuadrar seguía sin ser capaz de verlo claro. Lo que no sabía Paola es que los hechos a veces persiguen a los pensamientos. La puerta se abrió y salió a recibirlos Monseñor Castro, arzobispo de Santiago, por lo tanto la cabeza visible de la iglesia en Galicia.

Pasaron a un salón inmensamente amplio, para nada austero, en el que se veía que aquel hombre mayor, hacía su vida. Les miró cargado de una tristeza extrema en sus ojos y empezó a hablar. Aquel hablar lento y anodino que habían cogido como costumbre todos los miembros de la alta curia.

—Supongo a lo que han venido señores. —Volvió a mirarles con tristeza—. No voy a dar rodeos, ni siquiera intentar mentirles. Llevo años amargado, con este peso encima que no soy capaz de sacarme. Años mintiendo y pagándole a gente para que mienta por mí. Esta mañana al levantarme y leer los periódicos me he dado cuenta de que muchas personas dependen de mí, esas que dicen que van a morir, pero también esas que confían en mí como faro de la iglesia. ¿Qué tipo de ejemplo les daría si no confesase la verdad? Arrepentirse es uno de los dogmas del cristianismo. Y lo estoy señores, y mucho. —Paola, con una sensación de alivio tremenda en el cuerpo, empezó el interrogatorio.

—Señor Castro, ¿qué fue exactamente lo que pasó aquellos días de junio de 1980? —A sus setenta y cinco años al arzobispo le costaba arrancar.

—Era mi primer año como obispo de la diócesis de Santiago, era muy joven, el más joven en llegar al puesto. Estaba pasando una época difícil. No siempre somos lo que parecemos. Y surgió aquel curso. Era el último mes, los que se decidieran a dar el último paso pasarían ya a pertenecer a la familia de párrocos, los que tuvieran dudas era el momento de apartarse. Mi labor en esa semana era hacer un filtrado, hablar con todos, juntos y por separado. Rosendo era el mejor, tenía carisma, liderazgo, mando, y era extremadamente inteligente, pero a la vez demasiado seglar para muchas cosas. El problema es que la tentación nos llega a todos de alguna manera. Algunos de mis compañeros son capaces de saciar ellos solos el fantasma del deseo, pero la mayoría no, somos personas señores, no lo olviden. —Costoya intervino.

—Pero deben una obediencia a Dios, y con él la castidad.

—No es tan fácil, si hiciésemos todo lo que está en la Biblia, todo lo que se debería hacer, seríamos santos y no personas. Yo no era ningún santo, Inspector, así que cuando Rosendo, en nuestra conversación personal fue capaz de llevarme a su terreno y analizarme, supo que tenía un aliado. Me invitó a ir a una de sus reuniones. —Hizo una pausa que a Paola se le hizo eterna—. Al principio no había nada excesivamente incorrecto: comida, bebida, algunas drogas blandas, y alguna chica. La tentación era muy fuerte. Y caí en ella. Era la semana de San Juan, lo recuerdo bien. Ellos le llamaban el Club de los trece, según Rosendo solo invitaban a gente importante en alguna ocasión. Utilizaban uno de los salones del piso inferior del seminario, su poder se había hecho cada vez más grande. Todos sabían de su existencia y todos querían formar parte de él. No supe parar. Acudía cada día a esas reuniones haciendo que fueran lo más importante del día para mí. Solo Rosendo sabía que era yo, me tapaba con una máscara además del hábito. Pero la mala suerte, el maligno, no lo sé, quiso castigarme. Me gustaba mucho Aurora, recuerdo aquel día como si fuera hoy mismo. Estuvimos hablando, bailando, jugando, ella iba borracha, hasta arriba, y empezó a mezclar, iba al servicio a pincharse, yo también estaba tan colocado que no quise verlo.

Esa noche hicimos el amor, no sé si Dios me perdonará que lo llame así, en realidad ella ni se enteraba de nada. No fui el único, se nos fue de las manos. Y murió.

—La mataron. —El arzobispo los miró con gesto cansado y lleno de dolor.

—La matamos, sí, entre todos. Todos éramos culpables. Yo no sabía qué hacer, pero Rosendo, con esa sangre fría que tenía, me dijo que me fuera, que él lo arreglaba, que ya hablaríamos, y eso hice. Al día siguiente vino a mi despacho y compró mi pecado.

—¿Qué es lo que le pedía por mantener la boca cerrada?

—Solo él sabía que era yo, así que me pidió dinero, me pidió que sobornáramos a aquel inspector para que encaminara la investigación...

—¿A Morales quiere decir?

—Sí, nos costó, pero el dinero todo lo puede. Después hubo que atar algunos cabos como el caso de Santiago que fue uno de los que dejó el sacerdocio, pero solo tuvimos que pagarle a él, y con su muerte, a su viuda, todo para que nunca se supiera la verdad.

—Para Rosendo era usted un seguro de vida. Su tabla de salvación. Mientras usted lo cubriera nada se sabría.

—Estábamos todos en el ajo. Si uno hablaba todos caerían, y el único que amenazó con contarle fue Francisco.

—El hermano de Michel. —Costoya asintió, tenía sentido.

—Sí, sabíamos que él no perdía demasiado si lo contaba, su hermano iba a ir a la cárcel y posiblemente prefería embadurnarse de mierda, pero salvarlo a él.

—¿Lo mataron también?

—No exactamente, le encargamos a alguien que lo hiciera desaparecer, y eso hizo. El dinero todo lo puede señores. Es una lección que aprendí hace tiempo.

—Pero el Guardián apareció.

—Sí, el año pasado cuando mataron a Santiago tuve miedo, la verdad, supuse que había sido él, pero ¿por qué estuvo tantos años sin hacer nada? El caso es que resolvieron el caso y no se supo más. Hasta que mataron a Rosendo y entonces supe que había llegado mi hora.

—Pese a todo seguía llamando a Flavia para que no contase lo que no tenía que contar, y estoy segura que no era la única llamada que hacía.

—¿Sabe usted lo del demonio y el ángel en la cabeza? Pues yo los tenía muy presentes, uno me decía que siguiese presionando para que todo el mundo estuviera callado, el otro me decía que contara la verdad, pero piense que la verdad no solo me influye a mí, y solo ahora que pienso que ellos podrían morir es cuando dejo atrás mi cobardía.

—Tuvieron encerrado a un hombre inocente en prisión durante años. ¿No le desangra por dentro?

—No sabe cuánto Comisaria. Y no solo fue una vez, fueron dos. Cuando salió de prisión volvimos a conseguir que lo acusaran para que lo dejaran allí encerrado. Incluso los primeros años encargamos que lo mataran en prisión, pero él siempre salía de todo, era el destino —hizo otra larga pausa—. ¿Saben? Lo peor es que aquel pobre desgraciado casi no participaba en todo aquello, era el perrito fiel de Rosendo, el que le hacía los recados, el que le conseguía las drogas, las chicas, pero el que menos lo utilizaba. Todos tuvimos algún amigo así, me dio mucha pena, pero alguien tenía que pagar.

—¿Usted sabía lo del hijo de Rosendo?

—Lo sabía, ya imagina quién le pagó a aquella chica y a su padre.

—¿A su padre también? —Paola no salía de su asombro.

—Sí, tuvimos que comprarlos a los dos; luego fue fácil, lo hicimos pasar por hijo de su hermana y le ayudamos a prosperar, hasta que murió.

—Lo mismo que hizo usted, prosperar, y Rosendo. —Costoya siempre metía el dedo en la llaga.

—Sí, parece mentira, recuerdo que cuando me dijeron que sería arzobispo estuve a punto de confesar por remordimiento, pero somos una especie cobarde por naturaleza, Inspector. En cuanto a Rosendo y los otros, a todos les ayudé, en mayor o menor medida, pero todos llegaron a donde llegaron por la influencia que yo tenía y lo que les debía.

—Rosendo siguió chantajeándolo.

—Sí, porque realmente era el único que sabía que yo estaba allí, pero por otro lado no hacía ni falta, era un chantaje común, un acuerdo, no sé si me entiende, nos convenía a todos, y a mí más que a nadie, porque yo era el escalafón de arriba, que es el que siempre tiene más que perder.

—¿Se da cuenta, arzobispo, de que esto tendrá repercusiones?

—Lo sé, pero ahora me siento mejor conmigo mismo, y le quitaré un peso de encima a mi párroco, Tadeo, que aunque fuera en secreto de confesión, sabía toda la historia, historia en la que él también estaba implicado. Ahora sí, me permiten, tendré que hablar con mis superiores, comunicarles mi decisión y entregarme a ustedes.

Salieron del Arzobispado con una mezcla de alegría y tristeza difíciles de explicar. Era él, la mano negra, la que movía los hilos, pero no sabían realmente lo que iba a suponer eso para la resolución del caso. Se haría justicia, quizás, y todo el mundo sabría lo que pasó realmente. Lo que Paola no tenía claro era si eso sería suficiente para el Guardián. Decidieron parar a tomar una clara y hablar con sus compañeros e intentar pensar de qué manera podían hacerle ver al Guardián que todo había terminado.

XXXIX. PONTEDEUME

Con los últimos acordes de *Esta vida me va a matar* de Los Suaves llegaron a Pontedeume. Aparcaron justo debajo del gran Torreón de los Andrade. Lo contemplaron desde abajo, impresionaba. A su lado el jardín municipal, que en otros tiempos había sido la huerta del conde. La ciudad conservaba su centro histórico intacto, y a pesar de todo, muchas de las grandes construcciones que dieron esplendor a la villa durante tantos años. Subieron hacia la iglesia de Raxoi, camino que había que hacer sí o sí andando, y de paso contemplaron aquel conjunto histórico maravilloso. Justo antes de subir las escaleras que los separaban de la iglesia, y a mano derecha había una pequeña edificación que hacía las veces de vivienda parroquial. La puerta estaba abierta. Modesto le hizo un gesto a Portela para que fuera detrás de él. Sacaron las armas y contuvieron la respiración. Después de un pequeño pasillo, se veían varias estancias, la primera de ellas a la derecha les dirigía a un salón. Modesto avanzó poco a poco, al llegar allí vio al párroco don Andrés sentado en el sillón, mirándolo fijamente. No pudo ver más, un golpe seco lo tumbó en el suelo. Portela lo vio caer y dio el alto, pero recibió un golpe con un palo en el estómago que le hizo doblarse, y después otro en la cabeza que lo dejó fuera de juego. Mudo, fuerte y listo, el Guardián era un enemigo peligroso.

Modesto despertó primero, y poco a poco fue dándose cuenta de la situación. Estaban atados a una viga, intuyó que las manos que casi le tocaban eran las de Portela, aunque este no le contestaba. Estaban cada uno a un lado de la viga. Era una granja abandonada, a un lado se veían un conjunto de abrevaderos, seguramente para vacas, y al otro lado aparejos como hoces, rastrillos, azadas, palas. Una gran puerta de madera los separaba del mundo exterior. Le dolía la cabeza, vaya golpe le había dado, tenía una fuerza descomunal y le había cogido totalmente desprevenido. No sabía cómo iban a salir de allí, pero tenía que pensar en algo. Intentó palpar sus bolsillos, pero no le hizo falta, el móvil no estaba allí. Eso significaba que mientras no se liberasen no podrían avisar a Paola, y mucho menos ayudarla. Aquel loco había secuestrado a Andrés, y estaba seguro de que los siguientes eran Simón, párroco de Monfero, y Pedro, de A Capela. Intentó mirar hacia atrás haciendo que un agudo dolor le obligase a desistir. Estaba seguro de que allí solo estaban ellos dos. Pero, ¿dónde tenía a los curas? ¿Cómo se los había llevado a todos? Empezó a notar vida al otro lado de la viga.

—Portela, ¿eres tú?

—Mo... Modesto... Sí, soy yo. ¿Dónde estoy?

—No lo sé, parece una especie de granja abandonada.

—Qué guay —rio—, cuando era pequeño me encantaba visitar a mis abuelos, tenían una granja en Sete, seguro que lo conoces.

—Lo conozco Portela, pero ¿qué importancia tiene eso? Céntrate, anda.

—¿Y por qué estamos atados?

—¿De verdad que no te acuerdas de nada?

—No sé, íbamos a ver a ese tal Andrés y ahora estoy aquí atado contigo, no sé si es una premonición —volvió a reírse y Modesto empezó a pensar que algo le pasaba a su amigo.

—A ver Portela, ¿te fumaste un porro o algo? —Si le hubiera visto los ojos se habría dado cuenta de que algo parecido, sí.

—No sé, pero si tiene uno me lo fumo encantado. Jo, seguro que estamos en plena naturaleza, con lo bonito que sería poder ir a ver las flores, los animalitos, y aquí estamos encerrados. Igual es un buen momento para sincerarnos.

—Portela, no sé por dónde vas, pero...

—¿Desde cuándo estás enamorado de Paola? Y no me engañes que soy tu compañero. —Modesto se pensó la contestación, pero por otro lado no podían hacer mucho más.

—Joder Portela, desde que apareció en la iglesia de Iria Flavia con aquel conjunto de pantalón negro y camisa blanca, desde ese día.

—Desde el puto primer día, la verdad es que tienes buen gusto, es una mujer increíble, de esas que cambiarán el mundo. ¿Y por qué nunca se lo has dicho?

—Porque se fue Portela, ¿o ya te olvidaste? Se fue, y volvió hace seis días.

—Pues ya estás tardando. Si no se lo dices jamás lo sabrá. Y el mundo es de los valientes.

—Desde luego que te han emporrado bien.

—No sé si me han emporrado o me han metido el gas este de la verdad, pero es lo que pienso. Lo malo es que si el grupo sigue adelante no va a ser muy gracioso que seáis pareja, además de que tendríamos que dejar de ser compañeros de habitación y eso no me hace tanta gracia. Te tengo aprecio, Inspector, y si vamos a morir lo mejor es sincerarse.

—No vamos a morir Portela, déjate de cuentos. Solo estamos inmovilizados e incommunicados.

—Hoy en día es como estar muertos. Pues yo sí que lo intenté Modesto, y metí la zueca. Ayer de noche cuando fuimos a tomar las cañas al Santiaguíño utilicé la táctica de vamos en grupo pero me retraso para ver si puedo hablar con mi objetivo, no sé si me entiendes, el caso es que Ana se dio cuenta y me esperó. Pensé que quizá por fin había acertado y el amor de mi vida estaba allí. Me equivoqué, amigo.

—No te preocupes, si yo te contara.

—El caso, Inspector, es que somos policías y no somos capaces ni de ver lo que tenemos delante de nuestras narices. A Ana le gustan las chicas. Por eso no quiso salir conmigo —eso sí que dejó sorprendido a Modesto.

—Vaya, no sé qué decirte amigo. Siento que te hicieras ilusiones, pero será por mujeres, hombres, o lo que sea.

—Me gustan las mujeres, pero no sé si soy yo o es que no estoy preparado ya para el ritmo actual.

—¿Por qué lo dices?

—Ahora la gente no liga en los bares, ni en la discoteca, liga por internet, citas a ciegas, no sé, eso no es para mí.

—Mucho me temo, Portela, que o nos adaptamos o tenemos las de perder. Mira, yo solo tuve una relación realmente larga. Tan larga que vivíamos juntos, teníamos sueños juntos, no sabía vivir sin ella, pero un día ella dejó de sentir que no podía vivir sin mí. No te quieres dar cuenta e intentas poner miles de excusas, la rutina, el día a día, pero nada vuelve a ser lo mismo, y donde había pasión solo quedan rescoldos. A partir de aquí solo puedes ser fuerte y mantener la relación

mediante la comunicación, el amor y, sobre todo, la paciencia. Es eso o el día menos pensado te enteras de que te puso los cuernos o lo peor, otra persona se cruza en tu vida y se los pones tú.

—Hablas por experiencia propia. Supongo.

—Claro, y esa sensación de haber engañado a alguien, de haberle fallado a una persona que quisiste, es de las peores del mundo, preferiría mil veces que ella me los hubiera puesto a mí. Porque al final yo fui el cobarde, el que no supo hablar, el que puso un muro y cuando pudo la traicionó.

—La vida es muy puta, amigo. Y aún por encima nos tiene aquí atados a una columna.

—Y me están entrando unas ganas de mear tremendas. Y no soy un bebé.

—Cuando éramos niños era mucho más fácil, ahora nos complicamos por todo, todo nos parece mal, andamos cabreados la mitad del día. Comportarse como un niño a veces es disfrutar la vida, saber vivirla. Relativizarlo todo un poco. Que sí, que hay muchas cosas importantes, pero lo realmente importante es lo que nos rodea: nuestra familia, nuestros amigos, y poco más. El resto es pura apariencias.

—Hablas como un experto, pero solo tienes veintiocho años.

—Perdí un hermano cuando no tenía ni veinte. Fue el mayor palo de mi vida, durante casi dos años no salía de casa, no quería ver a nadie. Él era mi ejemplo, era el camino que yo seguía, sin él nada tenía sentido.

—Lo siento mucho Portela, no lo sabía.

—Nunca se lo cuento a nadie. Desde aquel día tengo ese poso de amargura dentro, pero en el fondo sé que él, esté donde esté, querría que yo siguiera con mi vida, que fuera feliz. Me costó, pero al final lo único que hago cada día es mirarme al espejo y solo espero que esté orgulloso de mí.

—Te aseguro que lo está amigo. Eres buena persona, lo demás no es importante.

—Gracias Modesto, es lo único que intento, ser buena persona. Aunque a veces en esta sociedad tan competitiva sea tan difícil hacer las cosas sin hacer daño a nadie.

—Si lo haces de corazón nada podrá reprochársete. Ojalá todos pensarán como tú, entonces el mundo sería de los buenos para los buenos. Pero no es así. El mundo es de los poderosos para los poderosos, y las migajas para el resto.

—No, si al final el emporrado no era solo yo, ¿eh Inspector?

—Este tío, que nos ha drogado, ya te lo digo yo, ahora Portela, con esa cabecita tan lúcida que tienes piensa cómo podemos hacer para salir de aquí. No podemos poner en peligro la misión, y mucho menos dejar tirada a Paola.

—Te ayudaré a ser su héroe, no lo dudes. Déjame pensar.

Y con tanto pensar se quedaron dormidos otra vez. Eran las doce de la mañana del sexto día y Paola, no demasiado lejos de allí, se cansaba de llamar al teléfono de sus dos apoyos de campo más importantes, que no daban señales de vida.

XL. EL SEÑUELO

Era casi la hora de comer, Modesto y Portela no daban señales de vida. Tenía que haberles pasado algo, estaba en su despacho con Rubio.

—De la batida de hoy lo único que hemos encontrado es el coche de Rosendo, en el que creemos que fue desde Mondoñedo hasta las Fragas. Estaba escondido en un camino, no demasiado lejos de donde tenía sus casas el maldito Floripondio. Ni rastro de él, ni nada de su propiedad. Estamos jodidos, Paola, no tenemos comunicación con dos de tus hombres y por lo que parece ninguno de los nueve párrocos da señales de vida. Nos quedan menos de doce horas si se cumplen vuestras teorías, pero ya no sé qué pensar.

—¿Pero esos curas no tenían protección? —La miró fríamente.

—Sí, y también mandamos a dos de nuestros mejores hombres y no sabemos dónde están. No estamos jugando contra cualquiera. Alguien que puede arrastrar a Rosendo casi tres kilómetros tiene que ser alguien muy preparado físicamente.

—¿Han localizado sus móviles?

—Se están moviendo, la última señal que recibimos fue en el parque del Pasatempo, en Betanzos, hacia allí se dirigen ahora mismo dos patrullas, rece para que estén allí. Si no, no tenemos la menor idea. Creo que Alba sabe la situación exacta de todos los párrocos que nos faltan. Paola, haga una estrategia, lo que sea, pero tenemos que encontrar a dónde se los lleva. Y a dónde se ha llevado a Modesto y a Portela.

Salió del despacho, su despacho, con la cara blanca, lo que peor llevaba es que sus amigos estuvieran en peligro. Costoya intentó tranquilizarla. Se acercó a Alba y llamó a Fernández, Rafa y Milo, los efectivos con los que contaba.

—Lo primero deciros que el arzobispo ha confesado todo. Él era el que movía los hilos, el que inyectaba el dinero, el que encerró a Michel, y con él confesó los excesos que se cometían en esas reuniones, en ese Club de los trece. No quiero extenderme, ahora lo importante es que tenemos por un lado a dos compañeros en paradero desconocido. Lo único que sabemos es que iban a ver a don Andrés, párroco de Pontedeume, a partir de ahí se les pierde la vista. El equipo de Milo, Costoya y yo iremos a echar un vistazo, aunque la policía local ya ha acordonado la zona. Para el resto de párrocos te cedo la palabra Alba, ¿cómo está la cosa?

—No demasiado bien Comisaria, Andrés el de Pontedeume desaparecido junto a Modesto y Portela. Mateo de Betanzos no contesta al teléfono. Simón de Monfero no se sabe nada de él desde ayer noche. Pedro de A Capela salió por la tarde y dijo que tenía una reunión importante, que volvería en un par de días. Tadeo de Padrón, desde la visita de ayer de nuestros agentes, nada se ha vuelto a saber. Felipe de Oleiros igual que Pedro, dijo que tenía una reunión importante. Tomás de Mondoñedo, desaparecido desde ayer por la tarde. Santiago de Fene dio una misa ayer de

noche y no se volvió a saber de él. Bartolomé de Cambre, desde hace dos días nada de nada, pero según su asistenta en su diario aparece una reunión esta noche. Iago dijo que iba a visitar a un familiar al hospital y tampoco ha vuelto. Por supuesto, ninguno contesta a los móviles.

—Esto es un desastre, Alba, tira de ese hilo, llama a todas las asistentes o familiares de los curas, que revisen sus agendas, y si son informatizadas, que te den la IP del ordenador y *hackéalas*, cualquier dato que tengamos de esa supuesta reunión será fundamental. Entiendo que le sería difícil secuestrar a nueve, así que igual buscó la manera de que algunos de ellos mordieran un cebo. Es muy inteligente. —Rafa intervino.

—A las cuatro quedamos con el viejo párroco, tenemos algunas infraleyendas que tenemos que contrastar con él. En cuanto tengamos algo serás la primera en saberlo. —El teléfono de Paola empezó a sonar. Era un número desconocido. Contestó.

—¿Sí?... Soy yo, dígame. ¿Cómo? Pero eso es imposible, acabamos de estar ahí mismo hace unas horas. —La cara de Paola era un poema. Se dejó caer en una silla. Asintió varias veces—. Lo entiendo, gracias, muchas gracias. —Los miró—. Nuestro querido arzobispo parece que se ha escapado. O volatilizado. Mierda, joder, tenía que haberlo previsto. Menos mal, Costoya, que lo grabas todo. —Sonrió, cojo pero inteligente.

—Comisaria, ¿no ha pensado que también han podido llevárselo?

—Pero ¿cómo?, ¿para qué? —entonces cayó en la cuenta—. Dios, no. No puede ser. —Costoya afirmaba apretando los labios y los puños.

—Sí, Comisaria, lo hemos llevado hasta él. Era lo que quería. Que descubriéramos quién había sido. Él solo nunca lo hubiera conseguido, pero con todos nosotros trabajando para él, sí. —Fernández intervino, no lo entendía.

—Pero vamos a ver, si el loco ese a las nueve estaba en Pontedeume...

—Fácilmente a la una estaba en Santiago, de sobra, le dio tiempo hasta a desayunar si me apura.

—¿Pero cómo supo que venían al Arzobispado?

—Solo hay dos posibilidades, o tiene un topo, y eso no me lo creo, o creo que Milo puede darnos una respuesta. —Paola le cedió la palabra.

—Pues sí, la burundanga, o trompeta del ángel, esa flor que tanto le gusta a nuestro Guardián. Al dársela a nuestros compañeros Modesto y Portela hizo todo cuanto quisiera saber estuviera en sus manos, solo tenía que preguntarlo, aunque teniendo en cuenta que creíamos que era mudo...

—No lo es, solo para lo que le conviene. Ya tiene lo que quiere, al arzobispo, al que calló las voluntades para encerrarlo, ¿por qué no deja en paz a los demás?

—Démosle tiempo Comisaria, quizás aún lo haga. —Paola miró a Costoya como quien mira a alguien al que has querido mucho pero que está totalmente equivocado.

—No lo creo, Inspector. Cada hora que pasa lo creo menos.

Pidieron la comida a domicilio y, pasado un buen rato, mientras daban buena cuenta de ello, Rubio salió de su oficina con cara de pocos amigos. Y no era porque no lo hubieran invitado a la comilona.

—Comisaria, creo que todos deberíamos ver algo. Alba, pon la televisión, por favor. —En todas las cadenas, en directo, estaba la imagen del arzobispo Castro, que empezó a hablar.

—Soy cautivo del Guardián de las Flores. Quiero que sepan una historia. Mi historia. Su historia. Hace treinta y tres años acusamos a este hombre de un crimen que no había cometido. Mediante chantajes, extorsiones y presiones conseguimos que los verdaderos culpables saliesen indemnes. —La cámara amplió su visión y pudo verse al resto de párrocos atados juntos formando

un gran círculo—. Nosotros somos los culpables, estos hombres y yo. Falta una persona que está en paradero desconocido. El Guardián quiere mandar un mensaje, un último mensaje: *In nomini Patri, ad filius cathedra*. Si se completa la leyenda, solo Dios podrá juzgarnos. —La cámara nuevamente enfocó a los párrocos, fueron unos segundos, y la señal desapareció. Costoya se apuró a hablar.

—Alba, bonita, dime que lo has grabado todo.

—Sí, Inspector, un momento y lo vuelvo a poner. —Alba puso otra vez las imágenes, en un momento dado Costoya le pidió que parara.

—Mirad eso, ¿lo veis? Hay una silla vacía, está esperando a alguien más. Esa es la clave.

—Pero, ¿a quién?

—Tenemos que traducir el mensaje, claro que sin Modesto. —Fernández se presentó voluntaria.

—Es bastante fácil Paola: «En el nombre del padre, la silla es para el hijo». Más o menos.

—Todos se quedaron por un momento en silencio. Paola lo rompió.

—Vale, eso puede significar varias cosas, supongo que se refiere a su hermano Francisco pero que yo sepa no tenía ningún hijo. De todas maneras, investigalo Alba, a ver que podemos sacar de ahí. Y por otro lado entiendo que quiere decir que si encontramos a este supuesto hijo o a su padre no los ejecutará, y solo Dios podrá juzgarlos. Dios y la justicia, claro. Centraos en el video, tenemos que saber dónde están, qué tipo de edificio es, ¿no hay modo por la grabación de saber desde dónde emiten? —Alba contestó.

—Se lo pediré a las televisiones, pero no es tonto, habrá rebotado la señal desde doscientas direcciones IP para que nos sea imposible llegar a ella.

—¿Cómo cojones hace para ser tan rápido? Son las cuatro de la tarde. Y nosotros seguimos dando palos de ciego. —Costoya intervino.

—Está claro que actúa rápido, y seguramente con la burundanga siempre a mano. A las nueve se llevó a Modesto y Portela, les sacó la información, los dejó en algún lugar y se fue a Santiago. No más tarde de las doce, que fue cuando nos fuimos nosotros, llegó allí, lo secuestró, y de vuelta a algún lugar de la zona tranquilamente a las dos de la tarde, le sobró tiempo para comer, para reunirlos a todos y grabar el video. Si se fija, el resto de párrocos parecen estar dormidos. Suponemos que drogados. Por mi experiencia le diría que están dentro de una iglesia, catedral o monasterio, por la escasa luz, porque parece todo de piedra, pero a saber cuál.

—Dependemos de la leyenda, Rafa es vuestro turno. Sois casi nuestra última esperanza. Vamos todos a Pontedeume, nosotros a la casa Parroquial, y vosotros a ver a ese hombre. —Rubio intervino.

—Tengo al menos a treinta hombres buscando a Modesto y Portela, pero cuando la noche se nos eche encima, si no lo hemos cogido, les mandaré registrar cada iglesia que hay en este maldito país, así que por favor, encontrad algo.

XLI. SAN MIGUEL DE BREAMO

Les recibió una amable sirvienta que fue a avisar al viejo párroco, retirado ya hacía más de veinte años. Monseñor Raxoi entró acompañado de un pequeño andador y les obsequió con una enorme sonrisa.

—Pasad chicos, no os quedéis ahí, vamos. Eladia, tráeles algo de beber, que con este calor deber estar disecados. —Rafa, como viejo amigo, tomó la iniciativa.

—Muchas gracias por atendernos. No le robaremos mucho tiempo. —Lo miró curioso.

—Tú eres ese chico, el de las Fragas, el que hizo el estudio.

—Sí, señor, y si no fuera por su ayuda no hubiera llegado nunca a hacerlo. —Monseñor Raxoi se rio y se sentó dejando a un lado el andador—. Sentaos, venga, que tengo curiosidad por ese tema que me dijiste por teléfono. ¿Es ese hombre el Guardián de las Flores?

—Sí, ese mismo.

—¿Y qué tipo de leyendas estáis buscando, exactamente?

—Alguna en la que vayan a morir o participar once, doce, o trece personas, posibilidad de hermanos, algún hijo.

—Me lo pones difícil la verdad. Supongo que ya traen algunas de casa, hagamos algún repaso.

Durante casi una hora, Rafa, Fernández y monseñor Raxoi le dieron vueltas a todas y cada una de aquellas leyendas que llenaban las maravillosas tierras del Eume. En un momento dado les preguntó por el vídeo.

—¿Puedo ver el vídeo ese que dicen que ha puesto hoy? Quizá así pueda tener alguna idea de lo que estamos hablando.

—Por supuesto, deme un segundo que lo busco y se lo pongo en el móvil.

—¡Eladia! ¡Eladia! ¡Tráigame las gafas, por favor! Es que yo en estos aparatitos tan pequeños no veo nada, querida. —Se puso las gafas y empezaron a ver el vídeo. De repente, monseñor Raxoi cambió de cara. Había descubierto algo.

—¡Mire, mire! —Le gritaba a Rafa, pero él no era capaz de ver nada—. Dale para atrás y páralo cuándo yo te diga. —Fernández le hizo caso.

—¡Ahí! ¿No lo ven? —Rafa y Fernández miraron fijamente a la pantalla del móvil. En un reflejo imposible se podía ver lo que parecía un rosetón con una estrella de once puntas.

—La madre que me parió monseñor, es usted un genio, pero dígame que sabe a dónde pertenece ese rosetón. —Su sonrisa triunfal le delataba.

—Por supuesto queridos, se trata de la iglesia de San Miguel de Breamo. —Rafa y Fernández se echaron las manos a la cabeza. Breamo, cómo no lo habían pensado antes.

—Gracias monseñor, con un poco de suerte acaba de salvar usted la vida a muchas personas inocentes. —Eran las siete de la tarde, aún tenían tiempo.

XLII. LA LEYENDA DE LOS TEMPLARIOS

Paola y Costoya revisaron junto a Milo y su equipo la escena del crimen en la casa parroquial de Pontedeume, a muy poca distancia del lugar donde Rafa y Fernández se estaban entrevistando con monseñor Raxoi. No había restos prácticamente de nada, solo algunas gotas de sangre que más que posiblemente pertenecerían a alguno de sus compañeros. No sabían por dónde buscar. Eran más de las seis de la tarde. Las patrullas que habían registrado el parque del Pasatempo en Betanzos habían encontrado los móviles tras unos arbustos. Sin rastro de Modesto y Portela. Habló con Rubio, seguían peinando cada iglesia, cada lugar, pero era una zona tan amplia que necesitarían meses para conseguirlo sin una sola pista. Estaba desesperada. Tan cerca para acabar muriendo en la orilla. Rafa la llamó y un rayo de esperanza se alumbró en su corazón. Quedaron en plena plaza de la Alameda. Llegó gritando...

—Comisaria Paola, lo tenemos, sabemos dónde están... —Venían corriendo, casi sin aliento, Fernández aún no había llegado.

—Rafa, habla... No te quedes tú mudo ahora.

—San Miguel, San Miguel de Breamo...

—Dios mío, Breamo, San Miguel, ¿pero cómo no caímos antes? Venga, vámonos al coche mientras le digo a Alba que nos vaya contando la leyenda de San Miguel de Breamo, porque tiene que haber una. —La llamó y no tardó en encontrarla. Cuando iba a salir con el coche empezó a recitarla:

—*En el año 1187 Guido de Lusignan, rey de Jerusalén, perdió la batalla con Saladino, batalla que a la postre sería el principio del fin de la Jerusalén cristiana. Ese mismo año se construye San Miguel de Breamo. Es erigida de forma secreta sobre un santuario pagano y se construye no como templo para la advocación cristiana, sino como el testamento de la propia orden. Esta es la leyenda de los Guardianes del Testamento Templario. En diciembre de 1224 once hombres de semblante serio y piel curtida en mil batallas se sientan alrededor de una hoguera, lo hacen en las proximidades de la iglesia de San Miguel de Breamo y así calientan sus cuerpos y vestiduras de la copiosa lluvia que arrecia. No son otros que los caballeros de la Orden del Temple, soldados de la mano de Cristo y portadores de la palabra del señor. Ellos han decidido huir, y con ello han contravenido las normas de la orden. En realidad, se les ha encomendado una misión: hacer penitencia allá donde vayan y guardar el modesto santuario que se oculta apartado bajo el manto y espesura del bosque de Breamo, grandioso por la riqueza que alberga, pero con una inusitada sencillez en el labrado de los muros de su iglesia. Solo ellos, a través de la transmisión de sus conocimientos, son capaces de ver lo que para el resto es invisible.*

Esto mismo se les encomienda a los once caballeros que habían cabalgado hasta el templo de San Miguel de Breamo: guardar los secretos. Se acerca la noche, era la de Natividad. Los monjes guerreros solo cuentan con su soledad y la capilla a la que deben custodiar. Con las primeras sombras deciden refugiarse en su interior, a través de los pequeños postigos penetra la tenue luz de un cielo ahora estrellado, así alzaron sus cabezas para contemplar el rosetón dispuesto sobre el portón. Allí quedaba una estrella de once puntas, una por cada caballero. De repente, se dieron cuenta de un detalle, atónitos se miraron los unos a los otros. Algo extraño había sucedido ante ellos, pero nadie se había percatado de tal revelación. El rosetón no presentaba once puntas como en un principio, sino doce. Había una punta más, lo cual significaba que había un caballero más. No lo entendían, pero era cierto, había un caballero más entre ellos esa noche. En el centro de la planta basilical, un pequeño de muy corta edad dormía plácidamente sobre el altar. De esta forma, permaneció toda la vigilia hasta alcanzar las primeras luces del alba. Solo cuando los primeros rayos de luz penetraron en el interior del templo cristiano, el niño desapareció y volvió a lucir sus once puntas originales. Desde entonces todas las noches de Natividades, los que a la iglesia de San Miguel de Breamo se acercan, doce puntas en el rosetón creen contar. Doce signos que brillan como estrellas de la noche. Pero solo hasta el alba, cuando los primeros rayos rompen la magia de la noche y las puntas del rosetón vuelven a ser once”

—Hay una cosa más que nos dijo monseñor Raxoi, hoy es catorce de agosto, esta noche es la Asunción, la ascensión de la Virgen María a los cielos, no puede ser al azar que haya escogido esta fecha.

—Nada es al azar, mi querido Rafa, nada.

Habían llegado a apenas quinientos metros de aquel templo misterioso. No dejarían que la noche les alcanzase. Se bajaron del coche. Paola empezó a idear un plan. Sabía de la fortaleza del Guardián, pero contaba con un arma a su favor: ella. Sabía que había algo especial entre ellos desde aquel día en Iria Flavia e intentaría utilizarlo a su favor.

—Chicos, ahí dentro hay once personas, los nueve párrocos, el arzobispo y nuestro hombre. Sabemos que está esperando a esa persona, pero no va a venir, los que venimos somos nosotros y no podemos fallar, y sobre todo tenemos que cogerlo vivo. Costoya y yo iremos por delante y vosotros dos iréis por detrás. —Miró a Rafa—. Siento meterte en este berenjenal, tú quédate fuera por favor, solo acompaña a Fernández hasta la parte trasera, tú sabes llegar.

—A la orden Comisaria, iremos por la parte de la vieja calzada, no se preocupe.

—Bien, mucha suerte. Costoya, conmigo, subiremos por la loma del monte hacia la zona recreativa, lo pillaremos en pelotas.

—Eso espero Paola, yo no aguanté más leches en mi pierna mala. —Rieron. Cuando estaban a mitad de subida, su teléfono empezó a sonar. Era su madre. Le colgó. Volvió a sonar. Costoya la miró. Contestó.

—Mamá, ¡Mamá! No es momento.

—No me cuelgues hija, por favor, no me cuelgues...

—Estoy a punto de entrar en una operación importantísima, ¿tú crees que tengo tiempo de escucharte?

—Es que lo que tengo que decirte tiene que ver con eso que estás haciendo, por favor, para. —Paola se puso blanca y le hizo una señal a Costoya para que pararan. Se sentó en un tronco que, solitario, cruzaba el camino.

—No te entiendo mamá, ¿qué tienes tú que ver con nada de lo que estoy haciendo?

—Perdóname hija, hoy he visto la tele y a ese hombre, el arzobispo, y lo que dijo. Y también he escuchado las noticias, leído los periódicos. Nunca quise que llegara este día, pero llegó y no puedes entrar ahí antes de saber algo. —Paola ya lloraba desconsoladamente.

—Mamá, sea lo que sea suéltalo.

—Tu padre, en paz descanse, siempre será tu padre en nuestros corazones. Pero él no era tu padre biológico. Cuidó de ti como una hija y jamás te faltó de nada, pero no era tu padre.

—Pero ¿qué estás diciendo mamá, qué coño estás diciendo?

—Sé que nunca te lo dije, y debí hacerlo, pero jamás pensé que el destino tenía guardado esto para nosotras. En 1973 a tu abuelo, en paz descanse, lo destinaron a Monforte. Allí conocí a un chico. Se llamaba Francisco. Me quedé embarazada de él. Estábamos totalmente enamorados. Él estaba dispuesto a dejarlo todo por mí, pero nuestros padres nunca lo permitirían, y así llegaron a un acuerdo. Francisco entraría con su hermano Miguel en el seminario, y terminado el destino nosotros nos iríamos de allí para no volver jamás. El padre de Francisco le pagó al mío una gran cantidad de dinero por su silencio. Lloré tanto, tanto, por aquel amor que aún hoy me duele el corazón. Por eso no tienes recuerdos de pequeña de tu padre, porque él no estaba. Ya en Madrid, tiempo después, conocí a tu padre adoptivo, que te quiso como a una hija... —Las dos lloraban como si no hubiese un mañana. Costoya, a pesar de no estarse enterando, sabía que algo iba mal, muy mal. Intentó hablar con Rafa y Fernández, pero no le contestaron. Paola entre lágrimas no era capaz de hablar.

—Pero mamá, ¿quieres decir que el hombre que desapareció, el hermano de Michel Herrero, el Guardián de las Flores, es mi padre?

—Sí, lo siento mucho Paola, nunca pensé que tuvieras que saberlo así, en realidad nunca debiste saberlo.

—Y ese loco es mi tío. Sangre de mi sangre. —Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Entiendes por qué no podías entrar ahí sin saberlo? Él sabe quién eres, todo este tiempo lo ha sabido. Ha jugado contigo, solo para que supieras que eres su sobrina, lo único que le queda en esta vida. —Estaba destrozada, no eran lágrimas sino un río lo que corría por sus mejillas.

—Vale mamá, no pasa nada, te llamaré cuándo acabe. No te preocupes. Gracias por contármelo. —Colgó el teléfono. Miró fijamente a Costoya.

—Ese hombre es mi tío. No me hagas contarte la historia entera, lo haré en otro momento, pero ese loco de ahí es de mi familia.

—Dios... —Costoya se llevó las manos a la cabeza, de repente fue su teléfono el que empezó a sonar. Era Milo, le extrañó que le llamara a él.

—Dime Milo.

—Costoya, ¿tienes ahí a Paola?

—Sí, estamos juntos.

—Hay algo que deberías saber. Es sobre el ADN, efectivamente pertenece a Miguel Herrero, el caso es que solicité que lo cruzaran con toda nuestra base de datos y ¿adivinas qué? Ha habido una coincidencia al cincuenta por ciento y no es de ningún maleante ni nada de eso, vas a flipar, es de uno de dentro.

—Y es Paola.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Su madre acaba de llamarla para confesárselo. Está destrozada. No sé si podremos entrar, pero ahora tenemos que intentarlo. —Paola asintió desde el submundo donde acaba de quedar

secuestrada.

—No te preocupes, queda entre nosotros. —Costoya colgó el teléfono. Paola le hizo un gesto.

—El ADN, coincide un cincuenta por ciento contigo. Tu madre llamó cinco minutos antes de que te hubieras enterado por la puta ciencia.

—No sé qué preferir Costoya, no sé.

—Vale, escúchame, tú no estás en condiciones de entrar ahí, esto es un palo muy gordo, así que déjame a mí y...

—Ni de coña, Costoya, me quiere a mí y me tendrá, pero liberaremos a esa gente, no tenga duda, ya ajustaremos cuentas él y yo pero ahora lo único que me importa es salvar a esa gente.

—¿Estás segura? Tú mandas. Tengo una mala noticia, Fernández y Rafa no contestan, puede ser un problema con el transmisor, pero...

—Vamos, tenemos que entrar. —Le dio un abrazo fuerte y miró para su pierna—. Será mejor que le dé el otro perfil, por si quiere pegarle.

—Simpática. —Se rieron, y empezaron a andar poco a poco. Llegaron al área recreativa. Aún era de día, había demasiada visión. Ni rastro de sus compañeros. Avanzaron por el ala este de la iglesia pegados a la pared, solo les quedaban unos metros hasta la puerta. Entonces escuchó el grito de Costoya y vio venir una cabeza hacia la suya, con unos enormes ojos inyectados en sangre. Era rápido, preciso y su tío. Cayó fulminada.

XLIII. ESCAPE

Portela despertó sumido en un mar de dudas. ¿Dónde coño estaba? ¿Qué hacía atado? ¿A quién tenía detrás de él? Se dio cuenta de que estaban secuestrados en una especie de nave gigantesca, le trasladaba a su infancia rodeado de vacas, estiércol y hierba seca. No recordaba casi nada, solo que habían entrado en la casa de aquel párroco, Andrés, y que vio cómo Modesto caía y al segundo le daban un golpe en el estómago. A partir de ahí solo silencio. Intentó orientar la posición de las manos, gracias a Dios tenía los nudillos juntos, eso podía facilitar las cosas. Empezó a estirar el pecho como le habían enseñado, intentando que las cuerdas comenzasen a ceder. Aquel Guardián era fuerte y listo, pero en tema cuerdas no era una eminencia tampoco. Se concentró, no iba a ser fácil, pero tenía que intentarlo. No sabía ni qué hora era, al menos estaba seguro de que era de día. Modesto, que debía ser la mole que tenía pegada por detrás, no daba señales de vida. Siguió forzando la respiración y moviendo poco a poco las manos provocando la fricción. Si conseguía cierto espacio podía acceder a la pequeña navaja de mano que siempre guardaba bajo su muñequera. Empezó a escuchar un rumor...

—Modesto, es usted, Modesto...

—Dios, sí, soy yo, me he quedado dormido. ¿Estás bien Portela?

—Sí, me acabo de despertar, ¿dónde estamos?

—Pero compañero, esto es un *deja vu*, lo hablamos hace un rato.

—¿El qué? Yo no me acuerdo de nada. Solo del golpe en el estómago y después todo negro.

—Modesto se dio cuenta de que el Guardián había usado burundanga para dormir a Portela, no así con él, que con el golpe había quedado inconsciente.

—Oye Portela, ¿ese loco no te habrá sacado información o algo?

—Pero ¿no ves que no me acuerdo de nada?...

—Mierda, seguro que ya sabe todos los pasos que íbamos a dar hoy.

—¿A ti no te drogó?

—No le hacía falta, con el golpe que me dio quedé totalmente fuera de juego.

—O sea que hizo conmigo lo que quiso.

—Tranquilo Portela, no te hagas ilusiones, solo te quitaría información. —A Modesto le entró la risa floja.

—Qué simpático el Inspector. Portelita al que secuestran dos veces y drogan, si lo mío...

—No te ofendas, pero es que ya es mala suerte, parece que la tiene tomada contigo.

—Vamos a concentrarnos, que si no, no salimos de aquí en la vida. —Modesto empezó a notar movimiento al otro lado.

—¿Qué haces exactamente?

—Se nota que no fuiste al curso de escape que nos dieron hace un par de años.

—Pues no, caray, a ver si te va a servir de algo.

—Más nos vale, porque si quieres ser un héroe nos estamos quedando sin tiempo.

—¿Pero no me has dicho que no te acordabas de nada? —No podía mirarlo, pero como si lo hiciera.

—Modesto, hay cosas que tengo difusas, pero que estás colado por Paola lo sé hace bastante tiempo. —Modesto rio, era un gran amigo. Seguramente llegaría a ser el mejor. Si conseguían salir de esa.

—Ahora intenta tirar todo lo fuerte que puedas hacia adelante, necesito liberar un poco la presión en mis manos para poder mover la navajita.

—¿Navajita? Eres una caja de sorpresas Portela. —Tiró todo lo fuerte que pudo y consiguieron aflojar un poco las cuerdas.

—Vale jefe, descansa y otro tirón, como este. —Modesto respiró unos segundos y volvió a tirar como si fuera la última cosa que hiciera en la vida, como si todo lo que le importara estuviera en aquellos segundos.

—¡Vale! ¡Muy bien hecho! Ahora espera un momento, tengo que ser capaz de deslizarla. —Portela empezó a frotar la muñeca izquierda con la derecha intentando hacer subir aquel pequeño artilugio que guardaba siempre allí para casos de urgencia. Empezó a sudar. Paró un poco y apoyó la espalda en la viga.

—No sé si lo conseguiremos jefe, pero llevo más aventuras contigo que todo el resto de mi vida. De adrenalina vamos sobrados.

—No hace falta que lo jures Portela, y esta semana tenemos el tope. Lo que no consiga esta mujer. —Rieron. Volvió a intentar hacer presión con su muñeca, ya casi podía notar el metal en sus manos, ahora vendría lo más difícil: posicionarla para poder abrirla en un movimiento con las manos. Le estaba costando un mundo.

—Vamos jefe, otro tirón y seguramente ya lo tendremos. —Modesto empezó a tirar como un animal, y el efecto rebote de las ataduras hizo que la pequeña navaja salvase la presión de sus muñecas y cayese en el cubículo que formaban ambas manos. Ahora venía lo más difícil, abrirla y manejarla. Para eso necesitaba movilidad en el dedo gordo. Lo movió hacia dentro y consiguió activar en botón de apertura, provocándole un corte en la parte posterior de la mano derecha. «No hay mal que por bien no venga», pensó. Ya la tenía abierta, ahora tenía que conseguir cortar las cuerdas. Hizo pinza con los dedos gordos e índices y movió la navaja hacia arriba; al hacerlo fue cortando parte de la mano derecha, la sangre empezó a brotar despacio, pero ya notaba como la punta rozaba las cuerdas. Despacio, empezó a cortar, le llevaría tiempo, pero si se mantenía concentrado lo conseguiría. Al haber aflojado las ataduras estaba siendo más fácil. Modesto estaba nervioso.

—¿Cómo vas ahí?

—Bien jefe, no me falta mucho para conseguir cortar las cuerdas de la mano, luego ya será pan comido.

—Bien Portela, bien, no sé qué hora es, pero tenemos que salir ahí a salvar al mundo.

—Lo sé Inspector, créeme que lo hago lo más rápido que puedo. —En un último movimiento que le provocó un tremendo corte en la muñeca izquierda consiguió por fin cortar las cuerdas. Se liberó de la atadura de las manos y se deslizó para separarse de las del pecho. Corrió a junto a su compañero.

—Joder tío, eres un hacha, lo has conseguido. —Al liberarlo se dieron un abrazo sentido. Modesto tenían los ojos vidriosos. Portela estaba eufórico. Revisaron la granja por si había algún

rastró de sus armas o sus teléfonos móviles, pero nada, aquel hombre hacía todo muy bien, menos poner cuerdas. Abrieron la puerta de la granja. Modesto observó el sol, ante la falta de relojes y móviles intuyó que serían las siete de la tarde. Estaban en un camino de tierra, bajaron a otro de grava desde el que se accedía a una casa que suponían pertenecía a la misma granja. Modesto le hizo un gesto negativo y siguieron avanzando. Le era imposible saber dónde estaban, no había nada que lo indicase, no se veía más que bosque y más bosque. Llegaron a lo que parecía una vieja carretera local, de un carril, y empezaron a recorrerla, a algún lugar llegarían. No pasaban coches, no había nadie a quien preguntarle dónde estaban ni si tenían móviles. Portela sangraba bastante por su mano izquierda. A lo lejos divisaron una casa, corrieron como locos. Al llegar a la puerta llamaron, tenía que cambiar su suerte. Un hombre mayor, de unos setenta años les abrió la puerta. Les miró curioso y les sonrió.

—Disculpe caballero somos los Inspectores Modesto y Portela, estamos en una misión importante, nos han secuestrado no muy lejos de aquí y necesitamos llamar por teléfono o que alguien nos acerque a un lugar civilizado. —El viejo los miró y pensó en su vida aburrida y triste, y cómo Dios, el día de la Asunción, le estaba mandando el regalo que tanto tiempo había pedido.

—Esperen aquí un momento. —Por un momento pensaron que no se lo había creído, pero no habían topado con cualquiera. Dos minutos después salía, con sus gafas de sol, su chaleco de cazador y un pedazo de rifle en las manos. Se asustaron pensando que estaba apuntándolos.

—Tranquilos, es para protegerles, ¿a dónde vamos? Tengo el vehículo ahí detrás.

—¿Podría dejarnos su móvil y así llamar para saber dónde están nuestros compañeros?

—Por supuesto, ¿usted era?

—Inspector Modesto, señor...

—Xan para los amigos. Aquí tiene. Tengo llamadas ilimitadas. Haga el uso que necesite. Espérense aquí que ya saco yo el bicho.

Modesto y Portela esperaron en la entrada de la casa mientras intentaban, sin éxito, comunicarse con Paola, Costoya y Fernández. Optaron por llamar a la comisaría y allí, al fin, línea. Les cogió Milo.

—Milo, soy Modesto, ¿dónde coño están todos?

—¡Modesto! ¡Qué alegría! ¿Estáis bien?

—Muy bien Milo, estamos muy bien, pero dime dónde están todos.

—Están en Breamo, en San Miguel de Breamo, allí tiene secuestrados ese loco a los párrocos y al arzobispo. Acabo de hablar con Costoya, no te lo pierdas, Paola es la hija de Francisco, el hermano desaparecido de Michel.

—No me jodas, no puede ser...

—Pues es, y ella va directa hacia él...

—Vamos para allá, no sabemos dónde estamos, pero un buen hombre se ha ofrecido a llevarnos.

—De repente escucharon un tremendo ruido de motor.

—Vale, Rubio y su ejército ya salieron para allá, yo me voy con mi equipo también, allí nos vemos.

—Gracias Milo. —Colgó el teléfono que a duras penas podía oír mientras, aunque no lo creyese, veía cómo Xan conducía un John Deere último modelo, un pedazo de tractor.

—Vamos, ¡móntense! —Modesto y Portela se miraron al unísono y cada uno de ellos subió sobre una de aquellas ruedas gigantes. Se acomodaron como pudieron al lado de Xan.

—¿A dónde vamos chicos?

—A San Miguel de Breamo.

—¿A San Miguel? Muy bien, no está lejos, agárrense, ¡lo vamos a pasar en grande! —Xan se puso la visera de la Biona del revés y empezó a acelerar. Iban a treinta pero quién lo diría. Los héroes viajaban en tractor.

XLIV. LA FAMILIA

Despertó bañada en sudor, sangre y otros efluvios de su cuerpo. Intentó abrir los ojos, pero le costaba un mundo. Frente a ella, una cegadora luz en forma de cruz de once puntas. Poco a poco Paola empezó a darse cuenta de lo que había pasado, quiso protestar, sacar su arma, pero estaba atada. Al fin pudo abrir completamente un ojo. Y lo vio, de pie junto a ella, con los brazos cruzados, totalmente vestido de negro y mirándola fijamente. Quiso hablar, pero no era capaz. Miró a sus lados, haciendo un círculo conseguía ver hasta cinco párrocos, pero suponía que las otras cinco personas las tendría por detrás. Y le faltaba el arzobispo.

Ahora lo entendía todo. Como en la leyenda, eran once que se convertían en doce, y ella era ese número doce. Nueve párrocos, Franganillo, el colaborador necesario, el arzobispo que manejaba los hilos y ella, la hija de su hermano ocupando el lugar del desaparecido Francisco. Aún no se lo creía, ¿cómo podía su madre haberla engañado así? La verdad es siempre el camino más recto. Un halo de tristeza la invadió mientras seguía notando la fija mirada de aquel hombre.

¿Pretendía matarlos a todos así, sin más? Sabía que la caballería estaría ya allí fuera dispuesta, de un momento a otro, a entrar, así que matarlos sería suicida. Tampoco le veía mucha pinta de negociar, ni siquiera de hablar. Su teléfono empezó a sonar. Miró al Guardián. Se acercó a ella. Cogió el móvil y se lo puso en la oreja.

—Paola, ¿está usted bien? —Era Rubio el que estaba al otro lado.

—Sí jefe, un poco magullada, pero bien.

—Estamos aquí fuera, dígame a ese loco que se entregue, no podemos entrar a ciegas tampoco, tenemos que negociar con él.

—Jefe, creo que solo negociará conmigo. —Lo miró y él asintió—. Será mejor que nos dejen tranquilos un rato, yo les llamaré en cuanto haya hablado con él. ¿De acuerdo?

—¿Está segura Paola? ¿No corre peligro?

—Me temo que no, si hubiera querido matarme ya lo habría hecho, en el fondo es sangre de mi sangre. —Colgó el teléfono y le hizo un gesto al Guardián para que la desatara—. No pretenderás que hablemos estando yo atada. —Se acercó a ella, desconfiado. Empezó a desatarla con una mano, la otra en el arma reglamentaria de Paola. Le indicó que anduviera, lo hizo hacia una especie de sacristía que había al fondo de la nave, en un lateral. Pudo ver al arzobispo situado exactamente en la mitad del círculo y a sus tres compañeros, Costoya, Fernández y Rafa en la nave de la derecha. Estaban todos dormidos, drogados supuso. Aquel lugar le recordó a Iria Flavia y a la escena del primer crimen del Guardián de las Flores. Le acercó una silla. Había una pequeña mesa. Michel cogió vino y se lo sirvió en un cáliz, e hizo lo mismo para él. Se sentó. Se quitó el pasamontañas. Por primera vez pudo ver su rostro. Era una cara llena de tristeza, ojeras

pronunciadas, nariz ancha y el hoyo marcado. Pensó si se parecería a él. Dicen que muchos niños se parecen a sus tíos. La primera palabra le salió del alma.

—Lo siento, lo siento mucho. —Paola le miró, era sincero.

—No me gusta juzgar a las personas Michel, para eso está la justicia. Pero tú te la has saltado. —El Guardián empezó a pensar en todo lo que le habían hecho.

—Quizás esta sea la única oportunidad que tengo para que alguien escuche mi historia, la verdad sobre lo que pasó, mi verdad. No me voy a excusar Comisaria, pero era tal mi frustración que nadie lo puede entender. Siempre sentí admiración por aquel traidor, Ramiro, Rosendo, o como le llamen. Siempre estaba a su lado. Mi hermano Francisco, desde el primer año en el Seminario Menor me decía que estaba haciendo el pavo. Al principio eran tonterías, vete a buscarme esto, lo otro, poco a poco era su recadero. Ese año formó el Club de los trece. Ni siquiera contó conmigo. No me dejaban entrar. Yo estaba por allí fuera, por si pasaba algo, me decía. Me despreciaba. Pero el amor es ciego Paola, el amor te hace ver esperanzas hasta en el mínimo gesto. Y yo estaba enamorado de Rosendo. —Agachó la cabeza, Paola se dio cuenta de que todas las historias, empiecen como empiecen, acaban siendo una historia de amor, desgraciadamente—. Al principio, aquellas reuniones eran muy simples: hablar, fumar, beber, nada que chavales de dieciocho o diecinueve años no hagan. Pero poco a poco empezó a degenerar, sobre todo cuando llegamos al Seminario Mayor. El poder de Rosendo era cada vez mayor, todos estábamos hipnotizados, tenía esa capacidad, ¿sabes? La de enamorarte si empezaba a hablar, la de llevarte bailando con sus palabras, meciéndote con él, haciéndote creer especial. Y caes en sus redes, y nunca, nunca jamás puedes salir ya de allí. —Le dio un sorbo al cáliz—. El último año de promoción la cosa empezó a empeorar, volvió esa chica, Aurora, y con ella vino el pecado, yo se lo decía a Rosendo, a todos, pero no me hacían caso; marica, me llamaban. Mi hermano ese año dejó el Club, me dijo que me fuera con él, que aquella gente no merecía la pena, pero yo seguía enamorado de él, sus migajas eran mucho más de lo que nadie fuera de allí podría darme. Y me quedé. Empezó a venir gente enmascarada, no sabíamos quiénes eran, pero lo intuíamos. Los juegos se hicieron cada vez más peligrosos, las drogas eran cada vez más duras, la heroína fue la perdición. Muchos estaban enganchados y pasó lo que tenía que pasar. Aquella, chica Aurora, iba pasadísima, esa noche estaba con un enmascarado, bueno, realmente estuvo con todos, menos conmigo, y de repente aquel hombre empezó a gritar que no respiraba, que no respondía, entre todos la habían matado.

—¿Pero ¿cómo pudo degenerar tanto y pasar de una inocente reunión adolescente a eso? —Michel agachó otra vez la cabeza.

—No lo sé. Yo solo quería demostrarle a Rosendo mi fortaleza, hubiera dado mi vida por acostarme con él, pero solo era su puto perrito faldero. Y estaba ciego. Guardaron el cadáver de Aurora en un frigorífico con hielo y empezaron a experimentar con él. Era asqueroso, Paola, me dan arcadas solo de pensarlo, yo les decía que por qué no lo enterraban, como Dios manda, pero estaban todo el día drogados, las atrocidades que hicieron ni ellos mismos las recuerdan. Pero dos días después Rosendo creyó que ya era suficiente y que se tenían que deshacer de ella. ¿Quién podía hacerlo mejor que su perrito faldero? Fue todo una trampa, habían pensado en todo, tenían muestras mías, semen, todo lo necesario para inculparme. Y un día por la noche, me llamó a su habitación. Pensé que era mi día de suerte y que por fin podría llegar ese momento con el que tanto había soñado. Pero cuando entré Santiago ya estaba allí. Sabíamos entrar y salir del seminario sin que nadie nos viera y eso hicimos, sacamos el cadáver, lo metimos en el coche y fuimos a Iria Flavia. Rosendo decía que Dios nos perdonaría si nos arrepentíamos y lo

enterrábamos allí, en aquel cementerio sagrado. Recuerdo que cargamos con el cadáver y al llegar al lugar, Santiago volvió porque se había dejado una bolsa con las pertenencias de la chica. Nunca más lo volví a ver, bueno, miento, hasta treinta y dos años después. —La miró fijamente—. Yo sabía quién eras, siempre lo supe, mi hermano me lo contaba todo, para algo éramos gemelos, así que te seguí, allá por dónde tú ibas, iba yo, eras lo único que me quedaba. Poco a poco tu reputación fue en aumento. Y todo se dio.

—Pero ¿por qué no te defendiste ante la policía? —Se rio.

—Lo intenté, pero todo estaba en mi contra, las pruebas falsas, los falsos testimonios, todo. Santiago declaró que estaba en el Seminario Mayor y todos lo corroboraron. Tadeo declaró que me había visto salir con un fardo a cuestras y meterlo en el maletero del coche. Taparon a los verdaderos culpables porque eran ellos mismos. Y luego estaba el enmascarado. Yo no sabía quién era, pero vosotros me llevasteis hasta él. Sabía que si te daba las pistas precisas tú darías con la tecla e investigándome a mí acabarías investigando el crimen y descubriendo la verdad. No puedo estar más orgulloso de ti.

—¿Y los tatuajes?

—Cosas de Rosendo, le dio por la cultura egipcia durante aquellos años y todos teníamos el nuestro propio. —Le enseñó la pluma de Maat y el símbolo del trece—. Ya ves que no daba puntada sin hilo.

—Y tu plan lo ideaste en la cárcel...

—Sí, bueno, en Alcalá Meco bastante tenía con cuidarme. Intentaron matarme varias veces, pero siempre sobreviví, parecía predestinado a ello. Encontré la tranquilidad cuando volví a Galicia, pese a volver a condenarme injustamente. En ese momento si me hubiesen dejado en paz no hubiese hecho nada, hubiera intentado rehacer mi vida, no sé, un huerto, una casita, un buen trabajo. Pero volvieron a encerrarme con trampas y dinero, y eso me decidió. En Teixeiro aprendí muchas cosas, entre ellas a apreciar las flores, sus propiedades y sus características. Pensé que redirigir mi odio hacia algo constructivo sería lo mejor, así que ideé mi venganza. Punto por punto. Solo tenía que conseguir que aquello fuese tan enrevesado para que te enviasen a ti, esperé el momento adecuado y actué. Amenacé a Franganillo, que lo tenía comiendo de mi mano y me facilitó el encuentro. Cuando Santiago vio que era yo la persona que estaban esperando vino a por mí, supongo que pensando que quería llevarme a su hija, y lo mató. Luego dejé todas aquellas pruebas que fuisteis siguiendo como un reloj. Y llegó nuestro encuentro en aquel castro. Recuerdo que fue la primera vez que hablé en treinta y dos años. Hasta ese día solo hablaba solo o con mis libros. Pero ante los demás me había defendido haciéndome pasar por mudo, con mi libreta; pero contigo era distinto. Te miraba y veía a mi hermano Francisco. Ni siquiera pude enterrarle, ni siquiera ellos saben dónde está. Eso es lo peor, no saber.

—Pero aquel caso se solucionó y desapareciste del mapa.

—Aunque no lo creas ese año, después de Iria Flavia me convertí en una persona casi normal, muda, pero normal. Vivía en una casita, tenía mi huerta, buscaba trabajo, hice chapuzas por aquí y por allá, al ser mudo todo el mundo quería ayudarme. Y tenía internet, y muchos amigos de la cárcel. Esperaba mi momento. Algunos saben más de lo que usted se cree. Un día me llegó el rumor de que se iba a abrir una oficina en la jefatura dedicada a los crímenes sin resolver. Todos sabíamos que una de las mejores investigadoras de España era Paola Gómez, y en A Coruña, todo hacía pensar en ti. Al final me lo confirmaron, sabía tu equipo antes de que tú lo supieras. —Paola ya de poco podía sorprenderse.

—Pensé que vivías en un zulo. En las Fragas.

—Las Fragas las conocí antes de Iria Flavia, viví allí cuatro largos años, de un lado para otro, de una cabaña a un refugio de pescadores, a la presa, a donde pudiera; comía de lo que encontraba, aprendiendo a sobrevivir y adecuándome al medio, así que no me fue difícil volver a poner en práctica todo eso, en realidad solo habían sido unas pequeñas vacaciones tras lo de Iria Flavia, como te decía el plan estaba en mi cabeza. Solo te necesitaba a ti, el miedo se encargaría del resto.

—Y mataste a Rosendo.

—Sí, sin remordimiento alguno. Recuerdo la cara de terror que me puso cuando me vio aparecer. Lo reduje, lo cargué en el coche y lo llevé a mis cabañas, allí le di aquel preparado de hojas de tejo. Y allí murió. Llevarlo a Caaveiro no me fue difícil, a pesar de lo gordo que estaba. Y el juego estaba en marcha otra vez, pero esta vez sin vuelta atrás.

—Pero no mataste a Portela, ni a Costoya, ni a mí, a pesar de tenernos a tiro.

—No he matado a nadie nunca con una pistola, no es mi estilo. Segundo, aunque no lo creáis no soy un asesino. No mato por matar. Maté a personas inmundas que se lo merecían. No a personas inocentes.

—Elvira era inocente. —Michel torció la cara.

—No era inocente, llevaba tiempo pecando junto al rector, pero sí era un daño colateral. Tenía que escenificar la historia y ella no era digna de Dios.

—Y me sacaste del agujero donde me caí.

—Sí, yo estaba cerca, observando, vi cómo te pegabas aquella leche y fui a sacarte, te limpié la herida y te dejé aquella flor como símbolo de amistad. Y os dejé tiempo de sobra para que descubrierais mi plan. Tarde, pero lo conseguisteis.

—¿Qué es lo que quieres Michel?

—Quiero que se haga justicia, que se vuelva a repetir aquel juicio, que todo el mundo sepa que estos hombres eran culpables, eso quiero. Que se limpie mi nombre y que alguien encuentre a mi hermano, muerto, pero que lo encuentre, y poder enterrarlo. Luego pagaré por mis crímenes. Sé que tengo que hacerlo. Es eso o morir.

—Tengo la palabra de Morales, el inspector de tu caso, de hacer una declaración jurada contando todo lo que pasó. —La miró con ternura—. No te conviene enfrentarte a la caballería, moriría mucha gente inocente. —Paola apelaba a aquel carácter sentimental. Él la miró con lágrimas en los ojos.

—¿Sabes? Me hubiera encantado ser una persona normal, haber podido conocerte, verte crecer, jugar contigo, con mi hermano, terminar los estudios, ser párroco tal vez, o buscar un trabajo, ir al fútbol a ver a mi equipo o a una discoteca a ligarme un buen maromo, pero todo eso me lo quitaron, y me quitaron la vida, ¿Qué tengo yo ahora? Me han dejado vacío. Solo estoy lleno de venganza.

—Me tienes a mí, pase lo que pase soy tu sobrina. —Michel no sabía si era una táctica o Paola estaba hablando con el corazón—. Has matado a cuatro personas, sin mucha violencia, pero las has matado, tendrás que responder ante un juez, pero todo tiene una fecha de caducidad, hasta la culpabilidad. Solo tienes que demostrar que puedes cambiar y puedes volver a ser aquel chico sensible que con veinte años estaba enamorado de Rosendo. Podrás enamorarte otra vez, desenamorarte, odiar, amar, al fin y al cabo, vivir. Yo te perdono, tú también debes perdonarlos a ellos. Pagarán por lo que hicieron. Todo el mundo lo sabrá, y sabrán que condenaron a un hombre inocente. Pero no puedes juzgarlos tú, esas no son las reglas y lo sabes. Ahora tienes que salir ahí conmigo y entregarte. —Michel miró a sus antiguos compañeros.

—No lo merecen Paola, ellos no merecen el perdón. Tenías que verles la cara cuando se daban cuenta de que el Guardián de las Flores venía a buscarlos, estoy seguro que llevaban años soñando conmigo.

—Coronel Aureliano Buendía, un personaje muy característico escogiste esta vez. —Él la miró con cara de interesante.

—Todo coincidía, aquella página donde se explicaba el parto y la desesperación de Aureliano. «Los amigos que son unos hijos de puta» parecía escrita para mí. Solo tuve que arrancarla y sabía que seguirías las pistas, aunque te costó.

—Me aturde ese amor por la literatura.

—Qué puedo decirte. Fue mi único contacto con la imaginación, lo único que me calmaba cuando quería poner fin a mi vida. Me trasladaba a otro mundo, a otra dimensión. Me hacía soñar que mi vida no era este infierno, que había algo más. Que merecía la pena luchar, incluso cambiar y perdonar.

—Pero no lo hiciste.

—No pude, fue superior a mí. Es posible que en el fondo no sea lo suficientemente bueno.

—Bueno, creo que va siendo hora de entregarte, ¿no te parece? —Lo miró y vio su mirada triste, por un momento un sentimiento de nostalgia se adueñó de ella.

—¿Puedo pedirte un último favor?

—Por supuesto. Dime.

—¿Podemos pedir algo para cenar y que compartas mesa por primera y última vez conmigo?

—Creo que eso lo podemos negociar. ¿Me prometes que después los dejarás salir, a todos?

—Lo haré, pero antes de que llegue la comida grabaremos algo. —Señaló su móvil—. Hablarás con tus jefes y se comprometerán a emitirlo en directo. —Michel la miró, estaba emocionado. Toda aquella ira que llevaba dentro, todo, se había disipado al conseguir su objetivo—. Y el arzobispo se quedará. —Paola lo miró asustada.

—Pero así no funciona.

—Pide las pizzas, dile eso a tu jefe, y todos los curas, Franganillo y tus compañeros saldrán cuando llegue la comida, pero el arzobispo se queda aquí conmigo.

—Está bien, déjame el teléfono.

Se lo pasó y Paola llamó al comisario Rubio, de repente escuchó un terrible ruido de motor al otro lado de la línea, pensó si habían traído tanques o algo parecido para arrasar aquel lugar. Eran capaces de todo. El jefe dio su consentimiento a la Operación Antoxos. Al menos había una noticia buena, diez no morirían aquella noche.

XLV. JOHN DEERE

Subían por Sambollo a todo lo que daba aquel vehículo del demonio. Con sus cabellos al viento se sentían poderosos. Portela se había puesto una especie de vendaje improvisado, pero en su cara se podía leer el sufrimiento. Modesto tenía la adrenalina por las nubes. Quería llegar y ayudar a Paola, costase lo que costase. A poco más de doscientos metros les paró una patrulla, los reconocieron y los dejaron pasar. Llegarían con Xan, a bordo de aquel tractor última generación a San Miguel de Breamo. Ya podían ver el despliegue, varias patrullas, curiosos, prensa y a pesar de todo mucho silencio. Lo rompieron totalmente. Rubio levantó la cabeza y los miró, sacudió la cabeza hacia los lados. Quiénes sino.

—Déjenos aquí Xan, y muchas gracias. Puede quedarse por ahí, pero apague el motor o quedaremos todos sordos.

—De acuerdo Inspector, no me moveré. —Se bajaron por las ruedas gigantes y se abrazaron a Milo. Se hacían querer. El jefe Rubio les dio la mano mientras ponía una mueca en dirección al tractor.

—Veo que han conseguido transporte. Y no uno cualquiera. —Rieron—. Lo importante es que están bien. Portela, esa mano que te la miren, están allí los médicos. —Le señaló un punto bajo la zona del área recreativa—. La situación es la siguiente. Dentro están Paola, Costoya, Fernández y Rafa, los nueve curas, Franganillo y el arzobispo. Acabo de hablar con la Comisaria, me ha pedido unas pizzas, llamaremos al Pukis. —Los dos inspectores lo miraron extrañados.

—Pero que van, ¿a cenar?

—Parece ser que nuestro Guardián se ha puesto sensible y le ha pedido una cena a su sobrina, una entrevista en directo en todas las televisiones y a cambio dejará salir a todos menos al arzobispo. —Modesto lo miró preocupado.

—Pero la historia esa de ser su sobrina...

—¿Cree usted en el destino, Modesto?

—Sí, bueno, supongo...

—Pues es un hijo de puta, el más grande. Y a Paola le ha tocado la china. Su madre la llamó minutos antes de que se enterara por Milo y el ADN que habíamos encontrado en el zulo. Quién iba a pensar que ese hombre se cruzaría en su camino de esta manera. Es de locos.

—O de un loco muy inteligente. A veces al destino hay que guiarlo. —Rubio se quedó pensativo. Cambió de conversación.

—En cuanto lleguen las pizzas y colguemos esa grabación quiero que usted Modesto encuentre algún punto por el que podamos entrar sin que nos vea y poder evitar algún mal mayor. —Miró hacia el campanario.

—No se me ocurre otro sitio que por arriba. Como en todas las iglesias tiene que haber una trampilla que comunique la planta inferior con el campanario. Tendríamos que subir ahí y comprobarlo.

—¿Se ve usted capacitado?

—Por supuesto jefe, lo que sea por sacar a Paola de ahí.

—Me temo que ese loco intentará matar al arzobispo, y como comprenderá eso sería terrible para la iglesia, aunque bastante tendrán con todo lo que se les viene encima, pero también lo sería para nosotros, no podemos permitirnos más muertes.

—Estoy de acuerdo, no podemos quedarnos aquí mirando y tampoco podemos entrar por la fuerza porque podríamos provocar una catástrofe, así que solo queda entrar por sorpresa.

—Eso es, usted entra, reduce al malo, se lleva a la chica y final feliz. —Le guiñó un ojo. Modesto sonrió.

—A sus órdenes jefe, lo haré lo mejor que sé.

—Esto se está llenando de prensa y lo único que quieren estos cabrones es carnaza.

Veinte minutos después llegaron las pizzas. Rubio llamó a Paola.

—Ya está aquí la comida Comisaria, dígame a ese loco que cuando haga la digestión que salga, que toda España está pendiente de San Miguel de Breamo y el puto Floripondio.

Y así era. En ese momento el epicentro del país era un pequeño punto del norte de Galicia, uno de esos lugares encantados. Los ojos de los programas veraniegos estaban puestos en aquel Guardián que llevaba una semana llenando prensa, televisión, radio. Se había convertido en todo un personaje, para muchos querido, para otros odiado. A pesar de la opacidad de Rubio, eso no había hecho más que estimular la imaginación de millones de personas, y el último dato que se había filtrado, que la Comisaria que estaba retenida dentro era también su sobrina, no había hecho otra cosa que alimentar toda esa ansia de saber. Unidades móviles, periodistas intentado sacar información, todo tras un cordón policial de película. Ahora tendrían todo lo que estaban buscando. Lo tendrían a él, pues eso era lo único que él exigía para liberar a los rehenes. Eso y unas ricas pizzas.

Portela se ofreció a llevarlas y hacer el intercambio. Paola abrió la puerta de San Miguel de Breamo y empezaron a salir rehenes. Andrés, Mateo, Simón, Pedro, Tadeo, Felipe, Tomás, Bartolomé, Iago, Franganillo, el Inspector Costoya, Rafa y Fernández. Todos sanos y salvos. Todos aún medio desorientados. Se sentaron. Modesto, Portela y Milo corrieron hacia ellos. Los abrazaron. Les dieron de beber, los llenaron de palabras de ánimo. Hasta que recuperaron la respiración.

—¿Cómo estáis chicos? Necesito me digáis todo lo que recordéis de dentro del recinto, por mínimo que sea. —Fernández los miró e intentó recordar, no era fácil, tenía una especie de zozobra encima.

—Nosotros, creo, estábamos en la nave de la derecha, ellos entraron en una especie de sacristía o algo así. Allí se les escuchaba hablar, supongo que será donde van a cenar.

—Muy bien Ana, es un buen dato. Jefe, ¿tenemos la planta de la iglesia?

—Sí, ahora mismo la traigo y la estudiamos.

—Chicos, cualquier otra cosa... —Rafa intervino.

—El arzobispo está en el medio, delante justo del altar, atado de pies y manos en una silla. Estaba empezando a despertar y no paraba de hablar en latín. Las drogas, que son muy malas, Inspector.

—Bien, gracias Rafa, Costoya, ¿está usted bien?—Lo miró con aquellos ojos tristes.

—No demasiado amigo, le fallé y ahora está ahí dentro, sola. Pero es que ese cabrón sabe bien dónde pegar. —Señaló su maltrecha pierna.

—Ahora descansad, no sabemos cuánto va a durar esto. —Miró el reloj, eran las diez y media de la noche. La oscuridad había cubierto por completo el lugar. Las estrellas se veían nítidas en el cielo, coronadas por una luna llena de cuento. Modesto rezó por primera vez en mucho tiempo, a su manera, de tú a tú, de igual a igual.

XLVI. MONÓLOGO.

Paola y Michel continuaban sentados en aquella sacristía. El Guardián le había pedido que preparara el móvil, había llegado el momento.

—¿Qué es lo que quieres decirles? ¿Hay algo más?

—No especialmente, ¿recuerdas cuando éramos chavales la serie de *El Equipo A*? —Por un momento su imaginación voló hasta los ochenta e incluso noventa y recordó aquella serie mítica con Annibal Smith a la cabeza.

—Sí, la recuerdo, aunque no era muy fan, yo era más de McGiver.

—Pues yo sí, la verdad, había muchos tiroteos, metralletas, pero nunca mataban a nadie. Eran unos proscritos, salidos de la cárcel, por un crimen que no habían cometido. Iban liberando el mundo de personas malas, crueles, de negrones de la sociedad. La única diferencia entre ellos y yo es que esto no es una serie de televisión, sino la realidad, y aquí muere gente, pero no lo dude, los que mueren son los malos.

—¿Nunca tuviste intención de matar a Iria?

—Jamás, no le hice nada, ni se lo haría, solo era un juego. Un juego con segunda parte. —Sonrieron y Paola le dio al botón rojo de grabar. Michel, a cara descubierta, con su cáliz de vino a la vista, empezó a hablar.

—Me llamo Michel Herrero, el Guardián de las Flores para vosotros. Dentro de unos minutos entregaré a la mayoría de mis rehenes, pero antes quería hablaros. Hace treinta y tres años esas personas de ahí fuera y alguna más decidieron acusarme de un crimen que no cometí. Mi único pecado era estar en el lugar y el momento inadecuados y estar enamorado de una persona horrible que me tendió una trampa. Intenté contarle la verdad a la policía, que ni siquiera quiso escuchar mi versión; habían manipulado las pruebas, los hechos, pagado por encerrarme, incluso habían hecho desaparecer a mi hermano.

Los primeros años en la cárcel fueron terribles, intentos de asesinato, violaciones, el marica violador me llamaban, ¿qué sentido tenía eso? A nadie le importaba ya. Conseguí resistir, encerrado en mi silencio y pasados los años salí de aquel agujero. Les juro que en ese momento, con cuarenta años, solo quería volver a vivir, empezar de cero, pero otra vez, con otro engaño, me volvieron a encerrar y esta vez juré que me vengaría. No quiero excusarme, solo que entendáis que las malas personas, esas que juegan con la vida, con los sentimientos de la gente solo por su beneficio, también merecen su castigo. Esos que se pasaron más de treinta años callados, escondiendo algo terrible y viviendo sus vidas como si nada. ¿Es ese el tipo de personas que queremos? ¿Es ese el ejemplo que queremos darle a nuestros hijos? Yo creo que no. Mientras las personas como Rosendo, el arzobispo, tu jefe el explotador, los políticos corruptos, los que mueven las apuestas, los usureros de los bancos, todas esas personas que se mueven egoístamente

por dinero, mientras ellas sigan decidiendo nuestros destinos, nunca habrá justicia. Porque la justicia la hacen los ricos para los ricos, porque las leyes las escribieron los poderosos para proteger a los poderosos. Nuestro mundo está hecho así, y solo nos queda luchar. No seré yo quien os diga que matar está bien, que la venganza es la solución, pero entre todos estoy seguro de que lo podemos parar. Como el mío hay, hubo y habrá muchos casos más, personas encerradas por oscuros intereses mientras otras más poderosas disfrutaban de su estatus solo por el vil dinero. Ojalá esto sirva de algo y nadie tuviese que volver a hacer lo que yo hice ni tomarse la justicia por su mano. Ese día volveré a creer en el ser humano. Estoy seguro de que la vida es algo muy bonito, yo solo tuve la suerte de disfrutar parte de ella, así que os pido que vosotros, afortunados, la disfrutéis a tope, pero siempre siendo nobles y generosos, respetando al otro, diciendo la verdad. No hay camino más corto que el camino recto. Muchas gracias a todos.

Se quedaron callados. Paola guardó, envió la grabación y llamó a Rubio.

—Jefe, ya te mandé la grabación. Escúchala si quieres antes de pasársela a esos carnívoros, pero te aseguro que no hay nada que no se pueda emitir. —Michel la miró orgulloso.

—Bien Paola, le echo una visual y lo mando, dile a Flori que tiene mi palabra de que lo van a emitir. Dadles una hora de margen. Pero lo emitirán.

—Él también se compromete a liberarlos a todos cuando lleguen las pizzas, menos al arzobispo.

—Está bien, en cuanto lleguen les aviso.

—Gracias jefe. —Colgó el teléfono.

—Está muy bien todo lo que dices, pero has matado a cuatro personas. A mí no me convencen tus argumentos. —Levantó los hombros en señal de incredulidad.

—No intento convencer a nadie, solo les doy un poco de fe.

—¿Fe en quién?

—En el ser humano Paola, fe en que se puede cambiar, en que cosas como esta no volverán a pasar.

—¿Tú crees que con la violencia se puede resolver algo?

—¿Cómo se conquistaron los pueblos, cómo se hizo frente al fascismo? Hablando creo que no. ¿Cuántos murieron defendiendo aquello en lo que creían? Esas muertes sí tienen sentido para ti, pero estas no. Solo es un microcosmos Paola, el bien y el mal solo están en nuestras cabezas. Los malos deberían morir, deberían no existir y así seríamos un mundo mejor.

—Eso es hablar como un fascista. Ellos querían eliminar a las razas, hacer selección natural, tú propones lo mismo, ¿quién decidiría quiénes son los buenos y quiénes son los malos?

—Todo llevado al extremo es fascismo. No hablo de hacer campos de concentración, ni pogromos, ni marcar a la gente, ni asesinarla, solo elevar la catadura moral de nuestra sociedad y ser más humanos.

—No sé Michel, igual en algo tienes razón, pero no creo que nada de eso sea posible ya.

—No hay mayor poder que el de la sociedad unida. Un solo grito no lo escucha nadie, pero cuando lo mismo lo gritan cien personas es un clamor, y si lo hacen mil es una revolución. —Su teléfono volvió a sonar, las pizzas ya estaban allí. No habían terminado aquella conversación, pero ahora tocaba cumplir parte de lo pactado.

Portela era el encargado de llevarlas, Paola abrió la puerta de la iglesia y uno tras otro fueron saliendo los párrocos, Franganillo y finalmente sus compañeros. Le hizo un gesto de que todo iba bien a Portela. Y se quedaron solos, ellos dos y el arzobispo. Y las pizzas, claro.

XLVII. CLAMOR POPULAR

En aquel plató improvisado, rodeados de un bosque milenario, Rubio, Modesto, Portela, Ana, Rafa y Milo contemplaban atónitos cómo cada vez era más las personas anónimas que se agolpaban junto a aquel cordón que la policía había preparado. Rubio tuvo que pedir refuerzos, sudaba. Modesto se dio cuenta de que algo no iba del todo bien.

—Jefe, ¿por qué hay tanta gente?

—No debería haber accedido a poner ese video. Va a ir a peor. —Lo miró fijamente—. Mientras vosotros estabais centrados en investigar y pillar a ese loco yo capeaba a la prensa. Desgraciadamente no todo se puede parar. Empezó a surgir una especie de extraña simpatía por ese tío, por Floripondio. No me explico muy bien el tipo de sociedad en la que estamos, que ponemos en un pedestal a asesinos. El caso es que digamos que la gente está pendiente de lo que le pase, la opinión pública, las redes, ahora mismo nos tienen en su punto de mira.

—Vaya, y yo haciendo cachondeos con la tele el primer día cuando Paola me nombró vendehúmos oficial. Menos mal que usted me sustituyó. —De repente se dieron cuenta de que el silencio era total. En las unidades móviles de la televisión, en las radios, todos estaban transmitiendo el mensaje del Guardián de las Flores. Rubio pensó que aquello era posiblemente una de las mayores cagadas, pero también la mejor forma de asegurarse de que aquello terminara en final feliz, y si tenía que elegir entre la reputación de la policía y la de la iglesia, lo sentía mucho por la curia, pero la poli *first*. Todos estaban viendo aquel mensaje, cuando terminó solo se escuchaban los gritos de los anónimos que, segundo a segundo, estaban llenando las proximidades de la iglesia de San Miguel de Breamo. El resto estaban aún asimilando todo aquello. Portela con su mano vendada se acercó a ellos.

—¿Soy yo o cuanto más lo escucho menos culpable me parece? —Modesto le contestó.

—Por muy familiar de Paola que sea, y por muy inocente que fuera, ahora ya no lo es. Lo siento por él, pero tendrá que pagar.

—Los que parece que lo pagaran serán esos curas —algunos aún estaban recuperándose junto a los sanitarios, otros hacían tiempo a la espera de acontecimientos— y la iglesia en general.

—Renovarse o morir compañero, los viejos métodos no valen ante los nuevos tiempos. Será una lección que tendrán que aprender. Los crímenes como ese nunca prescriben, y lo que le hicieron a Aurora y a ese chico no tiene nombre. —Portela se quedó pensativo.

—¿Será su fin? —Aquel comentario provocó la risa de Modesto, que con la otra oreja intentaba captar la conversación que el jefe estaba teniendo, y no parecía contento, por teléfono.

—Eso no lo verán tus ojos, no hay nada más poderoso que la santa iglesia católica. En el fondo ese pobre hombre tiene razón, el dinero, todo lo mueve el puto dinero. Y el país más rico del mundo es el Vaticano.

Rubio colgó el teléfono con cara de malas pulgas. Alguien intentaba presionarlo. Modesto se acercó.

—¿Cuál es el plan jefe?

—Mira Modesto, mi plan es que creo que saldrán por su propio pie, confío en Paola, pero me están presionando. La gente está saliendo a las calles, hay algunos disfrazados de negro y con pasamontañas. ¡Nos estamos volviendo todos locos! Así que mis jefes, también los tengo, me exigen que haga algo ya antes de que se monte una revuelta. Las televisiones no solo han retransmitido su mensaje, es que al menos dos están haciendo un programa en directo y todo el país está pendiente de esto. Si la cagamos, si fallamos, si pasa algo, seremos el hazmerreír del mundo. No podemos hacerlo Modesto.

—Yo estoy preparado para cuando usted crea oportuno entrar. —Rubio asintió.

La tensión se mascaba en el ambiente. Cada vez había más policía. Los Geos también habían llegado. Se preparaba una gran operación de asalto en la que él sería la gran esperanza; si conseguía llegar al campanario y deslizarse hasta la planta baja y abrir la puerta, entrarían y lo reducirían. No sería fácil, Modesto lo sabía, aunque llegara, el Guardián tendría tiempo de matar al arzobispo, así que la otra opción era liberarlo antes de abrir la puerta. El corazón le palpitaba a mil por hora, pero sabía que ese era su gran momento. Eran las once de la noche, el tiempo se agotaba.

XLVIII. LA ÚLTIMA CENA

Michel le pidió a Paola trasladar su centro de operaciones al altar mayor. Allí dieron buena cuenta de la pizza. Sentados en uno de los escalones, de frente a la puerta de salida, y viendo el gran rosetón que coronaba la iglesia. Sentados el uno al lado del otro.

—Solo faltó pedir una buena cervecita para que fuera redondo. —Paola lo miró, en el fondo sentía una atracción especial por aquel hombre, la sangre es la sangre.

—Me pregunto cómo hubiese sido tu vida de no haberte pasado lo que te pasó. —Michel la miró fijamente.

—Seguramente mi hermano seguiría vivo y quizá nos hubiésemos conocido en algún programa de televisión, *Hay una carta para ti* o algo así. —Rieron.

—La verdad es que fue cruel lo que te pasó, y ahora vuelta a prisión.

—Ya tengo una edad, créeme que si vuelvo sabré defenderme. Espero que al menos me dejen quedarme aquí en Teixeira.

—Michel, dime una cosa, ¿qué piensas hacer con el arzobispo? —La miró con la cara con la que un enamorado miraría a su amor imposible en el momento en el que se da cuenta de que será realmente imposible.

—Eso no voy a decírtelo, nunca descubro mis cartas sin acertijos. —Ella sonrió—. Pero lo juzgarán ahí fuera, ¿no escuchas los gritos? Parece que hay mucha gente esperando. —Sonrió—. Espero que haya calado el mensaje.

—Por eso no puedes matarlo, ¿no lo entiendes? Si lo haces quedarás ante toda esa gente como un vil asesino, ¿de qué vale ese mensaje de arrepentimiento, toda esa parrafada si al final lo vas a ejecutar? Mira Michel, hay tres formas de salir de aquí, con los pies por delante y sabes que no me temblará el pulso si me obligas a matarte, como un asesino que ejecutó a personas indefensas, o como un héroe encarcelado. Tú sabrás cuál es la más jugosa. —Michel se quedó pensativo.

—¿Sabes cuál es la flor que más te representa? —hizo una pausa—: el crisantemo. Es la flor de la sabiduría. No paras de demostrarlo. La verdad es que tu padre estaría súper orgulloso de ti. No sabes la pena que me da que no te conociera. Él nunca quiso renunciar a ti, pero nuestro padre, tu abuelo, era muy estricto y nos mandó a los dos al seminario. Él no tenía ni vocación de cura, pero eran otros tiempos, y era la mejor manera de prosperar. En mi caso, un hijo homosexual en los ochenta, en un pueblo, colocarlo lo más lejos de él era lo más sensato, y teníamos la suerte de que el Seminario Menor estaba en Monforte. Dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho, pero jamás se olvidó de ti.

—Yo acabo de descubrir hoy que mi padre no era mi padre, y que el que lo era desapareció hace treinta y tres años. No lo hubiera sabido si no hubiera aparecido.

—Bueno, has ganado un tío, aunque sea una especie de asesino superhéroe de la tercera edad.
—Rieron.

—Eso es verdad, cuando salgas ya no te dará el cuerpo para más venganzas ¿eh? No, ahora en serio, tienes que pagar por lo que hiciste. Sobre todo lo de Elvira, yo vi a esos padres, el dolor de esas personas es indescriptible.

—Claro que me arrepiento, a lo mejor fui demasiado radical queriendo escenificar mis asesinatos, pero ahora ya no hay vuelta atrás. Solo puedes arrepentirte y pagar por ello y pedir perdón a esa pobre gente. Pero de Rosendo y Varela Alvar no me arrepiento mucho, la verdad, eran seres horribles.

—Pero nadie puede tomarse la justicia por su mano, aunque piense que es extremadamente injusta. Hacerlo es cargarse los preceptos de la democracia e ir en contra de lo que somos, tienes que entenderlo. ¿Tan difícil hubiera sido venir a mí, contarme todo esto y sacarlo a la luz?

—¿Me hubieras creído? No te engañes, ni tú ni nadie, y aún en el hipotético caso de que lo hicieras, ¿quién te iba a creer a ti? Ellos jamás habrían confesado si no hubieran visto sus vidas en peligro. Somos así, cobardes. Por naturaleza. —Le dio un mordisco a aquella pizza—. Y te digo una cosa, en la policía seguís utilizando métodos de tortura, porque al no darnos nada de beber para acompañar esta pizza me están dando ganas de salir ahí fuera, te lo juro, es lo malo de haber acabado el vinito del cura.

—Yo creo que compensaba acabar la pizza y entregarte, ¿no crees? —La miró antes de dar otro bocado.

—Bueno, lo estudiamos. Hasta que no escuche que corean mi nombre no salgo. —Se rio, en el fondo se dio cuenta de que estaban siendo los momentos más felices de su vida en sus últimos años, curiosamente junto a la persona que lo acabaría encerrando, su sobrina—. Es una pena no tener algo de música. En la cárcel como mucho la tele, pero daría algo por volver a escuchar a Julio Iglesias, a Camilo Sesto a Raphael.

—Michel, estás muy poco puesto en tecnología. —De repente empezó a escuchar los acordes de *Por el amor de una mujer* y se levantó. Tenía lágrimas en los ojos—. Señorita, ¿baila? —Le tendió la mano.

Paola se levantó y empezaron a bailar. Él puso la cara en su hombro. El corazón empezó a encogerse hasta el punto de dolerle. Aquella canción era preciosa. Había dado todo por amor y lo había perdido. Lo apretó con fuerza. Hasta el más cruel de los asesinos merece un abrazo sincero, pero él, él era sangre de su sangre y en el fondo, aunque no compartía su discurso, entendía que existía algo de justicia en su venganza. Mientras su vida daba vueltas embrujada por la música, vio a Modesto en la escalera que bajaba del campanario y le hizo un no enérgico con la mirada. Podía hacerlo sola, él sabría interpretarlo, nadie mejor que Modesto para entenderla. Lo vio subir de nuevo y esconderse. Se tranquilizó y siguió abrazada a aquel hombre, aquel al que tanto había buscado pensando en un criminal y al que había acabado encontrando como un familiar. Una lágrima cayó por su mejilla. No quería disimular, no hay nada como expresar lo que sientes, como sentirlo de verdad. Abrir tú corazón. Como decía la canción «Por el amor de una mujer, he dado todo cuanto fui, lo más hermoso de mi vida». Los dos lo habían hecho por un hombre, pero el sentimiento no entiende de sexo. Danzaron sumidos en un sueño infinito recordando lo que pudo haber sido y no fue, pegados como si no hubiera un mañana, rompiendo en pedazos todo lo que habían vivido hasta ese día. Dejaron a un lado todas aquellas pesadillas y se fundieron en una simbiosis de tres minutos y medio. La música terminó. Se abrazaron fuerte. Era la hora de salir. Se cogieron de la mano. Los dos seguían llorando.

—Espera Paola, un héroe no puede salir así.

—Han cambiado muchas cosas Michel, los héroes de ahora tienen sentimientos. —Lo miró y tiró de él hacia fuera. Modesto los miraba emocionado desde arriba, aquella mujer era increíble. Lo más bonito que había en la faz de la tierra.

En una última mirada a aquel rosetón Paola creyó ver doce puntas donde antes había once. Le dio a la cabeza y siguió andando, seguramente había sido solo una ilusión. Volvió a reproducir aquella canción. Abrió la puerta y la noche los saludó bajo la luz de las estrellas, y decenas de luces y punteros que los señalaban. Como en una gran banda sonora oyó de nuevo sus acordes acompañando aquel gran momento. Al fondo vio los focos de televisión, cámaras, gente corriendo y un grito unánime. Al principio no lo entendió, pero al final, en cuanto pudo adaptarse al sonido de la inmensidad, lo distinguió. «Guardián, Guardián», decían. No supo si alegrarse por él o entristecerse por sus compañeros, por ella, por tantos y tantos policías que son tratados como el enemigo. Solo le hizo falta un segundo, mirarle a la cara y darse cuenta de que aquel hombre no podía ser más feliz. De villano a héroe. De denostado a aclamado. El Guardián de las Flores. Seguían cogidos de la mano. Llorando. Rubio la separó, aquello pasó todo a cámara lenta, aún el susurro en su oído que cantaba: «Todo me parece como un sueño todavía, pero sé que al fin podré olvidar un día. Hoy me siento triste, pero pronto cantaré y prometo no acordarme nunca del ayer». Entonces lo escuchó gritar. «¡Paola! ¡Paola!». Los separaron. No dejó de mirarlo. Sus compañeros la rodearon. Pero ella no podía parar de llorar. No podía parar de pensar en lo injusta que es la vida. En cómo el destino juega contigo de esa manera vil e inhumana. Cómo de un día para otro puede cambiar hasta lo más sagrado que tienes solo por un milímetro. No era justo. Agachó la cabeza. No escuchaba a nadie. Solo sentía dolor. El dolor más profundo que había sentido nunca. Quería estar sola. Llorar sola. Del odio al amor solo hay un paso. Una palabra. Un segundo. Un remate a puerta. Una mala decisión.

Empezó a caminar alrededor de aquella capilla, así hasta nueve veces, de algún modo tenía que curar aquel mal. Y si aquella misión había sido una leyenda no había mejor manera de acabarla que practicando una de ellas. Esta vez no necesitó a Alba.

Dar nueve vueltas en completo silencio y besar la imagen de San Miguel y dejar una limosna para el cuidado del templo. Los enfermos acuden en la búsqueda de la sanación. Muchos lo hacen de noche, rodeando la capilla una y otra vez.

Los lugareños cuentan que el monte de Brearno es lugar habitual para la reunión de las brujas de la comarca. Las leyendas cuentan que es habitual encontrar trozos de pan cortado en la puerta, vestigios achacados a los aquelarres que allí se habían celebrado la noche anterior. Muy probablemente este lugar ya fuera sagrado para las primeras tribus celtas que habitaban estos parajes, los átaros, por lo que se cree que erigieron un santuario rupestre donde ahora encontramos el templo cristiano, el templario.

—Trece cruces celtas o templarias, como en la Colegiata de Iria Flavia —pensó Paola. Costoya siempre tenía razón.

Y todo lo que comienza, tiene un final, al menos por ahora.

FIN

10-07-19 / 02-08-19

Agradecimientos:

A Xoel, para ti el tulipán rojo, lo mejor que tengo.

A mi familia, para vosotros el tulipán rosa; a mi madre, mi hermana, las *chochis*, Gregor, mis abuelos, mi padre y resto de familia por vuestro apoyo siempre.

A mis amigos, para vosotros el crisantemo blanco: J.J. Manso, Lupe, Elena, Vane. A mi compi Sandra y con todos los que compartí estos años en Market Sada. A todos los que estáis ahí, aunque no nos veamos, aunque no nos escribamos, lo importante es el sentimiento.

A mis amigos del Monte, para vosotros el lirio, y mis equipos: Cas Montaña, Pasa ou Entorna y a todos los que formáis parte de mi mundo del *trail*.

A mi lectora beta preferida, para ti el *lisianthus*, Guilly García, sin ti podría ser parecido pero nunca lo mismo.

A todos los que dais vida a mis personajes, para vosotros la orquídea azul, sois parte de Paola, de Costoya, Modesto, Portela, Ana, Alba, Rafa, Rubio, y de Michel, Rosendo y los malos también. Creo mi mundo robando parte del vuestro.

A Rianxo, María Ovelar y Axouxere por su inspiración final.

Al Depor, la naturaleza, la montaña, al *heavy metal*, la literatura.

A Trashnos y a Bañobre, Markos, Paula, *The gemeliers*, Suso Ptt, Iván, Carola, Yoly y a todos los que fuisteis parte de mi infancia.

A Ruth, Anxo, Xabi y familia, por tantos años juntos.